

UNA ROSA PARA UN ONIRONAUTA DESPIERTO

Una novela Ericksoniana, dedicada al genio que más ha influido en mi pensamiento en
los últimos años... Milton H. Erickson.

¡Atención! Lo que vas a leer a continuación no es PARA NADA inocuo.

DICEN QUE TODA NOVELA es autobiográfica... prefiero no pensarlo. Me pone nervioso creer que hubiera podido suceder.

parpadeo...

(...)

CAPITULO I : UNA ROSA

Parece un sueño el modo en que entré en contacto con "El Clan". Siempre había estado ahí, pero nunca me había dado cuenta. Las cosas más evidentes son las que se nos escapan. ¿Cuántas veces descubre uno que los detalles del cuadro de *su propia casa* son los únicos que no ha mirado?. Muchos sabios de la antigüedad escondieron los secretos más elevados en las cosas más evidentes, ante todo el mundo.

El negocio había ido creciendo, y nos encontrábamos mi Jefe y yo, con nuestros trajes, seguros de nosotros mismos, a punto de cerrar otra nueva transacción comercial. Fuimos a una empresa de las más importantes de la zona. Estaban acostumbrados a pelear en las negociaciones, así que la reunión iba a ser dura, porque la competencia nos lo estaba poniendo difícil.

Cuando no hay competencia, es fácil cubrir las expectativas de un cliente, pero cuando el cliente está asesorado por una competencia feroz, encuentra todos los huecos, que tienen que estar bien cubiertos. De todos modos, el tiempo nos estaba dando cierto caché, y también estábamos convirtiéndonos en buenos comerciales y buenos negociadores.

La idea era como siempre, sin bajarse los pantalones, llegar a un buen "pacto entre caballeros", hacernos valer, pero no perder el contrato. Entramos a un pequeño cuarto, en el que solo había una mesa redonda con cuatro sillas iguales. Mi jefe a mi

izquierda, y yo posicionado a su derecha, como su brazo derecho que era. En la reunión se encontraba el Gerente de la empresa cliente, mi Jefe, la responsable de producción de la otra, y yo, ya casi como adjunto al Gerente, su mano derecha e inseparable, y Jefe de Consultoría de Calidad, Prevención y Medioambiente (añadidos que vinieron después). También ella se había puesto a la derecha de su jefe. Una habitación pequeña, especialmente diseñada para producir claustrofobia, y en su terreno. Tal vez casualidad... pero me pareció que no.

La reunión fue tensa, en la cual, como si jugásemos una partida de ajedrez, se vieron comportamientos típicos de una negociación: aproximaciones, alejamientos, amenazas, puntos de coincidencia. Tras casi una hora, concluimos con un final bastante satisfactorio para ambas partes. Llegamos a un acuerdo, y nuestros jefes decidieron que ya nos encargaríamos Rosa García (la Jefa de Producción) y yo de los detalles, para lo cual, quedamos para varios días más tarde.

Llegado el día, salí de mi empresa vestido como siempre que salía a visitar a un cliente, con mi impecable (aunque no necesariamente caro) traje, mi sonrisa picarona y mi corbata con su nudo Windsord perfecto. También vestía mis zapatos italianos y la actitud de triunfador que me comenzaba a envolver, aparte del aroma a perfume, este si caro, que también me envolvía y me daba seguridad.

Aparqué el coche lo más cerca posible de la empresa, cogí mi chaqueta perfectamente doblada en el asiento de atrás y me dirigí hacia la puerta. Llamé, se abrieron las puertas y me acerqué a la señorita que se encontraba en recepción:

- Hola, buenos días... ¿en qué puedo atenderle? – Preguntó amablemente.
- Por favor, podría decirle a Rosa García que estoy aquí... me espera.

Siempre tenía mucha cautela a la hora de decir “señora” o “señorita”, tratándose de una mujer, puesto que no sabía el estado civil de esta. Además, últimamente, con la diversidad de modalidad de parejas, era difícil saber si una persona que vivía con una pareja era una señora, una señorita o a cual era el trato que había que darle de los dos.

Pude ver como las pupilas de la bella mujer de recepción que, como la mayoría de las veces, era físicamente imponente, se dilataban. Sus labios eran exuberantes y voluptuosos, y aunque el traje que llevaba no dejaba advertirlos, se podía adivinar que tenía unos pechos redondeados. Aunque llevaba sujetador, sus pezones me apuntaban como un par de pistolas. Sus facciones eran aniñadas, y jugaba con el humo de un cigarrillo, mientras que con la otra mano se tocaba el pelo. Aún a distancia pude oler su agradable perfume.

Estaba claro que sabía el efecto que podía producir en un hombre, si bien su postura cerrada de brazos (y no pude ver si también de sus piernas, aunque lo hubiera deseado) daba a entender lo que yo pretendía: que mi imagen le intimidaba más que la suya a mí. Y era curioso que yo, siendo una persona más bien insegura, diese esa imagen de seguridad, de inaccesibilidad.

- La Srta. García le atenderá inmediatamente - Me indicó, prácticamente sin pestañear.

Hizo un gesto para que le acompañase a un despacho y la seguí. Aún en momentos serios, era difícil no fijarse en su intencionado contoneo. Ella iba delante marcando el paso, y mis ojos no se separaron de su bella silueta. Abrió la puerta, me miró, marcó una suave sonrisa, y su mirada me recorrió desde los ojos a la boca y de la boca a la entrepierna en una décima de segundo, y se marchó, segura de que la miraría como lo

hice.

Intentando dejar el halo que su imagen había dejado en mi mente, hice un breve análisis de la sala, que sólo tenía una mesa circular: era exactamente la de la vez anterior. Busqué la silla que tenía el sol detrás, pues era aquella en que estaría en superioridad de condiciones. Dejé mi cartera sobre la mesa en ese lugar y esperé de pie a que viniese Rosa, a quien conocía solo de la reunión anterior. Se suponía que nosotros dos tendríamos que perfilar los detalles del acuerdo, y yo no sabía si sería un tema fácil. Por si había *lucha*, yo ya había tomado la mejor silla... la que no le permitía verme demasiado bien. Y aunque intentaba centrarme en el tema, aún tenía en mi mente la silueta femenina que me acompañó... Pero me obligué a pensar en la firma definitiva del contrato, con los succulentos millones para mi empresa, el broche que se iba a llevar mi jefe... y de rebote el "pin" que me pondría yo, como es usual en la jungla de la empresa.

Cuando entró, vi que su sonrisa invitaba en un principio a la "no-violencia", por lo que entendí que la reunión iba a ser amistosa, pero no me fié. Nos dimos la mano, y me invitó a sentarme y lo hice en la silla escogida, tras mi cartera. Antes de sentarse, ella se dirigió hacia la ventana, entornó la persiana, y se sentó a mi lado, no enfrente. Lo primero bloqueaba parte de mi plan, y lo segundo indicaba una vez más que no iba a ser una reunión de enfrentamiento. Solo faltaba su visto bueno y firma en el contrato, y por mi parte, recogerlo y marcharme a celebrarlo.

Entonces fue cuando ocurrió lo inesperado, y me sorprendió con:

- Bueno, Abel, ahora que estamos solos te lo puedo decir...

Aunque era una mujer apetecible, con unos bellos ojos claros, lo que menos me esperaba en esa situación era una aproximación sexual. La *hembra* de recepción me

había puesto a tono, y aunque hubiese sido una situación violenta, hubiese sido un sueño hecho realidad (por lo menos en mis sueños ocurría así). Pero con la cautela que me había dado el tiempo, y para no meter la pata, esperé la continuación de la frase... que fue mucho más extraña que si me hubiese propuesto que me la cepillase allí mismo y sobre la mesa:

- ... sé que eres del Clan.

Me sorprendió de tal modo, que no pude reaccionar. Todo mi porte, mi traje, y mi nudo Windsord, se "cayeron por los suelos". No entendí nada.

- Perdona, Rosa, pero no entiendo lo que me quieres decir – indagué, extrañado como estaba.

Sus azules ojos me miraban. Era una mirada dulce, agradable, bondadosa. Era una mirada que incitaba a seguir la conversación. Parecía divertida al haberme provocado aquella reacción. Sonreía, y ello me confundía más.

- Tienes el Don, la capacidad... he estado observándote en todo el proceso y me he dado cuenta de que tienes la capacidad de absorber información, de provocar situaciones... yo también soy de las del Clan, pero no estoy a tu nivel.

Si lo anterior era extraño, esto lo era más. Yo, que iba a recoger la firma de un contrato, estaba siendo radiografiado mentalmente por primera vez por otra persona, y en una situación inusual, y, además, en inferioridad de condiciones, pues era su empresa, su oficina, y... ¡yo quería esa firma!.

- Bueno, en cierto modo todos tenemos esa habilidad... tu la tienes...

- Es cierto, pero sabes que la tienes más desarrollada que los demás... ¿a que no me equivoco?

Era cierto. Pero aquel escenario no era el adecuado para hablar de aquello. Para romper el hielo, y siguiendo el tema que había tomado ella, le pregunté:

- Por ejemplo ¿Qué podrías decir tú de mí?

Cerró los ojos, alzó la cabeza hacia arriba e inspiró como si fuese a oler algo presente en el aire, además que me impresionó. Su inspiración sonó fuerte.

- Debes tener varios hermanos, todos chicos, por tu carácter, y hay un importante peligro con dos de ellos. Los dos te admiran pero a uno debes de soltarlo, dejarlo volar, porque está siguiendo demasiado cerca tus pasos y le crearás una dependencia...

Hasta el momento había dado en la diana con lo de mis hermanos, lo de que posiblemente había dos, y lo de que uno de ellos seguía mis pasos. La diferencia de edad entre los otros era demasiada como para mantener una relación de amistad. Eramos cinco hermanos, todos varones, pero uno de ellos era más un amigo que un hermano. Sólo nos separaban dos años, mientras que la diferencia con el primero era de cinco años, e igual le pasaba a él con el siguiente. Y era cierto de que estaba demasiado guiado e influido por mí.

Era la primera vez que sentía en mis carnes el efecto que producía en los demás cuando obtenía información de su interior. Y sentí dolor... como si me hubiesen abierto el corazón con un bisturí.

- Es cierto... – contesté – pero... ¿Porqué mantienes una relación con un hombre ahora, igual a la anterior, que te salió tan mal, si justamente tienen el mismo

carácter?

Mi contraataque la violentó. Habían sido dos ataques certeros, tanto el suyo como el mío, pero el mío fue más directo a su corazón. Hablar de amantes, amores, y de ellos, los que han sido desamores era mucho más doloroso. No utilicé el bisturí, sino una burda sierra.

La reunión fue tomando tintes tan personales, que llegamos a sentirnos, ambos, muy extraños y violentos. Precipitamos el final de la reunión. Por una parte, ella procedió con la firma nerviosa del contrato, sin mirar ni leer prácticamente nada, y por otra, hice un intento de salida brusca del despacho.

Iba a recoger los papeles, nervioso como estaba, cuando Rosa me detuvo y me dijo:

- No dejes de hablar con esta persona... llámale, te será beneficioso. Es una persona con un nivel mil veces superior al tuyo en cuanto a tus habilidades – escribió con lápiz un número sobre el contrato, que iba a coger y ella había parado con su mano. – Y no olvides a Hermes.

Esto me dejó más perplejo todavía. Durante el último año, y sin saber porqué, había recopilado toda la información que había visto en librerías, internet, etc. sobre Hermes Trimesgisto. Era algo compulsivo. No tenía mucho sentido, pues era un texto bastante oscuro, y una lectura que normalmente no me llevaba a ninguna dirección. Pero todo lo que veía relacionado con este nombre me dejaba *absorto*.

Tenía varias fotografías del Hermes Griego, con su caduceo y las dos serpientes enroscadas en él, y con sus zapatos alados. Según había leído, Hermes fue el heredero del dios Thot egipcio, quien les había enseñado la escritura y las ciencias. Me

extrañó muchísimo que una persona a la que conocía de dos visitas supiese de esta inquietud mía. Pero más que esto, me hizo sentir *muy extraño, como fuera de mí*.

E inmediatamente volví a la situación. Volví a darme cuenta de que estaba saliendo, le dije adiós de forma cortés, y salí lo antes que pude de allí. Ni siquiera reparé de nuevo en la recepcionista. Aunque nos llamamos alguna que otra vez, nunca más pude hablar con Rosa, ni siquiera por teléfono, sin ponerme nervioso.

Como siempre que me encontraba en una situación similar, no pude entender exactamente como obtuve *toda* esa información de ella, ni como lo había hecho ella de mí, si bien es cierto que había aprendido con el tiempo que había personas que me recordaban a otras, aunque no se parecieran nada físicamente. Y entonces mentalmente las clasificaba en grupos, grupos no definidos, de los cuales extraía esa información. Cuando una persona me recordaba a otra, y no sabía por qué, en cierto modo era porque sonaba una alarma que me indicaba que tenían algo en común, y muchas veces lo difícil era averiguar ese algo en común.

Había otro caso mucho más certero, y era cuando una persona *me recordaba a mí mismo*, o a alguna faceta de mí mismo, y no tenía ningún parecido a mí. Ese era el caso más efectivo y "potente" pues la información obtenida era tremendamente fiel. Solo había que describirse a uno mismo para describir a la otra persona. Ese fue el que me acababa de ocurrir.

Con los nervios, y la salida rápida, no presté atención a la nota que me había escrito, a lápiz, sobre mi precioso "botín": el contrato. Fui caminando calle abajo y busqué mi coche. Casi automáticamente, subí, dejé la cartera en el asiento de al lado y arranqué. Aquel día había cumplido prácticamente mis expectativas. Esperaba una lucha por los detalles, pero tal lucha no existió. Llevaba la principal orden de mi Jefe en mi cartera,

y había tenido una extraña, pero constructiva *experiencia*.

Por ese día, podría perfectamente haberme ido a casa, pero tenía trabajo atrasado, así que me dirigí hacia el centro de la ciudad, en busca del edificio de mi empresa. Bajé al aparcamiento, a mi plaza reservada, dejé el coche y subí el ascensor. Cuando llegué a la cuarta planta, saludé a la gente que me encontré al paso y me dirigí hacia mi despacho.

Mi secretaria, que no era tan atractiva, exuberante ni joven como la que acababa de ver pero a la que valoraba por su eficiencia y no por su físico, estaba como siempre con su mirada de "¿deseas algo?", a lo que con un gesto indiqué que recogiese el sobre que llevaba en mis manos. La simbiosis profesional entre nosotros era tal que solo viendo mi cara podía entender que ese sobre valía como su peso en oro, pero no en cualquier oro, sino en el oro de los alquimistas.

Mientras se lo entregaba, le indiqué:

- Hazme el favor de darle el sobre al Gran Jefe.

Nunca me gustó dar las órdenes, aunque realmente fuesen ordenes, como imperativos. Siempre las adornaba para que pareciesen peticiones. Y a ella también le gustaba así. De este modo, el preciado sobre siguió su natural curso entre la burocracia, y dado que ya había cumplido su función... me olvidé de él.

Entré en mi despacho, y las tareas del día no me dejaron regocijarme del último éxito. Siempre una victoria me duró un segundo y una derrota, una eternidad. Una característica de un antiguo complejo de culpabilidad que era muy valorado por las empresas, puesto que culpabilidad y responsabilidad se medían con la misma vara.

CAPITULO II: EL JEFE

Hacía mucho tiempo que ya tenía más o menos *controlado* el hábito de tomar ansiolíticos. No toleraba muy bien el alcohol (sobretudo el día después) lo cual en cierto modo era una bendición, ni tampoco toleraba los efectos secundarios del tabaco. Lo que más me gustaba era el deporte, el trabajo, la lectura y poco más. No era de los que llegaba a casa y se tomaba una copa, si bien de vez en cuando me gustaba probar una buena copita de Brandy.

El día siguiente sería parecido, y no habría muchos cambios. Las subidas de adrenalina vespertinas, a la hora de entrar a la oficina, creaban adicción, y en mi caso, era una adicción muy positiva. Conforme me acercaba a la puerta de la oficina, todas las mañanas, mi corazón se aceleraba hasta que estaba a punto de salirse por la boca. Una vez dentro, poco a poco, mi corazón iba remitiendo hasta las pulsaciones normales.

Los peores momentos del día solían ser cuando sonaba mi teléfono. Cualquier otro teléfono, de cualquiera de mis colaboradores, no significaba nada para mí. Pero si sonaba mi teléfono, era que alguien (de dentro, o fuera de la empresa), no quería especialmente felicitarme, sino más bien "acordarse de mi familia". Y no eran pocas las veces, así que estaba la mayor parte del día subido en un tobogán de sensaciones.

Por lo demás, solía trabajar una media de diez horas diarias, y había veces que volvía sobre las doce de la noche sin haber cenado, pero con una sensación agradable, supongo que debido a las endorfinas. Me estaba haciendo un adicto al trabajo, pero de momento, aparte de que me estaba quedando sin vida social, no me estaba haciendo nada malo.

Cuando era más joven, quise cambiar mi carácter. En esa época, ya con mis 35 años, había superado esa fase. Recordé ese pequeño cuento de un señor que reclamó a un jardinero un consejo sobre como eliminar los cardos de su terreno, porque estaba plantando *rosas*, y le salían cardos.

La respuesta del jardinero fue:

- ¡Pues aprenda a amar los cardos!.

A mí me estaba ocurriendo lo mismo. Me había dado cuenta que había algunas parcelas de mí mismo que, por mucho que quisiera eliminarlas, seguían siempre ahí: ansiedad, nerviosismo, inquietud... y cuando releía alguna de mis notas de cuando tenía 16 años, veía a la misma persona pero con diferentes responsabilidades. En cierto modo siendo un adulto era un niño con responsabilidades, y con juguetes más peligrosos. Pero, tal vez al intentar retirar los cardos, me podía cargar las *rosas*. Y aunque si bien era cierto que mis debilidades se mantenían, mis habilidades crecían exponencialmente.

Debido a los éxitos que había logrado la empresa, y a los míos propios, para abrir un nuevo frente, me destinaron a otra sede, más lejos de esta y más cercana a mi lugar de nacimiento. No me gustó demasiado, porque siempre es importante estar cerca del Jefe, pero era un reto más así que lo acepté.

En mi puesto entró un nuevo fichaje que parecía estar bien preparado, pero de la escuela Taylorista y de peligroso corte político. Acepté sin problemas a este nuevo escalón entre el Gerente y yo, y me dediqué a desarrollar la sub-sede en la otra provincia. Toda la gente formada, preparada y motivada que había creado, se la quedó mi sustituto. Yo tuve que hacerme con un grupo de novatos, a los que tenía que enseñar de nuevo a hacer el trabajo. Eran diez, recién salidos del horno (de la

universidad y formación profesional), y había que prepararlos. Con paciencia y paciencia, me dediqué a desarrollarlos, y aquello comenzó a funcionar.

En el mundo de los recursos humanos, se aplicaba siempre la norma de "rápido y ya", y la única que funcionaba pero no se aplicaba era la de "vísteme despacio que tengo prisa". Y es que cuanto más eficaz queremos que sea un grupo, más lentamente hay que capacitarlo hasta que alcance su nivel óptimo de rendimiento. O eso pensaba yo.

Tarde bastante tiempo en conseguir ese nivel óptimo, pero se empezaba a notar en varios síntomas, entre ellos, el buen humor del grupo, el sentimiento de compañerismo, la falta de competencia entre miembros del equipo y lo más importante... que me quitaban el trabajo de las manos. Nunca había confiado en la buena suerte... pero ciertamente era una buena suerte haberme topado con ese grupo de personas.

Las cuentas empezaron a salir, y ello empezó a traerme problemas. No pude evitar recibir las primeras reprimendas. Era evidente que lo estaba haciendo "demasiado bien". Me había topado con un maldito Jefe "político", cuestión de la que me había dado cuenta el primer día, y con la primera ley de los negocios: "quien paga manda", y su traducción al jefe: "nunca lo hagas mejor que tu jefe".

Con tan solo un grupo de jóvenes inexpertos, había conseguido en seis meses una facturación muy superior a la del departamento de la central desde que había sido tomada por *el nuevo*. Y en la central estaba el Gran Jefe, y conociéndole y conociéndome, me puso de modelo para atosigar al otro grupo. Estaba claro que intentaba bloquear, como buen político, todos los mis movimientos. Y esto me estaba comenzando a molestar.

Las cosas se iban poniendo peor, sobretodo en mi relación con esta serpiente política, y nuestras conversaciones habían estado subiendo de tono gradualmente, hasta que llegó un día en que estallaron. Eran las ocho de la tarde, y ya no quedaba nadie en la empresa salvo yo. Siempre me pareció que como responsable, debía ser yo quien "cerrara el chiringuito".

Además, aunque con el tiempo se podía delegar, en los periodos de arranque había ciertas tareas que no podían ser delegadas aún. Y por mi carácter, por las mañanas era un auténtico fantasma o muerto viviente, y era a partir de las seis o las siete de la tarde cuando mi rendimiento se volvía normal, y mi sistema nervioso me daba permiso para ser al cien por cien eficaz.

Sonó el teléfono. Era "él":

- Abel..., ¿Qué haces a esas horas ahí?... ¿Es que buscas un aumento de sueldo? Je je je. – Su risa me sonó más desagradable que en anteriores ocasiones.
- No, tengo que terminar algunas cosillas. Además, considero que momentáneamente ya estoy bien pagado, gracias.
- Quiero que tengas en cuenta una cosa: no eres nadie. Yo soy el Jefe. Tu no eres nada.

Cuando alguien *no es una mujer*, no lo va pregonando por ahí: ¡Eh, oye, no soy una mujer!. Cuando alguien no tiene claro que es el Jefe, SI que lo pregona. Sus palabras indicaban claramente su inseguridad. Pretendía un ataque psicológico, con intención de desmoralizarme y pararme los pies. No debía de caer en la trampa. Debía mantenerme tranquilo, y siguiendo la jerga política, "perdonarle la vida". Solo eso. "Ningunearle", solo eso. Ya lo había hecho muchas veces antes. Pero no fue tan fácil. Esta vez me dejé llevar y caí en la trampa. Era de ese tipo de personas que sabía muy bien como irritar a otra. Faltó una milésima de segundo para que mi respuesta fuese

la favorable... pero no lo fue.

- ¿Yo no soy nada? No soy solo un mandado, soy el responsable del departamento de esta delegación y el creador del departamento que *tu* te estás cargando ahora.
 - la guerra estaba abiertamente declarada.
- Como me entere que vuelves a *falsear* los informes, te las verás conmigo.

Feliz interpretación: yo falseaba informes. Eso era lo que le estaba transmitiendo al Gran Jefe.

- No estoy falseando nada. Si quieres te remito un camión con todas las auditorías que hemos hecho este mes. Y la facturación está ahí. Lo que ocurre es que no te interesa creértelo.
- Oye... – dijo en su tono más prepotente (y odioso a la vez) - ...no te me pongas chulo o te las vas a ver conmigo.

En tono apaciguador, le dije:

- Bien, si es lo que quieres, está claro que tú eres el Jefe, y donde hay patrón no manda marinero...

Y su respuesta se me quedó tatuada en el cerebro:

- Pues ves con cuidado, a ver si te pongo la soga de marinero al cuello... y te cuelgo del palo mayor, iimbécil!.

Había esperado a que fueran las ocho para estar solo y poder decir lo que no habría dicho delante de testigos. No era tonto.

La adrenalina me salía por las orejas. Si hubiese tenido la oportunidad, le habría hundido el tabique nasal de un puñetazo. Pero esta vez no tuve opción, así que callé.

Hice una larga pausa. Una laaaaaarga pausa. Y entonces fue él quien rompió el silencio:

- Mañana mismo quiero que nos reunamos para tratar los problemas que hay en tu departamento.

Yo sabía que no había problemas en mi departamento. Pero una buena serpiente sabe encontrarlos cuando le conviene, y lanzar la mierda a otro, sobretodo cuando le están poniendo en evidencia. Y la evidencia era demasiada.

Esa fue una de las tardes de las que hice una dosis usual de ansiolíticos. No era normal en mí, de hecho *lo tenía controlado...*

Por la mañana, me desperté, como siempre, embotado, medio durmiendo, siguiendo mis rutinas automáticas. Pero esta vez tenía que estar atento que el camino no era desde mi casa al lugar de trabajo habitual, sino de mi casa a la Central. Y me ocupé conscientemente de no olvidarlo. No era la primera vez que cometía algún error de ese tipo y me había dirigido a la empresa en la que trabajaba en lugar de ir a la central haciéndome unos kilómetros de más.

Me metí en el coche, y me dirigí hacia la carretera. Durante el trayecto, repasaba mentalmente el plan a seguir: intentaría ser conciliador. Trataba de hacer que me saliese de mis casillas para dejarme en evidencia, y yo no quería que me dejaran en evidencia. Tampoco estaba intentando hacer daño a nadie... simplemente quería hacer funcionar a un equipo. Sabía controlarme... pero sabía que había ciertas personas que conseguían hacerme perder el control.

Me hice todas las provocaciones posibles, para responderlas de forma adecuada. Pensé todas las salidas que tendría, y busqué las más. Estuve mucho tiempo dándole vueltas al asunto.

Repasando y repasando mentalmente lo más conveniente a seguir, me di cuenta de que había llegado a mi destino, sin saber ni como había cambiado las marchas, ni como había hecho las curvas, ni como había llegado hasta allí, lo que suele ocurrir cuando uno hace muchos kilómetros de carretera a la semana.

Una vez en el edificio, bajé al parking, busqué un aparcamiento por entre los libres (pues el mío, antiguamente reservado, ya estaba ocupado por mi sustituto), y subí el ascensor. Saludé con alegría a mis viejos conocidos, y me dirigí al que anteriormente había sido mi despacho... aunque ya se había encargado de darle un tono personal. Supongo que por un reflejo condicionado, a la entrada me subieron de nuevo las pulsaciones, pero también influyó el "tema" que se suponía que iba a tratar.

Entré cordialmente, le di la mano, y me acerqué hacia su mesa.

- Hola Jordi... ¿cómo estás? – Pregunté con toda la amabilidad que fui capaz.
- ¿Qué cómo estoy? ¡Que como estoy! Ahora te lo diré – Respondió, con tono totalmente opuesto al mío.
- ¿Cuál es el tema a tratar? – Pregunté, conciliador, y en buen tono, siguiendo mi plan mental.
- Los problemas de gestión que están ocurriendo en tu departamento y lo que es peor, tu problema de actitud – respondió, agresivo y prepotente.
- Es posible que existan esos problemas... pero necesito datos, datos medibles y observables, para poderlos rectificar...

Comenzó a divagar. No existían tales datos, ni medibles ni observables. Mientras

hablaba, hurgaba entre sus papeles, de los cuales su mesa estaba llena, como intentando aparentar que tenía mucho trabajo. Los bloques se almacenaban unos sobre otros, en un caos absoluto.

Parecía buscar algo, lo miraba, y lo volvía a dejar, en otro montón diferente. No me miraba directamente a los ojos, y cuando lo hacía, era en plan “perdonavidas”. Su mirada me producía arcadas. Sonó su móvil, y atendió a la llamada de un amigo, en lugar de cortarle indicándole que estaba reunido. Atendía cualquier llamada que le llegaba sin filtrarlas para demostrarme que yo era lo menos importante de su mundo. Se levantaba de la mesa, cambiaba de postura, miraba otro papel, tiraba otro a la papelera... estaba claro que conocía mejor que yo el lenguaje del poder... y lo estaba usando en toda su extensión.

Pero yo conocía otros lenguajes. Podía hacer uso de la sutilidad que había estado aprendiendo y practicando, o utilizar un lenguaje más basto... y así lo hice: Me levanté de golpe, lo cual le sorprendió.

- Dado que no quieres atenderme, me marchó. – Dije en tono seco.

Respondió levantándose a su vez, para bloquear mi salida. Se acercó a la puerta y la cerró, que justamente era lo que yo esperaba.

Estaba confundido y cuando comenzó a ponerse rojo tal vez de ira o tal vez porque iba a gritarme, le agarré de las pelotas, se las agarré como no me hubiera gustado nunca que me las cogiesen a mí, y le miré a los ojos, como tal vez no le hubieran mirado nunca antes.

No pronuncié ninguna palabra. Igualmente que en otra ocasión mucho tiempo antes, en mi primera entrevista de trabajo, desee que esa persona me cayera simpática y me lo repetí mentalmente, en esta ocasión le desee con todas mis fuerzas y sinceramente

la muerte, y sé que vio su muerte en mis ojos. El color rojo de su cara fue poco a poco tornándose pálido.

Lo solté, pero no dejé de mirarle con la misma intensidad y *sin parpadear*. Había captado el mensaje. Su cara estaba desencajada. Era extraño, pero había proyectado todo mi odio a través de mi estómago, hacia arriba, por mis ojos. Sabía que esa mirada era peor que un puñetazo. Seguí mirándole fijamente sin darle la espalda, y salí del despacho. Sabía que le había dado una paliza, y que tendría sus consecuencias.

Desde ese día y durante un tiempo, nuestra relación fue más cordial. Él sabía que nadie le habría creído dado lo absurdo de la situación, que, además, le habría dejado como un imbécil a él:

- Abel me cogió de las pelotas y me miró como si me fuese a matar. - . Y, además, *la puerta estaba bien cerrada*.

Solo al salir de la habitación noté como me subían las pulsaciones. Era de esas extrañas situaciones en las cuales uno puede mantenerse en calma porque no ha pensado en las consecuencias y lo ha apostado todo a una sola acción. Antes de entrar, ya me había fijado en la puerta de salida, cosa que sólo hacía cuando sabía que podía ser que ese día sea la última vez que la vería desde esa perspectiva.

Al salir, una voz familiar, me hizo girar la cabeza. Era mi antigua secretaria, relegada a un puesto administrativo *diferente*. El nuevo tenía ya una de las despampanantes.

- Abel, tengo algunas cosas que darte.
- Si, Teresa... ¿de qué se trata?

- De tus papeles, y algunas cosillas que han ido apareciendo y que son tuyas.
- Ah... bien. Haz que me las remitan a mi nuevo despacho por mensajería interna... y gracias por todo.
- Te echamos mucho de menos por aquí... las cosas son *un poquito peores* desde que no estás.
- Te agradezco sinceramente estas palabras. - Sus palabras me llegaron al corazón, porque eran sinceras.

Entendí claramente a que se refería... hay caracteres y caracteres... y a mí me importaban *demasiado* las personas. Hay serpientes triunfando por el mundo simplemente por su prepotencia, y cierto grado de habilidad. Pero esas personas son insufribles de cerca... y de lejos. En cierto modo me sentí afortunado de no tener que estar tan cerca de ese *maldito cerdo hijo de puta neonazi*.

Pasado el periodo de gracia, que fue más bien corto, la situación se fue complicando todavía más. Mi jefe había evitado más "reuniones cerradas", y siempre buscaba la existencia de compañeros cerca cuando hablábamos, pero por otra parte me encontraba con que cada vez tenía menos recursos, cortados eficientemente por mí declarado enemigo número uno. Las partidas presupuestarias para mi departamento eran lentamente cortadas, la cantidad de personal que yo solicitaba era sistemáticamente desestimado. La delegación se fue ahogando hasta quedarse estancada, incluso llegando a proponer que no se renovara a aquellos trabajadores que tenían contratos temporales.

Conforme pasaba el tiempo, me daba cuenta que aquello no podría prosperar. Y en cierto modo admiraba su habilidad. Había sabido cambiar mi halo de competencia,

eficiencia y capacidad por otro de incapacidad, mentira e hipocresía. Con mis conocimientos, no tenía porqué soportar a ningún inepto encima de mí, así que decidí que iba a montármelo por libre: crearía mi propio negocio de consultoría.

Tenía algunos contactos importantes, más caché que unos años antes, y mucha más experiencia. Indiqué que, por *incompetencia de un imbécil*, que por supuesto no era yo, dejaba el puesto. Además, lo indiqué literalmente. Me despedí del Gran Jefe telefónicamente, y quedé con que le visitaría más adelante.

Estaba claro que una jerarquía no era lo que deseaba. De la misma manera que las iglesias o sectas rompen a las personas y las reconstruyen como felices estúpidos, es un hecho que los hombres sufren efectivamente un lavado de cerebro en las jerarquías. Los que no se someten son despedidos... o se marchan.

En cierto modo me dolía, entre otras cosas por el esfuerzo invertido, pero sabía que, cualquier cosa que lograra, sería para "engordar al cerdo", y cualquier cosa que hiciese mal, se me volvería en mi contra. Así que, ante esta situación de doble vínculo esquizofrénico, decidí desistir.

Sabía que en los inicios de mi propio negocio, el salario no iba a ser tan suculento como el conseguido hasta ese momento por cuenta ajena, pero preferí acogerme a otro nuevo proyecto más personal. Sería un trabajo similar, pero sin interferencias, así que no lo tendría difícil. Y esta vez no se trataría de un trabajo en el que tendría problemas por asomar demasiado la cabeza, así que no tendría que sufrir por si me la cortaban o no. Además, a largo plazo y no teniendo intermediarios, el salario sería muy superior.

El último día antes de marcharme, me dirigí a mi despacho para llevarme lo poco que

faltaba aún por recoger. Ya había previsto esta situación, así que estuve semanas llevándome mis cosas (libros, revistas técnicas, apuntes, etc.). Me había despedido de los de mi equipo que no se vendrían conmigo cuando lo solicitara, y esperé a que no quedase nadie. Fui a recoger un par de libros más que estaban sobre la estantería ya vacía, retiré lo que quedaba en la mesa, tiré los papeles que no servían para nada y emprendí la retirada.

Antes de marcharme, dejé las luces encendidas, y eché un vistazo a lo que había sido mi lugar de trabajo la última temporada. A fin de cuentas, había sido mi cárcel. No me traía los buenos recuerdos de mi anterior etapa, así que no lo iba a echar mucho de menos. Era otro ritual que tenía aprendido, despedirme del lugar físico y no solo de las personas, del espacio que me había acorralado durante un tiempo. En cierto modo me despedí del mobiliario, de las paredes...

Y fue entonces cuando me di cuenta de que me dejaba algo: una caja que no había abierto, remitida por Teresa, mi anterior secretaria, cuando tenía una. Estaba cerca de la puerta, posiblemente porque había llegado ese mismo día, y no le había prestado atención. La cogí, y me dispuse a marcharme. Jamás volví a pisar ese despacho. Tampoco lo lamenté.

CAPITULO III: CAÍN Y ABEL

Prudentemente, había dejado un mes de descanso entre un trabajo y el otro. Siempre estaba bien prever un tiempo para planificar el nuevo trabajo y tomar pulmón. El primer día de "vacaciones" fue maravilloso. Los días posteriores tuve tiempo de dormir hasta que me llegó a doler todo el cuerpo, leer hasta cansarme la vista y ver en la televisión hasta los programas que nadie veía... pero conforme pasaban los días, poco a poco, me fui dando cuenta de que necesitaba una actividad más regulada.

Y de momento no tenía ninguna. Y me di cuenta de que sentía un extraño aburrimiento. Siempre había deseado tener mucho tiempo libre, y ahora que lo tenía, no sabía que hacer con él. La verdad era que nunca había tenido tanto tiempo, y no tenía ninguna actividad extra laboral. Así que, sin trabajo, me encontré sin identidad.

De este modo, comencé a buscarme actividades: volví a rebuscar en mi amplia biblioteca y a ordenar mis libros, volví a saborear los sonidos de mi amplia colección de CDs. Salí al campo a caminar, cogí el coche y viajé por capricho... hasta que me cansé. Me dediqué a organizar un poco mi espacio en casa, a tirar papeles y otros inservibles... abrí las cajas que había traído del trabajo y otros documentos personales y finalmente abrí la caja remitida por mi ex - secretaria.

Comencé a sentir curiosidad. Era una caja pequeña y de poco peso. Como imaginaba, solo contenía papeles, la mayoría fotocopias que no servirían nada más que para salvar algún árbol. Eché un vistazo a todo... revolví el interior... más papeles. Puse la caja boca abajo, y tiré todo su contenido sobre el sofá y me senté al lado del montoncito. Una agenda vieja y pequeña... unas fotocopias inservibles... algunas notas... nada de valor.

De repente, me dediqué a observar un poco mejor los papeles, y vi que si que tenían valor, un valor *sentimental*. A veces, cuando lograba algo importante, me gustaba quedarme fotocopias para animarme y automotivarme. Recuerdo que, cuando vi el papel en el que indicaban porqué me habían seleccionado para mi primer trabajo, donde estaban las puntuaciones que el entrevistador hizo, me hice una fotocopia. Aquello no iba a hacer daño a nadie, y a mí me iba a dar "gasolina" para mucho tiempo.

También había fotocopias de los contratos firmados que más "éxito" me habían reportado: mi primer contrato, uno que me llevó grandes trabajos... y entre ellos había uno sobre el cual hacía tiempo que no tenía en cuenta... el contrato que tenía a lápiz el teléfono que Rosa había escrito, indicando que sería beneficioso para mí llamar.

No tenía nada que perder. Podría ser una locura, una tontería, una broma, o algo divertido. O tal vez una secta destructiva. Todo era posible, pero la forma de averiguarlo era, llamando. Lo malo era que tenía un número, pero no un nombre. Sería un poco raro para el receptor de la llamada, ser preguntado por "un miembro de un clan" porque una "vidente" con un "don" me lo había indicado. No tenía sentido. Pero el hecho de que no tuviese sentido es lo que lo hizo más interesante.

Marqué los primeros tres números... y colgué. Me estaba poniendo nervioso. Realmente no pasaba nada. Solo tenía que oír la voz que me contestaba, y si no me interesaba seguir, preguntar por alguien al azar, o decir que me había equivocado... o no decir nada. Volví a marcar, pero esta vez todos los números. Sonó una vez... dos... la tercera... cuarta... quinta... sexta... y se oyó una voz masculina en el contestador:

"Hola, soy la tostadora. El contestador automático no ha podido ponerse porque está

en la boda de la lavadora, que se casa con el microondas. Cuando se conecte una luz fluorescente en su teléfono, diga lo que tenga que decir o calle para siempre...”

No pude evitar una sonrisa. ¿Dónde coño había llamado? Por el tono de voz parecía que estaba tratando con un trastornado mental. Esperé a oír el tono, pero antes de pitar, descolgaron el teléfono y la misma persona que había hablado en el contestador dijo:

- “¿Dígame?...”

Pensé por un momento en una de las alternativas anteriores, no hablar y colgar, pero aquella suave y agradable voz invitaba a hablar. Parecía alguien simpático.

- Hola, soy Abel, y tal vez me he equivocado de número... bueno, el caso es que hace tiempo que hablé con Rosa, a la que creo que usted conoce, y me dio su teléfono...
- ¿Y que le hace pensar que conozco a Rosa? Tal vez conozco a muchas *rosas*, pero no solo a una *rosa*.
- ¿Qué?
- No, que si usted me quería vender rosas, no hacía falta que llamase por teléfono, sino que viniese directamente a verme. Estoy acostumbrado a tratar con vendedores de rosas, pero la mayoría aparecen en los pubs, y a la vez, en los pubs hay camareros. También he visto vendedores de rosas en las tiendas de flores en la plaza del Ayuntamiento de Valencia, y en los mercados, y en los mercadillos... pero nunca había conocido a un vendedor de rosas telefónico.
- ¿Cómo?
- ¡Ja ja ja!... no me haga mucho caso... ¿y porqué le dijo Rosa que sería interesante que hablase conmigo?
- Bueno... es algo curioso... dijo que llamarle a usted sería beneficioso para mí... aunque no entendí en que.

- No creo que llamarme sea beneficioso, o no tanto como no llamarme. Si me llama, como si no me llama, no se beneficiará en nada. Lo importante no es llamar, ni como se llama, sino si realmente usted está dispuesto a llamar, a seguir la llamada, o porqué llama. O que va a hacer tras haber llamado, o si no va a hacer nada después de haber llamado...

Su voz mientras decía esto, se volvía lenta... y yo cada vez más confuso...

(...)

- ¿Perdón?
- Nada... que tal vez sería interesante que nos *viésemos*.
- ¿Pero para qué?
- Para comprarle esa *rosa*...
- ¿Que ro...? - y colgó el teléfono antes de que me diese tiempo a preguntarle.

Me quedé alucinado. Estuve durante unos segundos mirando hacia el techo sin pensar. No entendí nada. Tenía a un extraño riéndose de mí en la otra parte de la línea de teléfono, que se dedicaba a jugar conmigo. Dejé el asunto de lado, y me dediqué de nuevo a seguir con mis juegos ociosos. Aquella confusa presentación despertó mi curiosidad, y no me quitaba de la cabeza que tipo de elemento era aquel con el que había estado hablando.

Tenía una habilidad con la que muchas veces era capaz de "captar vibraciones" tan solo de una voz y aunque fuese por teléfono, como era el caso. Pero en ese momento no tenía ningún perfil, ninguna casilla en la que introducir a este tipo. Parecía agradable, sincero, con muy buen sentido del humor, y juguetón... muy juguetón... pero nada más. No pude aprehender nada de su carácter, como solía hacer, a través de una conversación. Y esto me llenó de frustración, por no haber sabido nada de esta persona y curiosidad por saber más. Le volvería a llamar, pero para quedar y

averiguar más de él.

Para que no pareciese que estaba impaciente, dejé un par de días antes de volver a llamar. Marqué el número de teléfono. Esta vez solo sonaron dos tonos:

- ¿Si?
- ¡Hola!, soy Abel de nuevo.
- Ah... el amigo de Rosa. – Contestó con indiferencia.
- Me preguntaba que había de cierto en lo que dijo Rosa García sobre las habilidades que usted tiene...
- Si, es cierto... tengo la habilidad de caminar, de pensar, de leer, de escuchar, de odiar, de amar, de esperar, de impacientar, de *confundir*...
- No me refería a esas habilidades... me refería a la capacidad de obtener información de las personas...
- Ah... es eso... es fácil... cuando quiero información de una persona sólo tengo que preguntársela. A veces me la dan, y otras no. Cuando me la dan, ya tengo la información. Cuando no me la dan, no la tengo. Entonces puedo seguir pidiéndola o no pidiéndola, de forma que me den información o no me den información, o me la dieron ya...
- No... si tampoco es eso... me refiero a la habilidad de obtener información de las personas sin preguntársela...
- ¿Por escrito? Es fácil. Es lo mismo que antes pero les doy lápiz y papel, o bolígrafo y papel, o una pizarra y tiza, o un lienzo y pinturas, o puede escribir en el suelo, o en la pared, o en la arena de la playa, o sobre su propia piel...

Sus respuestas eran desesperantes.

- Noooo... bueno, veo que no le interesa el tema o yo... mejor que lo dejemos...

Y cortándome añadió a mi frase:

- ... hasta que nos veamos.
- Bien... ¿cuándo podríamos vernos? – dije impaciente, aunque intenté que no se

notara demasiado mi interés.

- Mañana, a las doce del mediodía, en la tienda de libros de la calle Caballeros, del barrio del Carmen de Valencia. Se llama "Merlín". Soy su dueño...
- Bien, gracias. Nos vemos... por cierto... ¿cuál es su nombre?
- Me llamo Caín. - y colgó.

Me quedé de nuevo pensativo... lo de "Caín" iba por mí, estaba claro, y era una broma. Finalmente no supe por donde coger a este personaje. Estaba claro que jugaba, y que yo era parte de su juego.

CAPITULO IV: ABEL CONOCE A CAÍN

Aquella mañana me levanté temprano... ¡A las diez! Teniendo como tenía tanto tiempo libre, y una vida no regulada, me era fácil, sobretodo para una marmota dormilona como yo, levantarme tarde. Era casi pronto, acostumbrándome como estaba a levantarme casi a las doce, y a acostarme tarde. Hay búhos y alondras, y yo no era una alondra. Me aseeé como de costumbre medio durmiendo, tomé mi desayuno y me dirigí hacia mi garaje.

Todo aquello era muy rocambolesco: Yo, una persona más o menos seria, estaba siguiéndole el juego a un "trastornado mental", al que no conocía de nada, y que al parecer se divertía haciéndome bromitas. Y se suponía que era una persona con cierto nivel de "no sabía qué". En fin... más por curiosidad que por otra cosa, seguí con el juego, un juego del que no tenía la seguridad de seguir mucho tiempo puesto que me quedaba ya poco de descanso.

Mi reunión con Rosa fue realmente muy emocionante e impactante. Fue muy doloroso comprobar como otra persona captaba información sobre mí, cosa que no me había pasado antes. Pero esta persona, el tal "Caín", no me había puesto nervioso por obtener información íntima de mí, sino por lo *absurdas* y *caóticas* que eran sus conversaciones... y Rosa me dijo que era alguien con quien hablar... justamente lo que aún no había conseguido... en fin... todo por la curiosidad. Ciertamente siempre había sido curioso.

Me dirigí hacia el barrio del Carmen y aparqué por donde pude. Las calles eran muy estrechas, y no era un lugar donde fuese fácil aparcar porque era un barrio antiguo. Me encantaba caminar por aquellas calles. Tenían un ambiente diferente al resto de la ciudad. Era como si me hubiese trasladado a otra época, y de hecho así se mantenía

el ambiente.

Fui caminando hacia la calle Caballeros, y...ibingo! Allí estaba la Librería Merlín. Eran las doce menos cinco, así que estaba cumpliendo con el horario. Nunca me gustó llegar tarde ni demasiado pronto a mis citas. No me gustaba esperar ni hacer esperar.

Desde fuera parecía tratarse de una pequeña librería. En el escaparate se podían ver libros de muchas clases, pero la mayoría eran de corte "ocultista". Había también varias barajas del Tarot de Marsella desplegadas, y otras cartas que no pude identificar, también parecidas a las del Tarot, pero de otros tipos. La carta de "El Loco", que conocía por lo que había leído, gobernaba estéticamente en el escaparate la disposición: estaba en un lugar destacado y todas las demás formaban un círculo alrededor de ella. Además, había libros de hermética, Alquimia, el Libro de las Mutaciones, telepatía... en fin, lo típico que suele haber en este tipo de librerías.

Entré, y de una mirada capté que había mucha gente hojeando los libros. No había un tipo determinado de personas allí, unas con pinta progre, y otras parecían "ejecutivas". Pero había mayoría de mujeres. ¿Serían brujas? Me reí interiormente de mi propia ocurrencia. Era un local pequeño pero acogedor, con el olor típico de los lugares antiguos. Las estanterías eran bajas, de modo que se podía ver por encima de ellas.

Conforme me adentraba por la puerta me pude percatar de que no era demasiado grande, pero tenía una buena selección de libros por zonas según temas. Además, había velas y algunos adornos que no supe reconocer. A mi derecha se veían más estanterías, y una puerta, en lo que parecía ser el almacén de los libros.

A la izquierda de la puerta se encontraba una dependienta joven y de cara redondita,

un poquito rechoncha y vestida a lo hippy. Estaba sentada leyendo como si tuviese ante sí todo el tiempo del mundo. Su mesa parecía preparada para recibir a un cliente que quisiera que le echasen las cartas. A su lado, un hombre de unos cuarenta y tantos años con unas gafas oscurecidas sujetaba cerrado un libro entre sus manos. Tenía la piel oscura, muy bronceada, facciones marcadas y el pelo moreno y muy corto.

Me dirigí a la estantería que más cerca tenía y miré varios libros... los abrí... Siempre me había gustado ir a las librerías y hojear libros. Era una sensación muy agradable pensar que no había nada más importante que hacer: hojearlos, seleccionar de entre los vistos, y quedarse si procedía, con alguno, el que más interesante me hubiera parecido. Aunque compraba bastantes libros, a veces por catálogo o por internet, nada podría sustituir al hecho de poder comprobar los libros leyendo algunas páginas al azar.

Aproveché para mirar de reojo a la dependienta y al señor de al lado, pero al parecer no era yo solo quien prestaba atención. Ella seguía con su mirada mi recorrido. Cogí un libro, le eché un vistazo, y pensé que ya que estaba allí por algo iba a hacer lo que debía. Me acerqué hacia la mesa:

- Perdón... ¿Está el Sr. Caín, el dueño de la librería?

La dependienta levantó sus ojos, con tranquilidad, como si el proceso fuese a durarle una hora, y me miró directamente a los sus ojos. Su mirada siguió el recorrido desde mis ojos hasta la persona que tenía al lado, y luego me miró de nuevo a mí.

- ¿Sr. Caín? Pregunté mientras miraba al señor que se encontraba a su lado, sintiéndome extrañado por nombrarle con ese apelativo, que nunca antes había oído.

- Si... soy yo... – dijo sin mover la cabeza de su posición.

Por sus gestos, su porte rígido, por sus gafas oscuras, el bastón a su lado y el hecho de que no me dirigiera la mirada *deduje* que se trataba de un invidente. Había *algo* en él que imponía respeto, temor tal vez. La dependienta sonreía levemente.

- Tenía interés en conocerle... – Le indiqué, a la vez que miraba su reacción.
- Bien... pues ya me conoces. Y tutéame, que sino me haces mayor.
- Me gustaría mantener una conversación con usted, perdón, contigo.
- Bien... cuando ibas a entrar, ¿qué es lo primero que has visto? – Preguntó... comenzaba de nuevo a jugar conmigo.
- He visto... las estanterías...
- ¡No!, ¡Antes! – dijo en tono seco, y subiendo la voz.
- He visto... el escaparate...
- ¿Y que había en el escaparate?
- Pues he visto, varios libros de ocultismo...
- ¿Qué libros? – Dijo, sin dejarme terminar la frase y volviéndome a cortar.
- Pues... creo que uno era el Libro de las Mutaciones, el I Ching...
- ¿Qué edición?

Me hizo dudar...

- No recuerdo exactamente...
- ¡Que no lo recuerdas! ¡Pues vaya mierda de observador! – Acentuó lo de "mierda de observador" de tal modo que me aguijoneó. Actuaba como si estuviese muy nervioso, y me estaba poniendo muy nervioso a mí.

Me quedé helado. No sabía como seguir. Tal vez era una reprimenda porque yo podía ver y *él no*. La dependienta no dejaba su leve sonrisa, que intentaba disimular. ¿Se reía de mí? Eso me importunaba también. Seguí con mi descripción de los otros elementos del escaparate, para ver si distraía su atención a otro punto.

- También había unas cartas del Tarot
- ¿Y como estaban ordenadas? – Inquirió de nuevo.

Esa, me la sabía:

- Pues en círculo, con “El Loco” en el centro, como significando algo, como si las demás cartas le observasen – Me sentí mal al decir que le *observaban*, pensando que se lo decía a un ciego.
- Ya... ¿y que orden mantenían las del círculo? ¿Del 1 al 21 en el sentido de las agujas del reloj? ¿En el sentido contrario a las agujas del reloj?... ¿pares e impares separadas?

Pues no... no me la sabía... ¡Y que importaba! Me sentía muy molesto. Todo era muy molesto: la situación, el personaje, el hecho de estar allí ...

- No lo sé... - balbucee, como un chiquillo inseguro.
- ¿Porqué crees que “El Loco” está fuera de la baraja, y al centro?
- ¿Por estética?
- ¡No! ¡No! ¡No! – El local retumbó con su voz.

Las personas que se encontraban en la librería, al oír su fuerte voz, giraron sus cabezas y me miraron. Me sentí más molesto aún. Cada vez me sentía *más pequeño*. Aquello era ridículo. Solo tenía que mandar a freír puñetas a ese imbécil, y marcharme de allí. Estuve a punto de hacerlo. Estaba harto de esa situación.

Nunca me gustó que me llamaran la atención. Nunca me gustó que los jefes me pegaran los típicos “puros”. Nunca me gustó que nadie me tratase de forma autoritaria. No me gustaba que me observaran en esta situación. Y de hecho nunca me gustó que mi padre me reprendiera. Nunca replicaba a mi padre de pequeño.

Nunca replicaba a mis jefes de mayor. Y en ese momento no me atrevía a replicar a un desconocido.

Inspiré profundamente, decidí seguir, y presioné un poco más a mi cerebro buscando una respuesta *adecuada*...

- Porque es el único que no tiene número... – Repliqué.

Su voz cambio radicalmente... bajó su volumen y se volvió suave y agradable, como la que había oído por teléfono.

- ¿Y porqué no tiene número?
- No sé... porque es el único que, al estar loco, y ser libre, no se puede encasillar...
- Tal vez... ¿y que ocurre cuando no *te* pueden encasillar? – Y esta vez, aunque no me viese, alzó su cara como si me mirase *a mí*.
- ¿Qué no *me* pueden definir? – Contesté, un poco más tranquilo, al ver que mis respuestas satisfacían sus preguntas.

Era extraño. Había entrado en la fibra más infantil de mi carácter. En cierto modo, estaba respondiendo a mi padre, a mis jefes...

- ... y si no *te* pueden definir... no *te* pueden atrapar. La forma perfecta es la falta de forma. – bajó el tono de voz, y como si recitase, indicó: - "Por eso el sabio evita, todo exceso de cantidad, todo exceso de medida y todo exceso de forma... A los árboles fuertes les aguarda la tala, lo fuerte y grande es inferior. Lo blando y flexible, superior..."

Yo sabía que eran párrafos del Tao Te King, de Lao Tsé. Hacía años que había leído ese libro. Pero no entendía que tenía que ver esa enseñanza metafísica con todo lo que estaba ocurriendo allí.

- Otra cosa más... no olvides que las cartas *hablan* de arquetipos... al principio de

los tiempos, existieron diferentes tipos de hombres... estaba el fuerte, que era el que creía que gobernaba... el político, que se aprovechaba de su influencia sobre el fuerte. Estaba el que dominaba la tecnología, y por lo tanto era útil al gobernante... y otros tantos más... pero había un personaje, uno de ellos, que no tenía ninguna habilidad. *No servía para nada*. Y para sobrevivir tuvo que inventarse una habilidad... ser el divertimento de los demás... no olvides nunca que el buen humor es imprescindible para sobrevivir a los tiempos. De hecho, en los campos de concentración, Viktor L. Frank pudo comprobar que, incluso en las más penosas condiciones, aquel que era capaz de hacer reír a los demás, recibía un poco más de comida cada día...

Inspiró, como si quisiera cambiar de tema, cosa que hizo...

- Bueno... ya está bien... ya te he mareado bastante – dijo. – Ya *nos veremos* otra vez – Se levantó, me dio la mano cortésmente, y, para mi asombro y sin el bastón, pasó por entre las estanterías como si ya conociese cada palmo del local, entrando en lo que parecía ser el almacén. Me quedé unos segundos absorto. Miré a la dependienta, seguía sonriendo, como si ya hubiese vivido antes esta situación. Me despedí de la chica y salí del local.

CAPITULO V: ¿ABEL MATÓ A CAÍN?

Tras llegar a casa, me pasé el día dándole vueltas al extraño comportamiento de ese sujeto. Independientemente de que fuese un juego o no, se notaba que esa persona sabía que yo me dejaba intimidar y dominar por una personalidad autocrática. No imaginé que fuese un ciego, pero estaba claro que en todo aquello había muchos mensajes, tal vez demasiados.

En primer lugar, me estaba diciendo que *no observaba bastante*, puesto que me había interrogado sobre lo que había observado antes de entrar al local. Después, estaba el mensaje de "El Loco". En las cartas habituales que utilizamos para jugar ahora, el único personaje que según recordaba había permanecido de los llamados "arcanos mayores" (que son los que se suelen utilizar para tirar las cartas), era "El Loco". Esta carta, sino recordaba mal, venía a significar los ideales y el soñador, o algo así. Pero también era una carta que hablaba de un personaje juguetón: el Joker, la única carta que se mantenía viva, tal vez debido a su sentido del humor.

Tal vez me estaba indicando esta persona que era como un Joker, que jugaba conmigo. También me sugirió el hecho de que no se podía encasillar, por lo tanto no tenía forma, y al no tener forma no se le podía atrapar, como me estaba ocurriendo con él: sus variaciones de carácter y tono hacían que no pudiese darle ninguna "forma". ¡Que lío!

En fin, no entendía nada. Todo era muy confuso, y tampoco entendí para que servía todo eso. Lo que tampoco me pareció casualidad, era que me hubiese hablado de libros que ya había leído y del Tarot con el cual jugué en mi época juvenil. Ciertamente, a quien no había podido atrapar era a él: la persona que me había parecido simpática, agradable y cálida telefónicamente, respondió de forma

desagradable, antipática, y odiosa en un “cara a cara”. Pero suponía que todo aquello tendría un propósito. Y lo más importante es que toda esa situación había provocado en mí una nueva *experiencia* inolvidable.

Le estaba dando vueltas a todo ello, y me quedé tan ensimismado, que no me di cuenta de que me quedaba ya poco tiempo de “descanso”. Tenía dos semanas para incorporarme a mi nueva empresa. Estaba ilusionado, y sabía que esta vez no iba a tener que ser tan cauto con los jefes, porque mi jefe iba a ser yo mismo. De hecho no tenía que dejarme dar por culo por mi jefe, ya que me acostaría todas las noches con él, o sea, conmigo mismo.

Estuve pensando que cuando trataba con una persona cuyo comportamiento era muy variable, me producía cierta confusión, y las situaciones de confusión me obligaban a buscar un “hierro ardiendo” al que cogerme. Los seres humanos odiamos la confusión y además cuando alguien supone un carácter a otra persona es como si la poseyera o la limitara. De hecho, siempre estaba el típico personaje que cuando suponía que eras de una *forma*, decía: “Pues esta película, conociéndote, seguro que te va a gustar”. O “Este libro es de los que te gustan a ti”.

Y aparte de la molestia, no acertaban ni por casualidad. No tener “forma” no era bueno en las relaciones con los demás, pensé, *si queremos que estén tranquilos en nuestras relaciones con ellos*. Los seres humanos siempre habían necesitado cierto grado de predecibilidad, y cuando una persona no era nada predecible, ponía nerviosos a otros. Yo siempre había sido de ese tipo, aunque no lo hiciese de forma voluntaria.

La diferencia fundamental entre mi carácter y el de Caín, era que *él lo hacía voluntariamente para ponerme nervioso*. Por experiencia sabía que cuando ponía nerviosa a una persona adquiría cierto grado de control sobre ella. De hecho, en las empresas, el método principal para conseguir que las personas trabajaran, aunque erróneo, era poner nerviosos a los trabajadores. Mantener en cierto grado de nerviosismo era un supuesto de los jefes que hacían que siempre estuviesen “alerta” sus subordinados. Siempre estaban dispuestos a pegarte un pinchazo para que, con aliciente, corrieras un poco más. Erróneo pero... solía funcionar.

En el contexto del control mental, había leído que cuando una persona conseguía poner nerviosa a otra, captaba mucha más información no verbal de ella. Tal vez eso era lo que estaba haciendo Caín. También había visto por televisión como un hipnotizador gritaba a una persona del público para ponerla nerviosa e hipnotizarla así más rápidamente.

Los Hare Krishnas, para recaudar dinero en los aeropuertos, eran especialistas en esto. Mientras alguien estaba esperando un avión, saltaban delante de esa persona. Inicialmente, su voz era fuerte y después bajaba al llegar hasta el punto de ofrecer un libro y pedir un donativo para “la causa”. Normalmente, las personas así asustadas cedían inmediatamente. En este caso, la gente estaba asustada por la extraña apariencia, súbita aparición y fuerte voz del devoto Hare Krishna. Lo mismo que había hecho este personaje conmigo.

Los inicios en mi empresa fueron como nunca: muy agradables. No disponía nada más que de mis contactos, mi teléfono móvil, mi coche y mi conocimiento. Me dediqué principalmente a ayudar a algunas de las empresas más grandes, con las que podía

tener cierto grado de seguridad y mantenía relaciones desde hacía tiempo. De este modo obtenía un cierto nivel de ingresos, para después ir ampliando el negocio.

Me di cuenta de que cuando uno era asesor de empresas, las personas con las que trataba no me conocían, *no me poseían* y eran cordiales. El jefe no existía realmente y no se dedicaba repartirme bofetones de vez en cuando. El trabajo no podía exigirme demasiado porque no conocía las organizaciones. Haciendo mucho menos, el trato era exquisito. De hecho, cuando entraba a las empresas, sólo faltaba que me pusieran en la puerta una alfombra.

Cuando llegué a casa, tras el primer día, estaba exhausto. El cansancio era más emocional que físico, estaba muy alterado: era ese tipo de estrés positivo que siempre me había gustado sentir en el estómago. Me dediqué a hacer un poco de tiempo antes de poner a calentar la cena y me puse a leer. Para sentirme acompañado me conecté el televisor.

De momento, me vino otra vez la imagen de aquel hombre, con las gafas oscurecidas. Recordaba su sensación de control y el caos que había provocado en mí. Tal como lo recordaba, alto, delgado, moreno, de facciones marcadas, y apariencia venosa. No sabía el color de sus ojos porque no los había visto pero algo me decía que serían oscuros. También había algo en él que me recordaba a mí, tal vez fuese... en fin... no lo podía definir.

Recordando la situación que había vivido con ese personaje, también recordé que daba la sensación de que yo no le interesaba mucho, pareciendo distante a la vez. Me apeteció hablar con él, pero *en serio*, sin tanto juego. Algo dentro de mí me decía que eso iba a ser muy difícil, puesto que parecía una persona a la que le gustaba jugar. La verdad era que siempre me había gustado el buen sentido del humor de las personas

con un impedimento físico como el que tenía él. Yo tenía vista y me sentía a veces mal por lo que no tenía. Él era ciego y parecía muchísimo más feliz que yo.

Me sentí tentado a llamarle de nuevo... estaba seguro de que en este juego, era yo el que estaba siendo guiado. En la mayoría de las ocasiones había sido yo el guiador, y ahora me estaban poniendo el carril. Tenía hasta las nueve de la noche, hora en que tenía pensado de poner en marcha el horno hasta las nueve y media, y eran las ocho y cuarto. En fin... me dejé llevar por mi intuición y volví a llamar. Esta vez no le dio tiempo al contestador a ponerse. Descolgaron el teléfono

(...)

- Hola. Soy Abel... ¿está el Sr. Caín?

Oí la voz sensual de una mujer joven:

- Perdona, creo que se ha equivocado de número.
- Disculpe... ¿es ese el (e indiqué el número de teléfono)?
- Si, lo es, pero aquí no vive ningún Caín. – Contestó seriamente la del otro lado del teléfono.
- Ah... disculpe... tal vez me he equivocado de nombre...
- No. Aquí solo vivo yo. – Lo indicó de forma contundente y segura.
- ¿Y no sabrá del paradero del antiguo inquilino?
- ¿El antiguo inquilino? No hay ningún antiguo inquilino. Esta siempre ha sido mi casa.
- Bueno... disculpe de nuevo. Buenos días. – Respondí cortésmente.

Colgué. No entendí nada. Posiblemente había compinchado a una amiga para que le hiciese el papel.

Volví a marcar los números, con cuidado, despacio. Tal vez me equivoqué al marcar. Sonaron los tonos. Una voz sonó al otro lado y...

(...)

Parpadee. Volví a parpadear. Estaba mirando un punto fijo. Tenía el teléfono al oído, y no se oía nada como si se hubiese cortado la comunicación. Todo eso era muy raro. ¿Con quien había hablado ahora? ¿Qué había dicho? Tenía un vacío total de lo que había pasado en los últimos *segundos*. Evidentemente, seguían jugando conmigo. Pensé en volver a la televisión y verla un rato, para después poner en marcha el horno con la cena. Quedaba todavía media hora. Como por reflejo miré el reloj. Eran las nueve y cuarto... una llamada de minutos... había sido una llamada de una hora.

Al día siguiente, vi que tenía un paquete en el buzón. Era mayor de lo habitual. En él, había un libro y un vídeo. El libro era el "Mein Kampf" (mi lucha) de Adolf Hitler, y el vídeo, no tenía ninguna identificación. No tenía remitente. Me pareció una broma de mal gusto. Lo que Hitler había hecho a la humanidad era indescriptible. Cogí el vídeo, entré en casa, lo saqué de su caja... había una nota... en ella indicaba:

"¿Te das cuenta de lo que ocurre cuando utilizas tus habilidades en un sentido negativo?"

Introduje la cinta en el reproductor y pude ver a Adolf Hitler haciendo uno de sus multitudinarios mítines, frente a montones de jóvenes. No entendía nada de lo que decía porque entre otras cosas, no hablaba ni entendía alemán. Se podía ver y oír la fuerza de su oratoria. El fanatismo de miles de personas a los gritos e incluso los movimientos de otra. Estuve un rato visualizando la cinta.

Al terminar uno de los mítines, tras ir subiendo el tono, hizo un final "apoteósico", se giró, miró a uno de los que estaban detrás, y volvió a girarse hacia su público. Estaba serio, como muy enfadado. Para mí su imagen era repelente... por todo lo que le

rodeaba. Había algo que me llamó la atención y no sabía exactamente qué, así que rebobiné ese trozo... vi otra vez como terminaba de hablar, con el semblante muy serio, miraba de nuevo al que estaba detrás, y se giró otra vez para ver al público... rebobine otra vez... y pasé la cinta a cámara lenta... me llamó la atención que mientras miraba a uno de sus "colegas", se le escapaba una breve sonrisa... y volvía a ponerse serio.

Estaba claro que se trataba de una persona con una capacidad de interpretación extraordinaria. Estar tan serio, de forma congruente, sonreír, y volverse a poner tan serio, denotaba mucha habilidad. Después pude averiguar que el que se encontraba detrás era Rudolf Hess, su brazo derecho y el único de los líderes nazis al que no condenaron a muerte.

Esta era una nueva parte del juego – aprendizaje. El principio era observar. Ahora era observar efectos. Pues bien. Estaba claro que buscaban puntos clave de mi personalidad... Primero la intriga de un grupo con ciertas habilidades: siempre me hubiera gustado tener algún poder especial. Después el hecho de que una persona escogiese un nombre exclusivamente para provocarme. Después, tener que enfrentarme con un ciego, puesto que siempre había temido, de entre todas las cosas, perder la vista.

Otra cuestión era haber ido a una tienda de libros de los que, en cierto modo, me habían ayudado en mi formación cuando era más joven. Y finalmente, el nazismo. Había visto muchas veces los atroces desastres que produjeron en los campos de concentración. Habían provocado una guerra mundial. Estaba claro que buscaban o buscaba, quien fuese, provocar algo dentro de lo más íntimo de mí.

Ciertamente, de todo el texto engorroso y difícil de interpretar, me llamó la atención

que, en cierto modo, en este libro había descrito lo que haría años después. Pero lo que más me impresionó fue el valor que Hitler daba a la palabra hablada frente a la letra impresa. Para Hitler, cualquier revolución debía de partir de la experiencia personal con un orador. Y tenía una estrategia. Según leí...

"En cada uno de los discursos era esencial orientarse previamente acerca del probable contenido y la forma de las objeciones que podrían ser formuladas en el discurso. Convenía desde un comienzo mencionar las posibles impugnaciones del adversario y demostrar su inconsistencia. Así el oyente, a pesar de las numerosas objeciones que le habían sido inspiradas, por la destrucción anticipada de las mismas era fácilmente conquistado para la causa, siempre que fuese un hombre bien intencionado. La lección que le enseñaron de memoria era abandonada y su atención era cada vez más atraída hacia la exposición del orador"

Era una forma muy interesante de dominar a un auditorio...

"A la palabra hablada le atribuíamos importancia capital, porque en realidad sólo ella es capaz de impulsar grandes transformaciones, y esto debido a razones de orden psicológico"

"...todas las revoluciones mundiales, no son nunca fruto de la palabra escrita sino, por el contrario, son siempre producidos por la palabra hablada."

"El orador siempre se dejará influenciar por la masa, de modo que instintivamente fluyen de sus labios justamente aquellas palabras que él necesita para tocar el alma de los oyentes. Cuando toma un camino equivocado, tiene la oportunidad de corregirlo. En la fisonomía del auditorio podrá observar, primero si está siendo comprendido; segundo, si todos los oyentes pueden seguirlo; tercero, si están

persuadidos de la justicia de lo que está diciendo.

Si ve que no le comprenden, expresarán sus conceptos en formas tan elementales y claras que hasta el último de sus auditores tendrá que entenderle; si se percata de que no son capaces de seguirle, entonces desarrollará sus ideas tan cuidadosa y lentamente que el más ignorante de entre ellos no que de sin participar; y si, finalmente, nota que sus oyentes no parecen hallarse convencidos de la veracidad de lo expuesto, optará por repetir lo mismo cuántas veces sea necesario, siempre en forma de nuevos ejemplos, refutando las objeciones que, sin serle hechas, él capta en el auditorio y las refuta y desmenuza hasta que, en definitiva, el último sector de oposición revele, a través de su actitud y de la expresión de los que lo forman, haber capitulado ante la poderosa argumentación del orador."

Además, tenía estudiado el horario de mayor influencia en las personas...

"Por la mañana, e incluso durante el día, la fuerza de voluntad de las personas parece resistir mejor, con más energía, contra la tentativa de imponerles una voluntad extraña. Por la noche, se dejan vencer más fácilmente por la fuerza dominadora de una voluntad fuerte".

Tenía que sacar alguna conclusión de aquello, y pensé en documentarme un poco sobre la Alemania Nazi, y en concreto, Hitler dentro del sistema. Se suponía que habían puesto sobre la mesa una carta, y yo tenía que saber su significado. Como no estaba documentado en historia contemporánea y no sabía nada de la segunda guerra mundial aparte de lo que había visto en las películas, que venía a ser como no haber aprendido nada, me decidí a leer algo sobre el tema.

Un día tuve ocasión de pasar por una gran librería de Valencia y me puse a hacer uno

de mis pasatiempos favoritos: buscar y hojear libros. Pasé por varias secciones. Llegué a la de psicología, usualmente cerca de la de ciencias ocultas (había estado muchas veces por allí, pues esos temas siempre me habían interesado). También solía visitar la zona de empresa, para ver si podía aprender algo nuevo que aplicar al trabajo, sobretodo en habilidades.

El tiempo parecía no existir cuando me dedicaba a mirar entre las estanterías. Y lo que era peor, en esos momentos nunca recordaba que no tenía demasiado tiempo de sobra, y solía terminar comprándome un par de libros por semana de temas muy dispares que nunca tenía tiempo de leer. Los dos anteriores libros "no leídos" fueron, uno de matemáticas: "teoría de catástrofes" y otro de diagnóstico de salud a través del iris: "iridología".

Pasé por la zona de historia busqué libros sobre la segunda guerra mundial y el nazismo. Y podría averiguar algo más del carácter de Hitler. Historia antigua... historia medieval... contemporánea... segunda guerra mundial. Había libros de casi todo. Saqué un libro que hablaba del oro nazi. Lo hojé y lo volví a dejar: no me interesaban las finanzas de la guerra.

De reojo me di cuenta que alguien hacía lo mismo que yo, muy cerca. Una norma de cortesía, no escrita, me había enseñado que cuando alguien buscaba libros, si estaba en un sitio hojeando alguno, había que esperar a que otro "buscador de libros" se fuese, o se moviera a otra zona. Era raro que dos personas que no se conocían estuvieran en la misma zona, y más raro aún, que estuvieran tan cerca como me encontraba del otro "buscador de libros". Y muchísimo más raro aún, que alguien fuese mirando los mismos libros que yo.

Pude darme cuenta, siempre de reojo, que se trataba de más de una persona. Saqué

otro libro, de la misma zona... lo hojeé durante un rato y lo volví a dejar cuando vi que no me interesaba. La persona de al lado cogió el mismo libro que yo, y lo volvió a dejar.

Me estaba poniendo nervioso. Pensé que tal vez se trataba de una coincidencia. O tal vez estaba siendo presa otra vez de uno de los juegos de Caín. Pero no era un comportamiento habitual, así que me hice una apuesta a mí mismo: se trataría de dos o tres jovencitos de unos 16 o 17 años, con cazadora verde, y pelo rapado. Miré directamente a mi izquierda, y efectivamente se trataba de dos jóvenes de esas características. Mi corte de pelo al estilo prusiano, mi chaqueta, mi corbata y el hecho de que buscase esa bibliografía, tal vez les hizo pensar que era un líder neonazi. Ambos me hicieron una sonrisa de complicidad.

Me fui a la zona de literatura, y me siguieron. Les miraba de reojo mientras ellos intentaban ver que buscaba esta vez. Miré en la estantería, arriba, abajo, me moví unos pasos a mi derecha... y ellos hicieron lo propio. Finalmente cogí un libro y se marcharon. En mis manos tenía un ejemplar de "Alicia en el país de las maravillas".

De lo que leí me sorprendió que la capacidad de Hitler para convencer a ministros, cancilleres, ejércitos, empresarios, etc. era increíble. Era capaz de manifestar cualquier sentimiento, y segundos después reírse de lo que había ocurrido. Al parecer había sido un genio de la interpretación, o tal vez creía lo que hacía.

Al parecer, y según leí, el 15 de septiembre de 1938, Hitler, siendo Canciller de Alemania y Neville Chamberlain, primer ministro de Gran Bretaña se encontraron por

primera vez mientras todos los gobernantes esperaban expectantes sabiendo que podía ser la última esperanza para evitar otra guerra mundial. Hacía sólo seis meses, Hitler había invadido Austria y la había anexionado a Alemania. El mismo relato indicaba que solo 3 días antes de reunión con Chamberlain, Hitler exigió también una parte de Checoslovaquia para ser anexionada a Alemania, e incitó a los pro-nazis de ese país para que se rebelaran apoyando su causa.

Las tropas de Hitler ya estaban en secreto movilizadas para atacar este país, pero aún no estaban listas. Necesitaba, por tanto, tiempo para que los checoslovacos movilizasen sus tropas, para poder hacer un ataque por sorpresa. Lo que hizo fue hablar con Chamberlain y convencerle de que no tenía intenciones de atacar Checoslovaquia. Lo mejor de todo eran las declaraciones posteriores del propio Chamberlain:

"... pese a la dureza y crueldad que me pareció ver en su rostro, tuve la impresión de que podía confiarse en ese hombre si daba su palabra de honor."

Al parecer un oficial alemán observó como en la entrevista con Chamberlain, se mostró terriblemente enfurecido, gritó que así no se podía seguir hablando y se fue dando un portazo. Tras haber cerrado con un gran ruido la puerta que lo separaba de aquel comenzó a reír a carcajadas, se dio una fuerte palmada en el muslo y exclamó que Chamberlain no sobreviviría a esa conversación, y que su gabinete no sobreviviría esa noche.

Leí algunas mas... como por ejemplo convenció al ejercito de que se desharía de las camisas pardas (SA) para conseguir el apoyo del ejército, y así lo hizo, creando después de nuevo un ejército (las SS). O como convenció a la clase capitalista para que ayudase a "su causa". O como reinterpretaba siempre las cosas a su interés. Me

recordaba a la "rebelión en la granja".

El supuesto mensaje que debería aprender de ello no estaba demasiado claro. Tal vez venía a decir que si esas habilidades se hubiesen utilizado de otra forma, se podrían haber conseguido grandes cosas. O tal vez quería decir que Hitler... ¿pertenece al Clan?

Una cosa si que sabía. Quería hablar con Caín, y averiguar que ocurría con él, y sobretodo que me había estado ocurriendo a mí. Había tenido unos extraños lapsus, que no lograba entender. Y lo peor de todo, no lograba recordar. Posiblemente estaban manipulándome, lo cual me estaba trastornando. No me había gustado nunca, y no me iba a gustar ahora.

Y aunque sabía que en toda comunicación había algo de manipulación, aquí no había comunicación, sino un monólogo en mi dirección. Esto ya era demasiado y me estaba cansando. Así que, esperé a un sábado por la mañana, para dirigirme a la librería del barrio del Carmen.

Y así fue como el siguiente sábado, tal y como había planeado, me dirigí a la librería. Tras seguir las estrechas calles, llegué hasta el mismo lugar que la vez anterior. Llegó a parecerme incluso extraño que siguiera allí la librería, y que no hubiese sido un montaje también. Cuando entré, también me pareció extraño que estuviese la misma dependienta. A fin de cuentas, todo aquello podría ser *falso*. Pero algo había de *real*.

Me dirigí hacia la joven.

- Hola, buenos días

- Buenos días – contestó amablemente - ¿en qué puedo ayudarle?
- Me gustaría saber cómo localizar al dueño de la librería.
- Esta librería sólo tiene un dueño... y esa dueña, soy yo.

Estaba claro que ella estaba compinchada... por eso el otro día se sonreía, al verme caer en la "trampa".

- Bueno, me refiero al Sr. Caín, el ciego que estaba el otro día a su lado.
- Le recuerdo a usted. Recuerdo que vino y mantuvo una conversación con mi amigo, que por cierto no se llama Caín... y no es ciego.

Lo de cambiarse el nombre, para hacerlo "opuesto" al mío, podría tener cierta gracia. Pero lo de hacerse pasar por un ciego, ya me pareció de muy mal gusto.

- Y si no era ciego, ¿porqué se burlaba de mí de ese modo?
- En ningún momento le *dijo* que fuese ciego. Antes de entrar, mientras usted miraba al escaparate, simplemente se puso las gafas oscuras, y cerró el libro *que estaba leyendo*. Mantuvo su cabeza recta y el resto se lo inventó usted. Conociendo a mi amigo, le seguí la corriente en su supuesto nombre y lo de que era dueño del local.
- Está claro que jugaba conmigo... – indiqué.
- No exactamente... pero si quiere verlo así... a mí me dio la impresión de que simplemente le estaba mostrando *que usted presupone demasiado*.

Entonces recordé una imagen del club de los poetas muertos. En ella, un profesor de una clase muy estricta se subía encima de una mesa y preguntaba a los alumnos:

"¿Por qué he subido aquí?" - preguntó el profesor.

- para sentirse más alto... - Fue la respuesta de uno de los alumnos.

iNo! – Vuelve a responder el profesor.

He subido aquí para recordarme que debemos mirar constantemente las cosas de un

modo diferente (...) cuando ustedes crean que saben algo deben mirarlo de un modo distinto aunque parezca loco o equivocado. Cuando lean no consideren solo lo que piensa el autor, consideren lo que piensan ustedes. "

La lección se me había quedado impresa en la mente. Una vez mas utilizó una *experiencia vital* para darme una lección, igual que en esa escena de película.

Seguí conversando con la joven de la librería:

- Bueno, ¿cómo podría localizarlo?
- No se preocupe. Cuando sea necesario, él se pondrá en contacto con usted.
- ¿Es usted parte del Clan? Pregunté, curioso.
- ¿El qué?
- El clan... con la gente que tiene el Don... – me di cuenta de que ya estaba hablando como un marciano. Me miró como si me hubiese vuelto loco.
- No... nada... gracias por todo. – Contesté, para salirme de la situación.

Me giré, y cuando me disponía a marcharme, la dependienta me dijo:

- Por cierto, dejó esto para usted.
- ¿De que se trata?
- Es un antiguo libro de hermética. Me dijo que se lo diese.

Me pareció una tontería leer un libro de hermética, a esas alturas. Pero, como no tenía nada que perder, lo cogí. Ya tenía bastantes libros de hermética en casa, y no sabía muy bien porqué.

Empezaba a perder el interés por ese juego. No conocía ni las normas ni el objetivo. Y, además, parecía que sólo participábamos en ese juego ese hombre y yo. Llegué a casa, dejé el libro sobre mi escritorio y no reparé en él hasta la noche, cuando solía

leer algo en la cama, antes de dormirme.

Repasé un poco por encima el libro. Ya sabía que al parecer era un compendio de fórmulas, que tenía entendido venían del antiguo Egipto y que posteriormente se aplicaron para la Alquimia, la religión pagana, y otras cosas. Abrí el libro, y comencé a leer el prólogo. Indicaba lo que ya tenía entendido. Decía que la obra se atribuía a... y al leer "**Hermes Trimejisto**" (escrito exactamente así)...

Noté una ansiedad enorme, extraña, como nunca antes la había sentido. Mi respiración comenzó a ser cada vez más sonora, y mi corazón a latir como si fuese un caballo desbocado. Era como si me hubiese tomado cinco cafés de un trago. Nunca antes me había sentido así. Posiblemente estaba drogado, pero no sabía como, ni cuando, ni quien lo había hecho. Mi percepción de la realidad comenzó a *variar*. No veía bien, no podía centrar la vista.

Me comenzó a doler la cabeza, cada vez más, cada vez más... Mi tensión nerviosa estaba siendo desbordada, como nunca había experimentado. Perdía el control de mi mente, y mi cuerpo. Mis brazos no me respondían. La angustia y el dolor crecían y crecían, de modo indescrutable.

Mi estómago hizo una de las suyas y me vomité encima. La presión sobre mis ojos hizo que pareciese que fuesen a salirse de sus órbitas. Estaba desencajado. Pero eso no era lo peor... al principio me pareció oír como un zumbido en mis oídos, que fue aumentando hasta hacerse insoportable, y se fue transformando en voces dentro de mi cabeza, voces agresivas. No podía atribuir las a nadie. Eran unas voces nuevas para mí, muy desagradables.

Por momentos pensé que me estaba volviendo loco... y tal vez fue así. Solté un grito

enorme, que casi me desgarró la garganta, y, aún así, no lo oí por las voces que me gritaban autoritaria y terroríficamente a la vez:

- "¡Coge el cuchillo!"

No podía deshacerme de ellas. Sonaban dentro de mi cabeza. Si antes había sufrido ansiedad, aquello era un ataque de locura. ¿Me estaba volviendo loco?

A trompicones y pegándome golpes contra todo lo que había por el camino, me levanté de la cama. Me golpeé contra el marco de la puerta. No había tomado nada extraño esa noche, pero estaba claro que *me habían* drogado. Intentaba mantener la calma, pero me era imposible. Era como si me estuviese transformando en un animal, como si mis instintos cada vez fuesen más fuertes que mi mente, y mi esta, cada vez estuviese más hundida en un pantano.

Fui al cuarto de baño, y busqué mis tranquilizantes. Otra vez retumbó una voz en mi cabeza, que, con su tono desagradable, indicaba

- "¡Coge el cuchillo!".

Por el contrario cogí el bote de mis pastillas... al abrirlo todas ellas me cayeron en el hueco del desagüe. Miré en el interior del bote, con mi vista empañada, y de este salieron cucarachas que se me introdujeron por la ropa, hasta llegarme a la piel. Todo mi cuerpo se inundó de estos bichos, que rondaban por dentro de mi ropa.

Era un sueño. Tenía que ser un sueño. En la *realidad* eso no podría estar pasando. Volví a gritar como nunca antes lo había hecho. Nadie contestó. Mi mujer había desaparecido. Seguí por el pasillo chocando por las paredes, abrí la puerta de la calle y salí corriendo. Intenté buscar ayuda. No había nadie. Mi dolor era terrible y lo que era peor, indefinido. No me había encontrado tan mal nunca. Posiblemente me

hubiese vuelto definitivamente loco.

Seguí corriendo por la calle y seguía sin ver a nadie. Era muy tarde o debía de serlo. Necesitaba que me viese un médico, pero el centro más cercano estaba muy lejos. Aún estando tan mal como estaba, se me ocurrió coger el coche. Era una locura dentro de una locura, pero necesitaba ir a urgencias. En mi bolsillo estaban las llaves del aparcamiento y del coche, así que bajé las escaleras y llegué hasta mi coche.

Me encontraba fatal, pero al parecer podía conducir. Arranqué el coche, subí la rampa y pulsé el botón del llavero para abrir la puerta. Me pareció oír como chirriaba la chapa del coche contra la pared, pero en ese momento era lo que menos me importaba. También oí chocar la llanta de la rueda contra la acera al salir y varias veces en el trayecto, pero no me importó en absoluto.

A lo lejos, siguiendo el camino, me pareció ver el centro hospitalario. Por momentos veía cada vez más borroso. Solo veía la luz de la entrada. Entré y no había nadie. De repente, caí en la cuenta de que tenía algo en la mano: un cuchillo grande de cocina, el que solía utilizar en casa. Cómo había llegado allí, era un misterio. Pero era evidente aquello debería ser un sueño aunque parecía demasiado real.

¿Cómo podía saber si me encontraba en un sueño o no? Cuando uno se encuentra en una realidad, debe luchar en ella, y eso hacía yo. Entré en un cuarto, de lo que creí era el centro hospitalario, pues no veía muy bien. De repente y todo turbio, oscuro y con mi mente totalmente descentrada, vi aparecer ratas por todos los lados. El suelo estaba lleno de excrementos, y había gran cantidad de insectos en las paredes y volando por el aire. Eran símbolos inequívocos de un sueño. Suciedad, inseguridad... eran arquetipos... debía ser un sueño muy real.

Oía el retumbar de mi corazón, a doscientos por hora. Por el suelo comenzó a circular un líquido pestilente, que me mojaba los pies, descalzos. De las paredes caía ese mismo líquido, que fue cambiando de color, desde el negro más profundo hasta un marrón como el del suelo, y después a rojo. Noté como el suelo cedía. Era como si estuviese atrapado en arenas movedizas. Siempre había sido un buen viajante en los sueños, un buen onironauta, y parecía ser que estaba lo suficientemente despierto como para ser consciente de que estaba soñando. Pero aquello era un mal sueño, y aunque lo deseara con todas mis fuerzas, ni me podía despertar, ni podía salir de allí.

Entonces me encontré más tranquilo. Mis pulsaciones fueron bajando. Cuando terminase el sueño, terminaría todo. Pensé que cuando despertase me reiría de aquello. Todo mi cuerpo estaba sucio de vómito, de excrementos, insectos, ratas y ese líquido rojo que rodeaba las paredes.

De repente apareció un ser deforme ante mí. Tenía configuración casi humana. Me recordaba a los muertos vivientes de las películas, arrastrando los pies al caminar. Le sobresalía el cráneo por falta de piel en la cabeza, tenía un ojo colgando, y la piel demacrada y caída a grandes trozos. No hablaba, emitía extraños sonidos. Era asquerosamente horrible, lo cual lo hacía candidato a ser machacado. Además, en mi sueño, mi mente me había provisto de un gran cuchillo... aquello podía pasar de ser trágico a divertido.

Ahora sabía que si estaba en un sueño, sólo tenía que cortarle el cuello al monstruo, o a los monstruos, y anotarlos por la mañana para analizarlos. Así que cogí el cuchillo y, casi ya riendo, se lo clavé en medio del pecho. El maldito era más duro de lo que parecía, así que presioné todo lo que pude hasta que sólo le quedó el mango fuera. No le brotaba sangre, aunque si brotaba de las paredes.

Hice un notable esfuerzo y se lo saqué, para comenzar a divertirme con su apestosa cara. Tenía poca, pero yo me iba a encargar de que le quedase mucho menos. Le dejé sin sus ojos. Le corté las orejas. Le corté la cabellera a lo indio. Cogí lo que quedaba de su cabeza y le asesté varios golpes en el cuello, hasta que finalmente me quedé con su cabeza en una mano y el resto de su cuerpo en el suelo.

Nunca había pensado que de una enorme ansiedad inicial iba a tener una relajación y un sentimiento de satisfacción tan grande. Me sentí poderoso. Seguí troceando al "bicho", y se me ocurrió bañarme en la sangre de las paredes. A fin de cuentas sólo era un sueño, y solo en los sueños se podían hacer esas burradas. Y limpiarme de mi suciedad con esa sangre. Parecía una buena idea. Me quedé con la cabeza del desgraciado en mi mano, y su tronco yacía en el suelo. Estuve a punto de beber de la sangre... pero aquello hubiera sido demasiado. Ya estaba bien con la ducha que me estaba dando.

Entonces, el rojo de la habitación se volvió todavía más intenso. El rojo de la sangre sobre mi piel y mi ropa rota también tomó más color. La sangre de las paredes fue cayendo hacia el suelo hasta que quedaron casi limpias. Era como si hubiese un pozo que se fuese tragando los restos. Se fue aclarando todo, incluso mi vista. Fueron desapareciendo los bichos, las ratas, la suciedad y la sangre, excepto en el suelo.

...Y de golpe me vi, con el cuchillo en la mano, en la casa de mi antiguo jefe, donde solo había estado una vez antes. Delante de mí tenía a lo que quedaba de él, supuse, totalmente troceado. En mi mano derecha mantenía el cuchillo, y en la izquierda, lo que quedaba de su cabeza. Su familia gritaba. Siempre había deseado aquello... pero aquella pesadilla... era demasiado real. ¡Podía no ser un sueño!

Sonó un coche de policía. Acababa de destruir una vida... y la mía.

CAPITULO VI: CAÍN MUERTO.

Todo estaba oscuro y yo estaba aturdido y confuso. Me dio la impresión de que estaba en una sala de un interrogatorio, muy oscura. Prácticamente no se veía nada. No había nada más que una pequeña lámpara, y detrás estaba sentado alguien.

Esa persona se dirigió a mí:

- ¿Qué has hecho? - sonó con voz estridente.
- No... no lo sé... creo que me drogaron... y drogado he hecho algo horrible...
- ¿Y como has podido hacer eso, aun estando drogado? - Siguió preguntándome la misma persona.
- No lo sé.
- ¿No lo sabes, o no quieres saberlo?

Me cogí de la cabeza con las dos manos, y me froté la cara y los ojos. Apreté y estiré los párpados con fuerza, para aclararme más la vista.

- Bien, Abel... - al volverla a oír, reconocí aquella voz. Me encontraba sentado en una silla. Aunque Había poca luz, frente a mí reconocí el perfil de "Caín".

El corazón se salía de mi pecho. Intenté moverme y no pude. O bien algo me inmovilizaba, o seguía drogado. Estaba atado, o algo así. Intenté hablar, pero tampoco pude. El maldito personaje se me acercó y me miró fijamente con sus ojos negros. Supuse que el hijo de puta me había utilizado para hacer daño a alguien, y que, además, era policía y que todo estaba terminado. Ahora acabaría con mis huesos en una cárcel, o un psiquiátrico, y con el cerebro destrozado por las drogas o por el encarcelamiento.

Lo que no entendía era cuando me habían dado lo que fuese, para que yo hiciera algo tan animal e irracional. Nunca me habría imaginado a mí mismo haciendo la bestialidad que hice. Lo extraño del asunto era que no sentía el menor sentimiento de culpabilidad. No supe como lo hicieron, pero no tenía ningún resentimiento conmigo mismo por lo que había hecho. Tampoco sentía pena por la víctima. Tal vez eran los efectos secundarios de una droga y cuando despertase del todo... me vendría de golpe.

Mientras mis pensamientos iban por esos derroteros, Caín se giró hacia mí y mirándome de nuevo con sus negros ojos me dijo:

- Ahora te vas a relajar...
- ¿Qué? ¡Que me voy a relajar! ¡Y una mierda! ¿Después de lo que me ha hecho hacer? – pensé. Quise decirlo, pero no pude hablar.

Pero él prosiguió:

- ... y poco a poco te darás cuenta de que tus manos están libres...

Y así fue... poco a poco pude mover al principio los dedos, después las manos... Mis brazos estaban inmóviles. Lo más raro de todo era que no había ni rastro de la sangre que acababa de provocar. Estaba limpio. ¿Me habían utilizado y después me habían limpiado? Era extraño... llevaba puesta la misma ropa. Y estaba sin romper.

- ... y después de las manos puedes mover los brazos... y recuperas tu capacidad para hablar... y puedes mover tu tronco, y tu cabeza... todo tu cuerpo está libre...

Y conforme iba hablando, así iba sucediendo. Notaba que mi cuerpo se desentumecía, y me podía mover cada vez más. Parecía que mi mente se iba aclarando por momentos y poco a poco. Tenía la cabeza embotada. La sensación de mi cuerpo era

como si hubiese salido de una montaña rusa. Estaba cansado, muy cansado. Respiraba con más tranquilidad y estaba mejor, hasta casi relajado. Aunque podía hablar, no me apetecía. Miré a mi alrededor y no reconocí el lugar. Estaba todo oscuro excepto la pequeña lámpara y no parecía un lugar habitual de reuniones. Más bien parecía un bajo no utilizado, y olía a humedad y madera podrida.

Tranquilo, y con voz suave, me preguntó:

- ¿Qué me puedes contar de tu experiencia?

¿Qué le podía contar? ¿De que iba aquello?... casi sin saber porqué, le seguí la corriente y contesté:

- No puedo contar mucho. Ha sido horrible, y no sé que va a pasar ahora conmigo. He sido utilizado para hacer algo que no debería haber ocurrido.
- ¿Y como te sientes al respecto?
- Eso es lo extraño. No siento nada. Si lo hubiera soñado, me habría afectado más aún.
- Bien, Abel... acabas de experimentar lo que puede hacer la influencia de una mente sobre otra... pero te queda mucho camino aún por recorrer. Lo que has vivido ha sido *real* en parte y en su vivencia, pero falso también en parte y en su realización. No has matado a nadie. En eso puedes estar tranquilo. Pero has exteriorizado algunos de tus máximos deseos negativos y temores. El miedo a *perder el control* es uno de tus mayores temores, y lo has llevado al máximo extremo. El instinto animal que llevas dentro es algo que suprimes sistemáticamente y ahora le has dado rienda suelta. Ahora sabes que eres tan peligroso como cualquier otro ser humano... si se dan las condiciones adecuadas.
- No entiendo de que va todo este juego, pero estoy cansado de él. No estoy interesado en seguir. Quiero dejar todo esto. – Indiqué, sinceramente – Ya no me interesa saber quien eres, si estás solo o sois muchos. No quiero saber nada. Sólo

que quiero que me dejes con mi vida anterior, y, si nadie sabe de esto, pues que se mantenga así.

- ¿Porqué? ¿Por qué has tenido una pesadilla?
- No. Esto no ha sido una pesadilla. Esto ha sido *real*. Y si no lo ha sido, creo que podría haberlo hecho igualmente. – Mi tono de voz era cansino, y reflejaba mi estado de ánimo, agotado, cansado.
- Por eso es tan importante que nos ayudes. Hay muchas personas con *ciertas habilidades*, que están dispuestas a utilizarlas para eso. Y somos muchos los que no lo vamos a permitir. ¿Quieres estar de nuestro lado, del otro lado, o vivir sabiendo que cualquier día te pueden utilizar como lo he hecho yo?

Aquello se estaba volviendo demasiado para mí. Cerré unos segundos los ojos. Lo primero que se me ocurrió fue preguntarle su nombre. Me indicó se llamaba Roger (con entonación catalana, no inglesa). Ya me daba igual, así que decidí que le llamaría de este modo.

- Antes que nada... ¿sabes lo que te ha pasado?
- No. No tengo ni la menor idea de lo que me ha pasado. – respondí – Lo único que se es que esta noche he matado a una persona...
- Bien. Te lo voy a explicar: he manipulado totalmente tu mente de modo que la tengo totalmente atrapada. Mi control sobre ella es *absoluto*. Puedo hacer que estés feliz, o triste, que tengas alucinaciones visuales, auditivas o sensitivas. Puedo hacer que olvides lo que te digo. Igualmente puedo hacer que mañana vayas hacia una persona y, sin darte cuenta, la mates, *como te ha pasado hoy*. Puedo hacerte cometer la mayor carnicería que jamás hayas imaginado. También puedo hacer que hagas todo lo contrario, y mañana vendas todo lo que tienes y se lo entregues a una ONG. Mi control sobre tu mente, como te he dicho, es *absoluto*.

Sus palabras me dieron la remota esperanza de que todo hubiese sido falso, y por ello

comenzaba a sentirme mejor... y fui cambiando del miedo al interés, gradualmente y casi sin darme cuenta, así que le pregunté:

- ¿Y como has conseguido ese control? ¿Drogándome?
- No. Simplemente he utilizado sistemas mucho más potentes de control mental, no revelados a casi nadie.
- ¿Es algo así como la hipnosis?
- Aproximadamente, pero es muchísimo más que eso. – Indicó.
- Y... ¿Cuándo he caído yo bajo ese control? No recuerdo haber sido hipnotizado.
- Bien... solo tienes que volver hacia atrás. Recuerda nuestra llamada telefónica...

Sabía que en aquel caso ocurrió algo extraño, así que comencé a olvidar, por raro que pareciera, lo que me había ocurrido, y comencé a esforzarme para recordar. Mi cabeza se estaba aclarando cada vez más con la conversación y el interés que empezaba a tomar en ella.

Algo en su tono de voz, sus movimientos, su respiración, y otras cosas que no pude averiguar, hacían que me sintiera bien. Además, me tranquilizó, dentro de lo grave que era me hubiese manipulado mentalmente, que dijese que yo no había hecho daño a nadie, porque aunque me quedaban mis dudas, podría ser cierto, y entonces aquello pasaría de ser horrible a ser fascinante.

Hice memoria y comencé a recordar:

- Si. Sonó el contestador... el que indicaba que la tostadora no estaba porque se había ido a una boda, o algo así... algo que me hizo gracia... bueno... no lo recuerdo muy bien... recuerdo que la voz me pareció agradable, así que esperé a que sonara el tono. Iba a colgar, porque no tenía ningún mensaje que decir a alguien que no conocía, y en ese momento cogiste el teléfono.
- Dije "¿dígame?..." – y... – e hizo una pausa, como si quisiera que fuese yo el que

siguiera el relato.

- Si... dudé entre hablar o colgar, pero tu voz me invitó a seguir hablando. Me presenté, dije mi nombre, y después dije que había conocido a una persona, que se llamaba Rosa, que te conocía, y que me había dado tu teléfono. Entonces hiciste juegos de palabras con la palabra rosa (de flor) y el nombre Rosa. Y seguiste liándome después con la palabra llamar, y no llamar
- Y que si llamabas, era porque sentías el deseo de llamar... – siguió él, animándome a continuar.
- Y tu voz se volvió cada vez *distinta*, como más lenta, pausada, como si siguiese el ritmo de mi respiración, y me hablaste de que pensar, y sentir, no eran lo mismo. Estuviste un buen rato hablándome del pensar y el sentir, hasta que llegó un momento en que me quedé absorto. La conversación me estaba aburriendo y...
- Y te dije que mirases a un punto fijo luminoso, que seguramente tendrías cerca... – siguió animándome a recordar...
- Exacto... y miré al punto... y dijiste que había tenido un día muy ajetreado, y que al fijarme en el punto, mis ojos se cansaban... ¡Ahora lo recuerdo casi todo! Fuiste haciendo que cada vez estuviese más y más relajado, hasta que llegó un instante en que oía tu voz dándome vueltas por *dentro* de mi cabeza. Entonces me dijiste que *recordara* que al oír la palabra "Hermes", tenía que cumplir todas tus sugerencias. Y volviste a hablarme de la llamada, del llamar, del dejar de llamar, y que atendería a la llamada y no recordaría esa última parte de la conversación... entonces, me di cuenta de que no entendía nada, y te pregunté qué estaba pasando, y... si... parece que me dijiste que podríamos vernos para comprarme una rosa... ¿no es así?
- Exacto. – Asintió.
- Bien... ¿y que tiene esto que ver con lo que me acaba de ocurrir?
- Calma... poco a poco... ¿Recuerdas la siguiente vez que hablamos? – Preguntó, sonriendo al recordarlo.

Que yo supiera, no tenía ningún recuerdo de haber hablado con él otra vez. Así se lo indiqué:

- No volvimos hablar hasta hoy. Llamé por teléfono y me equivoqué. O tal vez la primera vez llamé a otro número.
- No... llamaste de forma adecuada. Descolgué el teléfono. Dije ¿dígame? Y tu dijiste: hola, soy Abel. Yo te respondí: "*recuerda* la palabra *Hermes*". Y te dije: "Oyes mi voz, y no es mi voz... es la voz de una mujer... una bella mujer... una mujer que viene de tus sueños..." y me obedeciste. Preguntaste por el Sr. Caín, y te dije que te habías equivocado de número, y que no vivía ningún Caín allí. Y el resto ya lo recuerdas. Volviste a llamar... y te dije otra vez "*recuerda* la palabra *Hermes*"... entonces te ordené que entraras en un trance profundo... durante el tiempo que te hiciera falta para encontrarte bien... y que espontáneamente, te despertarías mirando el punto luminoso de la vez anterior. Pero antes de dejar de hablar, te introduje una orden subliminal: que irías a Merlín, y cuando vieses, en el libro que te darían allí, y solo allí, y en un libro que te darían de mi parte, y solo en ese libro, la palabra "HERMES TRIMEJISTO", escrita así, y solo así, irías, y matarías a tu anterior Jefe.

Supuse que repetía muchas veces las condiciones para que nadie pudiese acceder a la "clave" de mi mente, como una especie de cláusula de seguridad, pero había algo que me preocupaba más:

- ¿Quieres decir que lo anterior fue real? – Pregunté, con la voz quebrada, preocupado de nuevo.
- Solo en parte. Yo te seguí todo el tiempo. Comenzaste en tu casa y estabas muy vigilado por mi y algunos amigos míos. Saliste sobre las doce y media de la noche. Estuviste dando vueltas por la calle como perdido y después fuiste al aparcamiento y cogiste tu coche. Ibas en la dirección "correcta", hacia la casa de tu antiguo jefe.

Serían las dos de la madrugada cuando apareciste con el cuchillo en la mano y llamaste a la puerta. El cuchillo era real y lo habías cogido de tu casa. Fuiste cara a él con el arma en tu mano. Él iba a gritar, cuando yo te toqué, y te dije una vez más “*recuerda la palabra Hermes*”, y te pedí que terminaras tu fantasía como quisieras que hubiera terminado, y tú la terminaste en tu imaginación. Si no te hubiese frenado, habría sido parecida a tu sueño en realidad, porque así lo era en tu mente.

Lo que al principio me había tranquilizado, el hecho de todo fuese debido al control de mi mente, ahora me asustaba, pues parte había sido real. Así, le pregunté, mientras mi temor iba en aumento:

- ¿Cómo podría entonces haber distinguido lo real de lo que no era real?
- No podrías haberlo distinguido. En ese momento, la *realidad alternativa*, para ti, era *REAL*.
- ¿Y que habría ocurrido si no hubieses llegado a tiempo?
- Lo que imaginaste. Tú lo habrías visto así, como un sueño, pero habría sido total y absolutamente real. – Contestó contundente, y tal como yo no quería oír.
- No lo entiendo. ¿Para que arriesgar tanto, si se podría haber hecho todo a través de mi imaginación?
- La vida en parte es riesgo... pero de todos modos teníamos las espaldas cubiertas. Si se hubiera visto atacado por ti, tu antiguo jefe te habría paralizado simplemente nombrando, sin él saber porqué, la palabra “Hermes”. Esto hubiese bastado. Con tu jefe ya me había tropezado antes... le hice en primer lugar esta cláusula de seguridad: si te veía algún día, te nombraría la palabra. Posteriormente le indiqué que debía olvidar el incidente, que no recordara nada. Para él, sólo se levantó para ir al aseo. Y se encargó de dar la consigna al resto de sus familiares para que también olvidara el incidente. También se habían tropezado con alguno de *nosotros*.

- Pero yo tengo entendido que hipnotizado solo se puede hacer lo que uno quiere.

Al haberme dicho que no había matado a nadie, de nuevo me sentía tranquilo, y me parecía interesante seguir la conversación. Estaba subido en un tobogán de miedos que subían y bajaban.

Mi interlocutor, Roger, Caín o como fuese su nombre, siguió:

- En primer lugar, no esta muy claro que tu no le deseases la muerte a tu antiguo Jefe. ¿No habrías hecho lo que has visto esta noche si hubieses tenido impunidad absoluta? ¿Cuántas veces le has deseado la muerte, pero la muerte REAL? ¿Y de esas veces, cuantas veces habrías sido tú el interesado en darle muerte, de este modo, o peor aún?... Ya sé que están los problemas de la conciencia... pero seguías un deseo muy real...

Y prosiguió:

- Por otro lado, no estabas *hipnotizado* tal y como tú lo entiendes. Lo que a ti te ha parecido un proceso de un par de meses, ha sido un proceso de más de un año. Justo un mes antes de que entraras en contacto con Rosa, ya nos habíamos dado cuenta de tus "habilidades". Desde ese momento hasta ahora, has sido bombardeado constantemente con sugerencias asociadas a una palabra...

Entonces me vino a la cabeza la palabra "Hermes", y mi extraña conducta compulsiva para hacerme con todo lo que tenía que ver con ese nombre, fotografías, libros... que leía casi sin saber porqué. Tenía hasta una estantería llena de versiones diferentes del Corpus Herméticus, supuestamente atribuido a Hermes Trimesgisto.

- Ha habido miles y miles de sugerencias en una única dirección: tu acatamiento total y absoluto al oír esta palabra. Pero para evitar peligros, ha sido introducido de un modo gradual. La primera vez que consiguieron un, digámoslo así, trance profundo

con amnesia, te mostraron mi fotografía. Y a partir de ese momento, asociaron siempre las sugerencias de obedecer ciegamente al hombre de la fotografía, que te era mostrada constantemente, junto a la palabra, y junto a sugerencias de amnesia. Lo que tus llamas hipnosis puede durar dos minutos o dos horas. Contigo hemos empleado cientos de horas. Y, además, tenemos tecnología... pero no es momento de hablarte de ello.

- ¿Quieres decir que a partir de ahora siempre seguiré ciegamente tus órdenes? –
No era agradable saberse atado de por vida a las órdenes de otra persona, como esclavo mental.
- Lo que *hemos* conseguido es eso... pero ya no *necesito* que sigas ciertamente mis órdenes, así que, antes de terminar el día te eliminaré la orden subliminal para que no sigas mis instrucciones cuando yo te nombre la palabra... bueno, cuando te nombre la palabra. El objeto era que siguieras ciegamente mis y solo mis ordenes. Si bien durante el proceso fuiste siguiendo las de cientos de personas.
- De todos modos, y otra vez... ¿para que arriesgar tanto?
- Quería que **experimentases** en ti mismo este poder, y lo que puede llegar a hacer. De nada habría servido explicártelo... no te lo habrías creído. ¿Me habrías creído?
- No te entiendo.
- ¿Te habrías creído que serías capaz de intentar matar a alguien, si te lo hubiese ordenado?
- No. No me lo habría creído. Ahora lo sé. Ahora lo entiendo, porque lo he *experimentado*. Supongo que, a través de esta experiencia, buscabas que creyera en ese inmenso poder. Verme, en la casa de mi ex - jefe, después de haber hecho lo que creí haber hecho, ha sido una lección más que suficiente, aunque dolorosa.
- Tu podrás alcanzar ese nivel, pero es pronto todavía. Ahora conoces lo que puede ocurrir cuando sabes utilizar estas técnicas. Llegará un día en que conocerás de frente a nuestro enemigo, y lo que es capaz de hacer.

CAPITULO VII: LA MENTE DE UNA ROSA

¡A saber que me había metido de nuevo en la cabeza! Al final de la conversación, que ocurrió en ese lugar, me enfocó a los ojos con una luz agradable, tenue y difícil de describir y caí fácilmente en un estado parecido a un sueño. Cuando desperté, según me dijo, ya tenía borradas las sugerencias anteriores. ¿Un año de sugerencias y un segundo para borrarlas? Le vi guardarse el pequeño aparato en el bolsillo. Mi mirada a su bolsillo delató mi curiosidad.

Sacó el objeto y comentó:

- Esto viene de la antigua Unión Soviética. Hicieron muchas pruebas hasta lograr una tecnología tan avanzada para el control de la mente. Utilizaron a muchas personas como cobayas, a las que introdujeron elementos electrónicos en sus cabezas. Llamaron a mentalistas, astrólogos... al igual que hizo Hitler, pero años después, y con una orientación diferente. Desde que se inventó un aparato en Estados Unidos que proyectaba imágenes subliminales en una pantalla de cine, llamado taquioscopio, hasta estos objetos, han pasado más de cincuenta años de estudios. La evolución ha sido enorme... y gran parte de ella oculta.

Dejó un lapso de tiempo, como si quisiera que captase sus ideas, y continuó:

- El objetivo de la URSS era el control de sus enemigos en la guerra fría, pero sin lucha... el ideal perfecto de cualquier combate... pero en este caso un combate ideológico sin derramamiento de sangre. Descubrieron muchos cachivaches interesantes, de los cuales el que más gustó al Kremlin fue un emisor de ondas no audibles, que podían introducirse en cualquier sonido sin ser oídas, pero que podían ser *obedecidas*. También tenían un mezclador de imágenes que podía utilizarse para remitir mensajes *subliminales* para cualquier observador en

cualquier reproducción de cine o vídeo.

Me pareció estar escuchando una novela de ciencia-ficción. Pero el aparatito estaba ahí... y al parecer había funcionado... o tal vez fuese un fraude. No sabía ya a que acogerme. Él siguió con el tema:

- De hecho, estaba ocurriendo lo mismo en los Estados Unidos. Se investigaron los sonidos de Frecuencias Extra Bajas de naturaleza electromagnética. Uno de los principales usos de estos sonidos era la comunicación con los submarinos. Se pusieron en funcionamiento experimentos para advertir a los oficiales estadounidenses del uso que hacían los rusos de los sonidos de frecuencias extra bajas. Unos voluntarios se conectaron a unos electroencefalogramas de modo que sus ondas cerebrales pudieran ser monitorizadas. Fueron sellados en una habitación metálica que no podía ser penetrada por ninguna señal normal. Entonces, se enviaron este tipo de sonidos a los voluntarios. Como estos sonidos penetraban la tierra y por supuesto las paredes metálicas, quienes estaban dentro no podían saber si las señales estaban siendo enviadas o no. Y se estudiaron las reacciones en los equipos de electro encefalogramas: cerca de un tercio de las personas de dentro de la habitación fueron "poseídos" por la señal aproximadamente unos 10 segundos. Su comportamiento siguió las pautas establecidas para unas determinadas frecuencias. Ondas de determinados ciclos por segundo hacían que los individuos se sintieran emocionalmente alterados y muy descontrolados. A otros ciclos, se sentían optimistas... y en otros casos se conseguía un comportamiento depresivo y amotinado.

... Le dejé seguir...

- Y el más interesante de todos, un equipo con una tecnología capaz de emitir unas... digamos "señales"... a una gran población. Sería capaz de hacer que toda

esa población pensara con agrado sobre una idea o en contra de ella... imagínate lo que eso podría hacer en una democracia... en la guerra ideológica sólo tienes que crear un partido con la ideología que quieres introducir y hacer que todo el mundo crea subliminalmente en ella.

- ¿Y quien tenía acceso a esa tecnología? – mi voz revelaba mi inseguridad...
- Cualquiera que tuviera dinero suficiente como para pagar a los científicos de la URSS que tenían necesidades. – Mi temor fue en aumento. Serían muchas las personas con ese acceso.
- Y ¿había algún modo de resistirse a estas máquinas?
- Solo siendo más fuerte que ellas. Tú lo serás. Nuestra misión es formar un ejército mental, capaz de detectar y resistir cualquier intento de manipulación mental.

Llevaba ya un tiempo sintiéndome mucho mejor. Ya había olvidado el "incidente", pero era mucho menos grave que lo que estaba oyendo... al parecer, existía una especie de guerra subliminal, una guerra de la que nadie era consciente... y eso podría ser mucho más preocupante que cargarse a un solo ser humano... mientras le daba vueltas a todo ello, Roger abrió una carpeta y me mostró un antiguo documento, el cual me pasó...:

- Quiero que leas este artículo... presta atención a la fecha.

"SUNDAY TIMES NUM.6943 DE 10 DE JUNIO DE 1956

VENTAS A TRAVES DEL SUBCONSCIENTE: "ANUNCIOS INVISIBLES"

Según informaciones llegadas a Londres, una técnica de ventas, extraída de la obra 1.984 de George Orwell, ha sido recientemente experimentada con el público americano. El flash de una publicidad de helados fue proyectado durante una fracción

de segundo en el transcurso de la exhibición ordinaria de una película en un cine de New Jersey. Para los asistentes, la publicidad resultó invisible por ser subliminal. Apareció en pantalla por un espacio tan corto de tiempo que no pudo ser conscientemente apreciada. Pero su mensaje penetró inconscientemente en el auditorio y la venta de helados se incrementó en un sesenta por ciento. Hace ya algunos años que los psicólogos vienen experimentando sobre los efectos subliminales, tanto visuales como auditivos. Sonidos tan débiles que no pueden ser oídos conscientemente, pueden sin embargo producir efectos en el subconsciente. Por ejemplo, se ha demostrado que la gente es capaz de diferenciar entre puntos y rayas en código morse emitidos a un volumen inaudible para el oído humano. De forma similar, un reciente trabajo realizado en Gran Bretaña, ha demostrado que proyectando palabras sobre una pantalla, con tan baja intensidad que resultaran invisibles, sin embargo su significado pudo ser captado por los espectadores.

La velocidad del ojo

La razón de la consecución de los efectos subliminales está sujeta a la parte organizativa del cerebro responsable de la consciencia. Parece que la sensibilidad del ojo y del oído se incrementa a nivel del cerebro; la audición subliminal existe cien puntos a nivel por encima de cualquier débil sonido susceptible de ser captado por el oído. Naturalmente, el problema con experiencias de esta naturaleza, es el de cuantificar la captación de mensajes invisibles e inaudibles. El único método que se puede utilizar es el de la estadística. En el caso de la publicidad en el cine, hay que analizar cuántos helados se venden con la publicidad invisible y cuántos menos sin ella. Recientemente fui objeto de un test subliminal. Tuve que mirar por unos binoculares conectados a un complicado aparato que producía palabras a muy baja intensidad: quedé convencido de que era enteramente incapaz de captar ningún mensaje. No obstante, resulta abrumadora la evidencia de las estadísticas. (Por el

corresponsal del Sunday Times)"

Daba miedo solo leer esto. Y lo que daba más miedo aún era que era de ¡El año 1956!
¿Hasta donde podría haber evolucionado todo aquello?

- Tras esto - Siguió Roger - Apareció otro psicólogo, el que habló sobre el taquioscópico que te he comentado antes... lee este otro artículo:

Recogió el primero y me alcanzó un segundo documento, el cual leí con atención...

"Este experimento fue dirigido por James Vicary, uno de los psicólogos sociales más conocidos por sus aportaciones a la publicidad en el terreno de las investigaciones motivacionales. Se realizó en un cine de New Jersey, durante las seis semanas que duró la exhibición de la película Picnic. En este período, se insertaron a través de una máquina especial (taquitoscopio) sincronizada con el proyector, flashes lanzados a una velocidad de 1/3000 de segundo, con los mensajes: "¿Tienes hambre? Come palomitas", y "Bebe Coca-Cola". El total de la muestra fue de 45.699 individuos, sobre los que se realizó el estudio de efectividad.

La publicidad subliminal se incluía en días alternos, para así poder comprobar las diferencias en el comportamiento de los consumidores. Los resultados establecieron un incremento en la venta de palomitas del 57,7% en los días en los que se incluían los mensajes subliminales y también un aumento de un 18% en las consumiciones de Coca-Cola. Los expertos echaron la culpa de la menor eficacia en las invitaciones a consumir la bebida al mal tiempo y consideraron que con el apoyo de la frase "Hace calor" o "Tengo sed" se hubieran incrementado aún más las ventas del popular refresco.

En los meses siguientes se publicaron decenas de artículos en los diarios y revistas

más importantes de EE.UU., en los que se criticaban duramente estas prácticas y en muchos casos se exigía una legislación que sancionara expresamente su uso, estimando que se trataba de un atentado a la libertad individual. También en las revistas especializadas, aparecieron trabajos que sacaron a la luz las distintas investigaciones que se estaban realizando en los laboratorios de psicología, sobre la percepción inconsciente. El tema se mantuvo de actualidad hasta finales de 1958, y poco a poco las críticas se fueron callando sin que prosperaran ninguno de los proyectos legislativos que se presentaron en diferentes estados norteamericanos. Solamente en los códigos deontológicos se consiguió incluir a la publicidad subliminal como una práctica no recomendable para los profesionales.

En los años sesenta la cuestión perdió todo el interés para los medios de comunicación. Parecía que se daba la razón a los que se habían esforzado en demostrar que la "travesura" de Vicary no era más que un "juego de psicología recreativa", sin mayor trascendencia..."

- Vicary hace casi cuarenta años siguió buscando los métodos que utilizaban y se utilizan para explotar nuestras debilidades. Le interesó averiguar la razón del incremento de las compras impulsivas, puesto que normalmente las amas de casa solían comprar más de lo que se habían propuesto en casa...

Recuperado totalmente de mi anterior experiencia, y debido a lo curioso del tema, seguí absorbo de nuevo con sus explicaciones. Era curioso que cuando contaba estas historias, miraba a un punto indefinido y su voz se hacía *diferente*. No supe que efecto lograba de esta forma conmigo. En principio conseguía que atendiese. También, el hecho de haber vivido algo tan aterrador antes de las explicaciones, hacía que les prestara muchísima más atención...

- Cerca de un 70% de las compras se decidían en el supermercado, luego algo ocurría allí. Se le ocurrió poner un galvanómetro para medir la tensión nerviosa, o un detector de mentiras. ¡Imagínate al ama de casa con un cacharro puesto encima! No era viable, por lo que se le ocurrió otra forma mejor: usar una cámara cinematográfica oculta, para registrar el promedio del *parpadeo* de las amas de casa mientras compraban.

¿Parpadeo? – Pensé - ¿qué tiene que ver el parpadeo con la compra? Esperé... seguro que me lo iba a contar:

- La rapidez del parpadeo servía como indicador bastante preciso de la *tensión interna*. Aproximadamente, la persona normal parpadea alrededor de treinta y dos veces por minuto. Si se siente tensa parpadea con más frecuencia; bajo tensiones extremas llega a hacerlo hasta cincuenta o sesenta veces por minuto. En cambio, si su estado es de completa placidez, su parpadeo puede reducirse a veinte veces o menos aún. Por ejemplo, una persona hipnotizada se supone que tiene un parpadeo nulo. Tras instalar cámaras en los supermercados, y seguir a gran cantidad de amas de casa los resultados fueron sorprendentes. El parpadeo de las clientas en lugar de aumentar, descendía a un promedio anormal de hasta catorce veces por minuto. ¡En lugar de excitarse como suponían, las mujeres habían alcanzado la primera etapa de la hipnosis!
- ¿Y cual era el aparato utilizado para hipnotizar a las compradoras? – Pregunté.
- No había aparato... la acumulación de objetos de consumo con atractivos colores, la temperatura, el sonido, la aglomeración de personas con sus carritos atestados de productos, inducían a esta sensación artificial de *desorientación y confusión*.
- ¿Solo con eso? ¿Y que puede hacerse hoy, con la nueva tecnología?
- Calma... ya te lo iré desvelando... como te comentaba, lo curioso del tema era que muchas de las mujeres mantenían un trance tan extraño que pasaban al lado de

vecinas y amistades sin conocerlas, y sus miradas no eran normales. Cuando las amas de casa llenaban sus carritos y se dirigían a la caja, el parpadeo comenzaba a aumentar hasta veinticinco veces por minuto. Luego al oír el sonido de la caja registradora y la voz del cajero pidiendo dinero, el parpadeo subía sobre lo normal a unas cuarenta y cinco veces por minuto.

Yo mismo comenzaba a sentirme como hipnotizado. Su voz era suave y casi monótona. Había oído, o leído en algún sitio que los supermercados utilizaban música de diferentes tipos según les interesara que la gente comprase deprisa o despacio. Sabía que en las discotecas, el ritmo de la música solía ser el doble del ritmo cardíaco, de tal modo que la música se iba acelerando y también las pulsaciones. También estaba quien intentaba explotar todo esto con las máquinas "megabrain", pero de estos estudios tan antiguos no tenía la menor idea.

De todos modos, seguí escuchando para ver cual era el final de su "clase magistral" sobre manipulación:

- Hace tiempo, se llegó a la teoría de que el ojo humano era lento y sólo percibía conscientemente imágenes transmitidas a determinadas velocidades. Ya lo has leído en el artículo. Además, se vio que existía un "defecto", que consistía en que la última imagen que se ve se mantenía durante décimas de segundo en la retina. Es por este "defecto" que existe el cine que, como sabrás se basa en el paso de imágenes fijas a 24 por segundo de velocidad, lo cual nos da la sensación de movimiento. Aunque entre fotograma y fotograma la pantalla queda en negro por el paso del obturador, conscientemente no lo percibimos por el "defecto" nombrado.

Asentí levemente, mostrando que entendía lo que quería decir...

- Si intercaláramos un fotograma distinto, a los veinticuatro que forman un segundo

de proyección, aunque difícilmente captaríamos el contenido de la imagen, si notaríamos algo extraño en la pantalla, que ensuciaría el discurrir normal de la proyección. Sin embargo, utilizando el taquioscópico del que has leído antes, con una velocidad de 1/150 de segundo, a 1/3000 de segundo, nadie sería capaz de notar nada extraño en la proyección. Poetzle, discípulo de Freud afirmaba que de las 100.000 fijaciones que hacen los ojos del hombre a lo largo del día, sólo una pequeña cantidad de la información recibida es captada conscientemente.

Se levantó. Me quedé mirando sus movimientos, y me di cuenta de que se iba a un pequeño mueble... se conectó la luz de un pequeño mueble bar... y estuvo preparando algo. Había muy poca luz, así que no podía ver bien lo que estaba haciendo. Volvió con un refresco para él... y una copa de Brandy para mí... era de agradecer... ¿pero como había sabido que me gustaba esa bebida? Me la sirvió... esperó a que me acomodara y siguió con su tema...

- Durante mucho tiempo los eruditos habían sabido que la percepción visual operaba a través de las neuronas que conectaban el ojo con el cerebro, a una velocidad de 60 a 100 metros por segundo. En otras palabras, se supo que el ojo percibe un estímulo, digamos una fotografía, codifica y procesa al instante el contenido mediante estructuras nerviosas complejas existentes en la corteza cerebral. *Todos los detalles mínimos en el nivel inconsciente de la fotografía se registran instantáneamente en el cerebro.* En apariencia *la percepción consciente es mucho más lenta.* Con los estímulos gráficos la percepción consciente sigue los focos de la imagen mientras el ojo va de un detalle importante a otro. Si la imagen ha sido diseñada profesionalmente el ojo cubrirá la mayor parte de los detalles importantes en dos o tres segundos.

Dejó de mirar al vacío, me miró directamente a los ojos, hizo una leve pausa y volvió

a mirar al vacío, y siguió con el tema. No sabía adonde quería llegar, pero me mantuve paciente, porque sabía que toda aquella explicación me llevaría a alguna conclusión.

- La fovea, un área menor que la cabeza de un alfiler, localizada en el centro de la retina, parecía ser la fuente principal de información visual inducida de modo *consciente*. Se estudió que la imagen percibida en la fovea saltaba rápidamente de punto en punto, operando a velocidades de milisegundos. Una vez que enfocaba un punto específico no podía cambiar su trayectoria de movimiento. Cuando una materia era difícil de identificar las fijaciones de la fovea eran mayores, y esta saltaba una y otra vez hacia la materia a una velocidad de 500 grados por segundo. Al observar cualquier ejemplo de arte o publicidad, era relativamente fácil determinar los movimientos de la imagen de la fovea. Después del primer vistazo de la ilustración el mecanismo de la vista se movía hacia un punto específico. A esto se le llamaba "punto focal primario", y era, y de hecho es diseñado por los artistas como la ubicación específica en la que empieza la percepción consciente de la pintura. Entonces la imagen de la fovea se moverá de un lugar a otro en una sucesión de saltos rápidos mientras examina el anuncio. Los artistas pueden predecir cómo se moverán los ojos de casi todas las personas; la imagen de la fovea brincará hacia cualquier cosa original o estimulante emocionalmente. En la observación del arte comercial existe gran similitud en la que los patrones de la fovea se siguen por casi todos mientras examinan el anuncio.
- Por lo general se necesitan diez segundos para que alguien perciba conscientemente las palabras plasmadas subliminalmente en los anuncios. Este periodo de diez segundos parece relacionarse íntimamente con el estado de relajamiento de un individuo. Sin embargo, el período de reconocimiento sólo

involucra percepción consciente, la sensibilidad consciente de un individuo hacia los estímulos subliminales.

Tanta información, sin relación aparente, me estaba incomodando. Quería conclusiones, así que intenté precipitar esas conclusiones...

- ¿Y que tiene que ver toda esta historia con mi experiencia?

Captó el mensaje, y se fue hacia algo más concreto...

- En tu caso, he introducido estímulos inducidos de modo subliminal para que actuaran con un efecto de reacción retardada de "bomba de tiempo" sobre tu comportamiento. En efecto, una asociación consciente, la palabra "Hermes" provocó una percepción subliminal enterrada con profundidad en tu inconsciente durante meses después de tener lugar la percepción, en este caso, aproximadamente poco más de un año. También me ayudaron otras personas utilizando varios de los equipos que te mostraré más adelante.

Tras haber satisfecho mi curiosidad, y respondido parcialmente a mi pregunta, hizo una ligera pausa para comprobar que le seguía, y retomó el largo tema:

- Por cierto, que la historia de estos equipos sigue tras el Taquioscopio, con nuevos y más sofisticados equipos. Comparado con los posteriores, este parece una piedra de las usadas por nuestros antepasados humanos. Aparecieron aparatos de percepción subliminal basados en el efecto producido por bajos niveles de intensidad de la luz de modo que no fuesen conscientemente reconocidos, teniendo como consecuencia una reacción superior por parte del público a la lograda por el taquioscopio. Se conectaba un proyector sencillo a un reóstato y se disminuía la intensidad de la luz para bajar el nivel que percibía el ojo consciente. Sin embargo, el mensaje todavía se percibía por el pensamiento inconsciente. Era mucho más efectivo que el taquistoscopio debido a que el mensaje era transmitido

más continua que intermitentemente y *no podía detectarse*. Las luces del taquistoscopio se volvían visibles en un osciloscopio al romper intermitentemente con los patrones continuos. La luz de baja intensidad no era detectable, ya que se convertía en una parte común y corriente del patrón de onda continua. Existían también otros métodos basados en sonidos por bajo del umbral auditivo captado a escala consciente. El Dr. Patrick Flanagan Inventó un aparato que él denominó "Neurófono". Era un equipo electrónico que podía programar sugerencias a través del contacto directo con la piel. Cuando intentó patentar el aparato, el gobierno de los EEUU tras pedirle que probara el equipo, se lo confiscó. Con él ni se veía ni se oía nada; se aplicaba sobre la piel. En una prueba, se instruyó a una audiencia para que se comportara cálidamente y para que sintieran hormigueos en las manos. El neurófono estaba conectado a un hilo conductor situado en el techo de la habitación. No había altavoces, no se podía oír ningún sonido, pero el mensaje llegó con éxito a los cerebros de la audiencia. Desde esos días hasta hoy la evolución ha sido enorme... exponencial. Aparecieron el NEUR-TRANS-X, el FOCALIZADOR-VM... en fin... han sido muchos.

Estaba recibiendo demasiada teoría... por lo que hizo un cambio de tono. Me miró fijamente a los ojos, y en tono divertido preguntó:

- ¿Nunca te has quedado prendado con el perfume de una bella mujer?

En aquel momento me vinieron cientos de imágenes asociadas a aromas de mujer. Me encantaba oler una buena fragancia, sobretodo si no era excesivamente dulzona, ni se olía a doscientos kilómetros de la poseedora. Recordaba mentalmente muchas imágenes... y en particular, me vino a la mente la voluptuosa "hembra" que me atendió en la recepción de la empresa en la que conseguí el teléfono de Roger... Si... era cierto que habían aromas que eran capaces de elevar algo más que el ánimo... si venían bien acompañadas por una bella mujer...

En mi semblante adivinó que la respuesta era positiva, así que, prosiguió por ese camino.

- Supongo que si... el sexo y el olor están muy unidos, de hecho, muchísimo. El "problema" está en que hemos dejado de ser conscientes de ello. El sudor limpio suele ser el mejor afrodisíaco que existe, porque emite unas feromonas que son captadas a nivel, una vez más, inconsciente. Los mamíferos superiores se comunican por medio de la secreción de sustancias olorosas *subliminales*. La International Flavor and Fragrances, de Nueva York estuvo investigando durante mucho tiempo el aroma subliminal que segregan las mujeres durante la ovulación. Si se pudiese sintetizar un producto químico capaz de amplificar el olor... ¿te imaginas el efecto de este producto en perfumes y colonias? De hecho, muchas veces las mujeres se limpian y desodorizan de sus propios olores subliminales, para ponerse esencias que contienen las de otros animales...

Por lo que oía, las formas de manipulación eran muchas y muy potentes... y afectaban tanto a la vista, el oído, el tacto... y el olfato.

- Las personas capaces de encontrar estas señales y resistirse a estas influencias, y capaces de influir, son muchas. Pero las personas muy capaces, por muy por encima de la media, son lo que buscamos. Muchas veces, una neurosis es simplemente eso, una neurosis. Pero otras veces *es el indicador de que se está captando mucha información, y que como el cerebro no sabe como procesarla, se satura*. Es lo que te ocurría a ti, y por eso nos hemos dedicado tanto tiempo contigo... pero no estamos solo tu y yo. Somos muchos...

Hizo una nueva pausa... y retomó el largo tema.

- En una fase inicial, cuando no usaban equipos, llegaron a conseguir un efecto

“telepático” sin tecnología.

No pude evitarlo... dudé... y él, como si supiera que iba a ocurrir, me miró directamente a los ojos y contempló en mis ojos la duda.

- Sé que te puede parecer extraño, pero es real.

Volvió a mirar hacia el vacío y continuó:

- ¿No te ha ocurrido nunca que puedes obtener información de una tercera persona hablando con otra? ¿De poder saber como es la pareja de alguien sólo conociendo la que tienes delante? ¿De saber como son sus padres y hermanos?

Pensé en lo que me ocurrió con Rosa, y lo que me solía ocurrir muchas veces. Si, era cierto, habían ocasiones en las que podía obtener información de alguien que no estaba presente, por la persona con la que hablaba.

- Pues bien... el efecto contrario, en lugar de recibir información, sería emitir información... se podía influir a las personas del entorno de otra, para que llegase un mensaje a esta. Esa fue una primera fase. Más tarde, se pudo hacer que una persona fuese “portadora” de un mensaje subliminal, sin saberlo, y transmitirlo a otra... y así, hasta que llegase a la persona indicada. Cuantos más “portadores” habían entre el emisor y el receptor, más se perdía el mensaje y menos efecto producía. Es lo que posiblemente has experimentado que te ocurre con otra persona pero llevado a un nivel de muchísimos kilómetros y perdurable en el tiempo. Todo eso quedó a años luz del nivel actual. Hasta ahora sólo te he hablado de la evolución principalmente en EEUU...
- ¿Y cuando me vas a mostrar esas maquinas? – Pregunté. Con una sutil mirada de reprobación me indicó que no era una pregunta pertinente.

- Antes de aprender a utilizar la calculadora debes aprender a sumar, antes de aprender a escribir debes aprender las letras, antes de aprender a correr debes saber andar... por eso, antes de conocer las nuevas tecnologías, debes conocer las antiguas. ¿Acaso no es eso lo que hacen cuando estudias una carrera universitaria, hablarte de cómo se llegó al estado actual en la disciplina que estudias? Tendrás que ver a nuestro enemigo en acción, y para ello tienes que estar preparado: si tienes una pistola, no sirven para nada las artes marciales, pero... ¿qué ocurriría si te quitasen la pistola?. Visto desde otro punto de vista, de dos personas con pistola ¿Cuál de las dos vence? La que tiene más agilidad. La lucha es a muerte, pero no es física... es mental. Aparte de tener equipos, hay que tener la mente entrenada. Tengo un cometido para ti, pero es pronto para revelártelo.

Tras esta larga y extraña conversación, mi compañero me hizo tener un dulce sueño, utilizando métodos “naturales” y “sin tecnología”. Simplemente hablándome y mirándome a los ojos, sin pronunciar ya a “Hermes”, y con suavidad, en menos de dos minutos entré en un agradable y placentero estado.

Cuando desperté me encontraba en mi casa, acostado sobre el sofá. Y no sabía donde había estado, ni como había llegado hasta allí.

CAPITULO VIII : BRUJAS

Estaba llevando todo este extraño asunto en secreto, lo cual hacía que yo también revelase algo, algo que la mal llamada "intuición femenina" fácilmente detectaba. Tendría que ir con cuidado o mi mujer, Marta, podría sospechar algo peor de lo que era, ya que a fin de cuentas no quería liar a nadie en este asunto. De todos modos, no se iba a creer la realidad:

- Oye cariño: resulta que he conocido a un señor que tiene unos poderes y unos cacharros para dominar las mentes, y que pertenece a un grupo, y me va a enseñar quienes son los buenos y los malos...
- ¿A quien te estás cepillando? ¿Qué has estado tomando? – habrían sido las probables preguntas.

Me dirigí hacia Marta, y le dije:

- Cariño, hoy me apetece salir a comprar algunos libros... como suelo hacer de costumbre... ¿te molestaría?
- ¡Que me va a molestar! Pues lo mismo que cuando yo me voy con mis amigas... cada uno tiene sus diversiones... a ti te gustan los libros... pues ves a ver libros... ¡pero no te los compres todos!

Cogí mi viejo AX rojo y me dirigí hacia la zona de los centros comerciales de Sedaví, que no queda lejos de Valencia. Entré por una zona que conocía, y fui entrando hacia el interior. Me equivoqué de dirección, pero no me preocupó porque siempre era fácil dirigirse a algún señor o señora de la zona y preguntar. Así lo hice y tras varias paradas, descubrí como volver: tenía que girar por una calle perpendicular a la avenida de la Paz.

Ya de lejos pude ver una tienda, con un cartel visible en el exterior “Morgana” se leía en él, y captó rápidamente mi atención. Caminé hacia ella y miré en el escaparate, donde había un “hechizo” que me cautivó: estaba formado por una rama, llena de símbolos y otros objetos que no reconocí. De todos modos, el primer impacto lo había conseguido, si era ese su objetivo. ¿Había sido diseñado con las técnicas de Key? ¿Tenía un punto focal primario?

Había un montón de velas, imágenes de santos, libros de ocultismo y varios modelos de cartas, todas sobre un tapiz de color morado. Entre ellas estaban el Tarot de Marsella, el cual conocía porque lo tenía, algunas barajas de un Tarot que parecía Egipto, y claramente desplegada una baraja (según se podía leer en la caja, el Rider Tarot).

Lo que más me gustó de esta baraja, era que todas las cartas tenían algún dibujo, no como en el de Marsella, que los arcanos menores (las cartas que no se suelen usar para tirar las cartas) son dibujos geométricos, con su significado. Lo más curioso de todo era que estuve mirándolas y me dio la impresión de que algunas me eran atractivas y otras me eran repulsivas atendiendo a mi estado de ánimo, como solía ocurrir con los arcanos mayores del clásico Tarot de Marsella.

A la derecha del escaparate estaba la puerta, subiendo tres escalones llegué a la tienda. Abrí la puerta, y me saludó el sonido de unas campanillas. Me dirigí a la joven que se encontraba sentada tras el mostrador al lado de la puerta. Era una pequeña tienda. Si en el escaparate había un hechizo que llamaba la atención, lo de dentro sí que era un auténtico montaje: enfrente de la puerta, al fondo, estaba lleno de amuletos, velas... había hasta estiércol. No sabía para quien estaba preparado. Por un momento esperé que no fuese para mí... aunque yo era un desconocido. Miré a la dependienta y le pregunté:

- Hola. He visto las cartas del Rider Tarot, y me han gustado ¿me las podrías mostrar?.
- ¿Es usted tirador de cartas?
- No. Simplemente me han gustado.
- Si quiere ver una baraja, dentro de este cuarto le están echando las cartas a una chica... – me dijo, mientras señalaba una puerta frente a ella.
- No creo que le agrade que les observen en un momento tan íntimo. – Dije seriamente.

Sin hacer demasiado caso a mi último comentario, salió del mostrador, caminó hacia la puerta y la abrió asomando la cabeza y preguntando algo. Entonces abrió la puerta del todo y me miró a mí.

- Ya están terminando. Puede pasar.

Era un cuarto donde tenían instalado el “auténtico” negocio: era una tiradora de cartas. Tenía una tienda en la que vendía libros, amuletos, velas, etc. pero el verdadero negocio estaba allí. Había una pequeña mesa, con su pequeño tapete. La decoración era rimbombante, recargada de símbolos, para impresionar, lo cual lograba.

Saludé a ambas, a la tiradora de cartas y a la cliente.

- Hola... – dijo la “bruja”.
- Hola... no me gustaría molestar, solo quería ver cómo son las cartas del Rider.
- Estabamos viendo si encontrábamos un novio a esta chica... y de momento has llegado tú. – Dijo riéndose la tiradora de cartas.
- Lo siento... ya estoy “ocupado”. – Dije, con una sonrisa.
- Es una pena... el negocio me habría salido redondo. En fin, pues nada. – Dijo, también en tono de buen humor.

Se despidió de su clienta, una chica joven y bonita a la que no le hacían falta realmente las cartas, sino un poco de confianza en si misma, que por lo visto esta mujer se encargaba de proporcionarle a cambio de dinero.

Me quedé sólo con ella. Era una señora de unos cincuenta años. Tenía unos ojos vivos, color verde claro, de los que tienen forma de flor y tonos amarillentos que atraen poderosamente la atención. Apenas parpadeaba cuando miraba fijamente. Me impresionaron mucho sus ojos. Tenían algo, algo hipnótico.

Cogió la baraja, y desplegó las cartas por sobre la mesa... como si fuese algo que hubiese hecho miles de veces. Ante el ademán, le indiqué:

- Supongo que entenderás que no me interesa que me echas las cartas, o sea, que solo quiero verlas... – No me interesaba pagar por una sesión de cartomancia.
- Tranquilo... no te voy a cobrar.

Levantó suavemente la mano con la palma mirando hacia mí, entre sus ojos y los míos más o menos a mitad de distancia, dejó el índice mirando hacia arriba bajando despacio los otros dedos, y lo miré. Bajó la mano, y mi mirada siguió su índice. Con mis ojos fui siguiendo su dedo, que fue recorriendo las cartas, a la vez que indicaba:

- Esta carta significa depresiones y tristezas, ...en esta podrás ver como aparecen dos personas felices con un problema... - seguí cautivado sus explicaciones mientras iba viendo las figuras cargadas de colores. Eran atractivas y repulsivas a la vez. Parecían tener algún mensaje, pero lo extraño era que no sabía exactamente cual.

Mientras yo estaba anonadado por lo raro de la situación, siguió:

- Si te das cuenta, las cartas han sido escritas en un lenguaje, un lenguaje muy

antiguo, anterior a las palabras. Hay quien dice que vienen de Egipto, de una civilización muy avanzada anterior, los Atlantes, que dejaron la llave para su perfecta interpretación bajo la esfinge de la explanada de Gizeh en El Cairo... lo más importante no es eso, sino que *siguen remitiéndonos un mensaje y cada vez que las volvemos a mirar nos siguen informando*. No hablan a nuestra mente, sino a nuestras emociones...

Aquello me pareció psicoanálisis... pero no repliqué...

- de este modo, cuando seas capaz de conocer ese lenguaje, *podrás hablar con las personas sin palabras, y oír sus comentarios sin oídos...*

No sabía si estaba hablando con una amiga del "grupito", así que le pregunté:

- ¿Porqué me dices todo esto?

Acerqué mis manos a una de las cartas, pero con un leve gesto y una mirada de reprobación me *prohibió que las tocara*. Debían ser objetos muy íntimos para ella.

- Porque se nota que tienes poderes, se te nota que eres brujo.

Me sentí inquieto ante esa observación. Y continuó:

- Mi poder está en mis ojos, y el tuyo está más difuminado entre los cinco: vista, oído, tacto, gusto y olfato...
- ¿Es eso cierto... o simplemente lo dices para que me haga cliente tuyo, y te compre un "kit" de brujo? – Dije en un tono de broma, para que no sonara a burla.
- Olfato, vista, oído... tienes todos tus sentidos potenciados, más el *sentido interior*, otro sentido más difícil de describir... un sexto sentido...
- Bueno... creo que soy capaz de sentir *mucho* las cosas. Soy muy sensible. Pero... ¿qué tiene que ver esto con las cartas del Rider que he venido a ver?

- Nada... simplemente es que he notado que tienes esas habilidades... deberías dedicarte a esto... es un negocio bastante interesante... y puedes ayudar a los demás realmente...

Por un momento pensé que efectivamente lo que quería esa mujer era hacer negocio, si bien no como cliente, como comprador de velas, hechizos, cartas...

- Solo quería las cartas, no venía a por nada más... – Me sentía inquieto.
- Ves con cuidado... todos tenemos nuestro talón de Aquiles... y tu tienes uno, uno muy peligroso.

Esto me puso más alerta... que supuse que era lo que ella esperaba:

- ¿Cuál es mi talón de Aquiles? – Pregunté, muy serio.
- Tendría que cobrarte por esto, pero no lo haré: no todo el mundo que está en un psiquiátrico nació enfermo... muchos de ellos no han sabido tragarse el trozo de *realidad* que les llegó en un momento determinado. Algunos de ellos por culpa de las *drogas* – esta palabra resonó en mi interior- otros debido a malas relaciones... Ves con cuidado... con la Locura... pues te ronda.

Dicho lo cual recogió sus cartas y las introdujo en su caja. Envolvió la caja de las cartas en un pañuelo de color morado, y después las metió en una cajita de madera del tamaño preciso para que encajara. Me acompañó hacia fuera y me dio una baraja nueva y precintada. Le pregunté el precio, pero me indicó:

- Es un regalo. No es muy común encontrarse con un igual...

De camino hacia el coche, con mi nueva baraja en la mano, me entró curiosidad, una extraña curiosidad, como si en cierto modo esa persona me hubiese dado un mensaje, uno de esos mensajes subliminales de los que tanto estaba poniéndome alerta últimamente.

Fui a buscar libros, pero ya no tenía interés en ninguno, así que recorrí el camino de regreso a casa en un silencio absoluto, sin radio. Pensaba, pero no sabía en que pensaba. Casi de forma automática, y como la mayoría de las veces, llegué a casa sin casi darme cuenta del trayecto. Estaba atontado, y ensimismado en mis pensamientos.

Antes de ir a comer, me retiré a mi despacho.

- Cariño... voy a estar un rato en mi despacho. – Le dije a Marta. Ella sabía que cuando quería estar solo, necesitaba intimidad, así que no era nunca molestado.

Ya en mi pequeño despacho, abrí la caja del Rider Tarot. Tenía curiosidad por una carta en concreto: **El Loco**. Era diferente a la carta "El Loco" del Tarot de Marsella. Busqué en un cajón mi baraja del Tarot de Marsella. Las confronté. Las dos tenían en común un perrito, un bastón con un hatillo y la mirada perdida hacia el cielo.

Tenían muchas cosas también diferentes. Por ejemplo, El Loco del Tarot de Marsella no tenía un traje tan bonito como el del Rider, cuya ropa estaba llena de frutas, al parecer granadas. No miraban en la misma dirección, y por lo que tenía entendido, en el Tarot eso significaba que miraban en diferentes líneas del tiempo... una al futuro y otra al pasado... y otra peculiaridad del Rider era que en su otra mano tenía una flor... al parecer una *rosa blanca*.

Después de observar las cartas largo rato, fue en el Rider donde lo vi más claro... *El Loco, mirando hacia el cielo, estaba a punto de caer en un precipicio*: tenía un gran reto, o bien llegar al cielo, o bien caerme en el más hondo de los precipicios.

CAPITULO IX: TEORÍAS PARA LOCOS

Hacía tres meses que había visitado a la bruja, y no había vuelto a saber nada de Roger. No volví ni a ninguna de las dos tiendas, ni a "Merlín" ni a "Morgana", así que perdí el rastro, y creí que lo perdieron de mí.

Todo había vuelto a su cauce normal, en el sentido de que no hubieron fantasías extrañas durante mucho tiempo. Y eso me tranquilizaba. En el terreno laboral estaba fraguando nuevas relaciones. El hecho de trabajar para mi mismo no hacía que ganara mucho más que trabajando para otro, en un principio... pero cada hora era propia, me se representaba a mi mismo, y cuando había un cliente que no me caía bien, pues no le llamaba y punto. Y si era el cliente el que llamaba, pues le decía que no le podía atender, y punto también.

Una noche, llegué relativamente pronto a casa. Eran las diez. Tenía la cena fría y Marta no estaba. Tal vez aún no había regresado del trabajo. Ese día me tocaba a mi "hacer la cena". La calenté con el microondas y me puse a ver la televisión. Hice un paseo por todas las cadenas para ver si había algo interesante. Vi los noticiarios para ponerme al día: guerras, política... todo seguía más o menos igual. Comencé a recordar... y a imaginar... lo que significaría utilizar todo lo que me estuvo comentando Roger para hacer una guerra.

Podría ocurrir que, tal como si fuésemos animales "inferiores" hubiese un grupo de seres humanos diferentes, luchando por un poder de tipo mental, mientras el resto de "vegetales" simplemente servíamos de cobayas. Pero ser utilizado por unos seres tremendamente influyentes, podría ser casi como encontrarse a la altura de una alcachofa frente a un ser humano.

No me gustaba la idea. Pero solo estaba imaginando. ¿De que lado estaría Roger? ¿Quién me aseguraba que él era de los "buenos"? ¿No sería mejor seguir en la ignorancia absoluta? Tal vez era una especie de broma, de gente con cierta habilidad... Y por cierto... si tenían tanto poder ¿porqué no paraban las guerras, hacían que acabara el hambre, y todas esas cosas que pedimos, usualmente por Navidad?

Me centré de nuevo en lo que veía en la pantalla. Y de golpe ocurrió. No sabía por qué, pero había captado el mensaje. Alguien o algo había puesto un mensaje en la pantalla. Era difícil de definir, como un sonido de fondo... como una especie de zumbido o vibración casi inaudible... pero el mensaje estaba claro. La alerta, que indirectamente me había enseñado Roger, comenzaba a dar sus frutos.

Había un anuncio, el anuncio era de una bebida conocida... y el "zumbido" emitía un mensaje de placer... ¡estaba claro! Había quien utilizaba parte de esa "tecnología" para lucrarse en el negocio de las ventas. Ya me lo había comentado Roger, y lo había leído en los artículos... pero ahora lo estaba experimentando.

Curiosamente, en lugar de hacer zapping para evitar los anuncios, lo hacía para buscarlos. Siempre había sentido una repulsa tremenda hacia ellos... y ahora los buscaba con inquietud. Y me di cuenta de la gran cantidad de efectos que habían puesto. ¡Realmente nos trataban como cobayas!. Lo más íntimo de cada uno de nosotros, la parte que más debíamos de cuidar, era la más fácil de ser violada, y lo estaba siendo.

Durante los días posteriores estuve buscando y detecté varias veces ese y otros efectos. A veces el mensaje era favorable a lo que se estaba viendo y oyendo, y otras veces el efecto era el contrario. Cuando lo que se pretendía era provocar rechazo, el

mensaje subliminal indicaba rechazo. Incluso en los noticiarios podía comprobar la existencia de estos. Para hacer favorable o desfavorable una noticia, aparecían. Llegó el momento en que buscaba ese “zumbido” o “vibración” en cualquier sitio. La televisión, la radio, CD’s, cassetes, videos, internet... y en todos lo encontraba. No era realmente un zumbido, era algo difícil de describir.

Viendo la televisión, y buscando el “zumbido”, una noche oí como subía de intensidad, subía, subía... hasta que se hizo insoportable. Y entonces capté, como, sin nombrarme me llamaban, y sin palabras, recibía un mensaje que claramente era para mi, y decía que tenía que volver a “Merlín”, el próximo sábado.

Pasé por delante de las torres de Serranos, me dirigí por las estrechas calles hacia el interior, y pasando por al lado de la Generalitat, me dirigí hacia la zona de la calle Caballeros. Iba en coche, pero siempre me parecía ir a caballo por allí.

Aparqué mal, por lo difícil de la zona, pero no molestaba a nadie, así que no me preocupé demasiado. Fui hacia la tienda y una vez dentro, vi a la dependienta y a su lado, esta vez sin gafas oscuras, estaba Roger. Tenía un libro en sus manos, el Tao Te King de Lao Tse. Por precaución, y por si se le ocurría, me había fijado en todo lo que pude del trayecto hacia allí, e incluso en mi rápida ojeada al escaparate me fijé en libros, autores y hasta ediciones. Pero, evidentemente, ni se le ocurrió preguntarme sobre ello. Demasiado previsible para él, que ya me tenía acostumbrado a lo imprevisible y a la confusión. Sus ojos negros y su cálida sonrisa me recibieron. Se levantó.

- Sígueme – Dijo, dirigiéndose al mismo lugar hacia el que se marchó la primera vez que entré allí.

Y así lo hice. Pasamos por entre las estanterías, llegando a una puerta. En ella había un almacén con libros por ordenar y cajas de libros por abrir. Seguimos por el almacén, y giró por un pasillo. Había una puerta que daba a una escalera, que bajaba hacia otro lugar. Estaba bastante iluminado, y era un ambiente agradable.

Aquello parecía una cueva, adornada como un edificio moderno. Con paredes que parecían excavadas en piedra, estaba combinado un mobiliario de diseño moderno. Me invitó a sentarme y así lo hice, en una "extraña" silla negra.

- ¿Porqué has venido hasta aquí, hoy, y a esta hora? – Preguntó, aunque él ya sabía la respuesta.
- Porque oí la llamada en una señal por televisión. ¿Es eso lo que querías decir cuando nombrabas la tecnología? – e insistí – Porque tengo más preguntas que hacerte.
- Esa es la tecnología que se utilizaba hace veinte años. Tú la detectaste. La tecnología actual no la habrías detectado *todavía* con los conocimientos que tienes. Quiero que veas algo.

Tras lo cual, cogió un mando a distancia. Bajó una gran pantalla, y del techo un cañón proyectaba las imágenes que él mismo iba comentando:

- El otro día te hablé principalmente de la tecnología en los Estados Unidos, aunque te nombré algo de la URSS. Fíjate, esto que ves en las imágenes es un laboratorio de la antigua Unión Soviética de hace unos treinta años, cuando aún se encontraba en pleno apogeo.

Hizo, como siempre, una pequeña pausa para captar mi atención, y siguió... sus pausas eran dramáticas. Parecía que hasta tenía controlado el tiempo necesario, cada tono, cada palabra. Su comunicación era tremendamente potente.

- No sé si lo sabías, pero tras la revolución rusa, Lenin se interesó en las

investigaciones de Pavlov para sus propios fines. Comenzó a pensar en el lavado de cerebro, pero entró más allá. Pavlov identificó tres estadios diferentes y progresivos de lo que denomino la "inhibición transmarginal".

- ¿La que? – No entendí nada de las últimas palabras.
- Deja que te lo explique. La teoría era la siguiente: el primer estadio de un lavado de cerebro era la fase "equivalente", en la que el cerebro daba la misma respuesta a estímulos débiles o fuertes. La segunda era la fase "paradójica", en la cual el cerebro respondía más activamente a los estímulos débiles que a los fuertes. Y la tercera era la fase "ultra- paradójica", en la que las respuestas condicionadas y los patrones de comportamiento pasaban de positivos a negativos o de negativos a positivos. De algunos de ellos ya te he comentado algunas aplicaciones prácticas que se realizaron en el otro lado... en los EEUU.

Asentí para que siguiera...

- Con la progresión a través de cada fase, el grado de conversión del adepto se iba haciendo más efectiva y completa. Las formas de conseguir la conversión eran muchas y variadas, pero el primer paso habitual en el lavado de cerebro religioso o político era trabajar con las **emociones** del individuo o del grupo hasta que alcanzaban un nivel anómalo de ansiedad, miedo, excitación o tensión nerviosa. El resultado progresivo de esta condición mental era la disminución de la capacidad de juicio (a nivel racional) y el incremento de la sugestibilidad. ¿Vas entendiendo lo que te digo?

Asentí nuevamente...

- Cuanto más se mantenía o intensificaba esta condición, más se agravaba. Una vez se alcanzaba la catarsis, o primera fase cerebral, la conquista completa de la mente era más fácil. La programación mental anterior podía ser reemplazada por nuevos patrones de pensamiento y conducta. Otras armas usadas frecuentemente

para modificar el normal funcionamiento del cerebro eran el adelgazamiento, las dietas radicales o altas en azúcar, las incomodidades físicas, la regulación de la respiración, el recitado de mantras en la meditación, la exposición de misterios asombrosos, efectos especiales de luz y sonido, la respuesta programada al incienso, o intoxicación por drogas. Se conseguían los mismos resultados en los tratamientos psiquiátricos con electrochoque o con la disminución intencionada de los niveles de azúcar en sangre inyectando insulina. La hipnosis y las técnicas de conversión son dos cosas diferentes. Las técnicas de conversión son mucho más poderosas. Sin embargo, ambas se usaban a la vez frecuentemente con poderosos resultados.

Dejó otra pausa para que me “calara” su información... me miró a los ojos, sonrió, dejó de sonreír, y volvió a mirar de nuevo al vacío, hacia un lado. Siempre dramatizaba de este modo cuando me hablaba. Siempre.

- Todo este material – Dijo mirando a la pantalla - fue interceptado por algunos de nuestros *amigos*. Era información recogida por espías americanos. En estas imágenes, se puede observar un laboratorio de investigación por medio de drogas. Fíjate en los efectos sobre los cobayas.

Mientras hablaba, se veían en las imágenes a seres humanos que parecían lobotomizados. Algunos babeaban, chocaban con las paredes, se movían de forma descoordinada y otros estaban simplemente quietos y tenían la mirada perdida. Lo que estaba claro era que no eran mentalmente sanos.

Pasadas estas imágenes, se veían operaciones en las cuales implantaban a unos sujetos algunos extraños elementos electrónicos en sus cerebros. Después con unos pulsadores hacían que el sujeto se quedase inconsciente, y se le acercaban algunos supuestos doctores o sanitarios (por las batas blancas), y le hablaban. El “humano-

cobaya" seguía fielmente estas instrucciones.

A veces cogían cuchillos y se automutilaban (lo cual me traía recuerdos con respecto a mi experiencia). En otros casos cogían pistolas y se disparaban a la cabeza (y por lo que se podía ver, sin balas). Estaban repletos de cables por todo el cuerpo y en la cabeza, estos últimos al parecer para ir a lo que parecía ser un electroencefalograma. Algunos de estos cables salían "de dentro" de sus cabezas. Y había un nutrido grupo de esos doctores tomando notas incansablemente, y grabándolo todo.

En otra imagen, se veía a otro sujeto con un casco, conectado a una extraña caja llena de botones y luces. Se parecía a las máquinas "megabrain" que anunciaban en las revistas. Además, como los anteriores, tenía un montón de electrodos, conectados a varias partes de su cuerpo. Tras una de las sesiones, el sujeto se levantaba y se le daban también instrucciones, que seguía, como por ejemplo golpearse o cortarse. Los utensilios que utilizaba el sujeto eran de materiales blandos para que no consiguiera su propósito.

Tras un corte en la imagen se observaba como el paciente se iba recuperando hasta que volvía a su estado natural. Toda su actividad era registrada: respiración, pulsaciones, tensión arterial... todos los sujetos tenían electrodos en los dedos de las manos, en la cabeza y en prácticamente todo el cuerpo.

En la siguiente imagen se podía observar como uno de los "batas blancas" mostraba esas cartas que se utilizan para comprobar la habilidad telepática de un sujeto, a otro: estrellas, ondas, triángulos, cuadrados, círculos... etc. Detrás del tirador había otra persona, y el adivinador miraba al tirador y a la persona de detrás que echaba las cartas. Los tres también estaban llenos de cables por todos los lados. La cámara grababa también las fluctuaciones de tamaño de las pupilas de los tres.

En las siguientes imágenes se veían lo que parecían ser brujos, mediums, tiradores de cartas, curanderos, etc. en pleno ejercicio de sus facultades, una vez más, llenos de cables. Por las imágenes que estaba viendo, intuí que se trataba de objetivar lo subjetivo de sus poderes. A algunos de ellos se veía que no les habían hecho realmente ningún daño. Pero los de las primeras imágenes parecía que no salieron vivos de allí.

Hice un gesto para hacer una pregunta, y Roger con otro, me interrumpió e indicó que siguiera mirando a la pantalla. Una vez más, me sorprendió su gran capacidad de alerta para anticipar y detectar todos mis movimientos.

Entonces se apareció en la pantalla la imagen de un joven de aproximadamente unos diez años que parecía tetraplégico, pues estaba sentado en una silla de ruedas y no movía ni las manos ni los pies. Tenía también toda su cabeza llena de cables, pero por fuera, como si estuviese conectado también a un electroencefalograma. En su semblante, se veía tranquilidad. Enfrente de él había un hombre, y mirándole fijamente, el joven hizo que pusiera la misma cara que los drogados y los de las imágenes anteriores, a los que se les habían puesto cables en la cabeza y cuerpo... pero el joven lo hizo en segundos.

Unas cámaras grababan las pupilas del joven, y las del otro. Se podía comprobar la tremenda habilidad de este joven para adaptar el *tamaño de sus pupilas* a las de su "contrincante", para posteriormente ser él el que indujera movimientos involuntarios en la pupila del otro. También la cámara grababa las pulsaciones del corazón registradas en ambos, y como el joven era capaz de adaptar isus pulsaciones!.

Este parecía divertirse, puesto que hacía lo mismo con los "doctores". En cierto

momento, uno de ellos cayó al suelo tras simplemente tocarlo, y él se rió. Se le acercó el que parecía ser un vigilante, y de una mirada lo tiró al suelo!. Se veían enfadados, pero mostraban una gran paciencia, ante el curioso elemento que tenían para investigar. Yo estaba sorprendido por lo que veía.

En la siguiente secuencia aparecía lo que parecía ser una celda. Había un señor que parecía un enfermo mental, pues su mirada estaba totalmente ida y estaba atado a una silla. Se podía observar como sufría convulsiones, y se suponía que gritaba (la imagen no emitía sonidos). A la misma sala entraron al niño de la silla de ruedas. Alguien acercó el niño al enfermo que estaba sujeto. Entonces el semblante del enfermo alcanzó un alto grado de serenidad. El joven le hablaba y poco a poco el "ido" se iba relajando, y al final terminaba conversando con el chiquillo.

Las siguientes imágenes mostraban como le hacían la prueba de la "telepatía" al chaval, pero sin estar la otra persona detrás, al parecer para que no tuviese demasiadas pistas, y como el cámara mostraba una tabla con las puntuaciones de un cien por cien de los aciertos bajo el asombro de los observadores.

Por lo que se podía ver, en la URSS, aparte de descubrir una tecnología paralela a la que habían descubierto, o tal vez espiado, de los Estados Unidos, habían encontrado un sujeto excepcional capaz de hacer cosas increíbles con el "poder de su mente". Y allí se encontraba todo un cuerpo de científicos alucinados con sus influencias, intentando objetivarlas para sacarles provecho.

Entonces la imagen terminó. Roger comenzó a hablar:

- Estas imágenes tienen más de 30 años. Nunca hemos sabido donde se encontraba ese laboratorio, ni quienes eran las personas que aparecen en esta cinta. Pero fue el indicio de que se avecinaba ese tipo de guerra de la que te he hablado, una

guerra mental y no física, aunque de efectos más destructores a nivel global.

Entonces mi cabeza comenzó a hacerse preguntas y más preguntas: En esa guerra, ¿Quiénes serían los enemigos? ¿Qué guerra querrían ganar? ¿Qué quieren, dinero, poder, influencia? ¿cómo se les podría identificar? ¿Quiénes serían sus líderes? ¿Tendrían algún símbolo? ¿Habría algo de ellos evidente? ¿Dónde se podrían encontrar?.

Solo hice una de ellas:

- Roger... ¿qué es lo que quieren, y quienes son los enemigos de esa guerra?

Roger respondió:

- Piénsalo tu mismo... ¿A qué tipo de poder aspirarías si pudieses obtener cualquiera de ellos? ¿Querías ser rico?, ¿Un gran ejecutivo?, ¿Un gran gobernante?, ¿Muy feliz?, ¿Control absoluto? Si todo te es posible... ¿qué desearías?
- Algo de tranquilidad, dinero, pocos enemigos... no mucho más. – Respondí sinceramente.
- ¿Qué crees que quieren otras personas? – Preguntó con un cambio de expresión.
- Poder... dinero...
- Exacto. – Respondió tajante. – Esta tecnología *podría* ser buena en buenas manos. Pero hay quien la tiene, y la utiliza, para enriquecerse y tener poder.

Ahora sí que es el momento de que veas a nuestros enemigos.

CAPITULO X: SUEÑOS DESPIERTOS

El avión se dirigía hacia Barcelona. Salimos del aeropuerto de Manises en Valencia, a las siete y diez de la mañana. Para embarcar tuvimos que estar mucho antes allí. Odiaba madrugar, pero aquello bien lo requería. Los gastos al parecer iban a cargo de mi "guía", Roger, al que no le hacía falta de nada.

Supuse que con su influencia podría de vez en cuando hacer alguna de sus jugadas para conseguir dinero... ¿serían jugadas limpias o sucias? Algo en mi interior me dijo que, por lo poco que le conocía, no podían ser jugadas sucias.

Una vez en el aeropuerto de Barcelona, nos desplazamos por las cintas automáticas, hasta llegar a un lugar donde nos esperaba un coche. Parecía ser que en todos los sitios mi acompañante tenía amigos. Era un BMW, aunque no me fijé en que tipo, pero debía ser caro, por lo grande y lujoso. El coche nos dejó en las afueras de Barcelona, en lo que parecía un polígono industrial. Por las indicaciones, leí en algún sitio que habíamos pasado cerca de Cornellá, pero no nos paramos allí.

Había empresas, al parecer de elaboración de productos químicos, empresas del metal... y empresas de tecnología eléctrica. Roger me comentó durante el trayecto que había recibido un soplo de una acción que iban a cometer "los enemigos". Tras un largo trayecto, nos dirigimos hacia la valla cerrada de una empresa, y un guardia jurado se acercó para pedirnos la identificación.

- Hola, ¿pueden decirme quien les espera?
- Si, nos espera Abel Salvatierra. - Dijo las dos palabras de mi nombre lentamente, para que el vigilante las oyera perfectamente, y en tono suave y pausado.
- ¿Es usted el Sr. Roger? - Preguntó, con las pupilas de los ojos tapándole el resto

del iris, y la mirada extraña.

- Efectivamente.

Nos dio nuestras correspondientes identificaciones como visitantes, y dijo:

- Pueden pasar.

Levantó la barrera de entrada y pasamos a la zona del aparcamiento. Dejamos el coche, y entramos a recepción, donde una jovencita nos miraba amablemente. No hizo falta que preguntase quien nos esperaba. El propio guardia jurado le había dicho a ella que nos esperaba "Abel Salvatierra" por medio del teléfono interior lo que hizo su efecto, y simplemente nos acompañó hacia la zona reservada. Me pareció divertido que la consigna fuese mi nombre, y extraño el efecto que estaba produciendo sobre las personas. Roger había jugado otra vez, para variar, conmigo.

Una vez en una zona reservada, un señor se dirigió a nuestra acompañante, la cual le indicó que "íbamos a ver al Sr. Abel Salvatierra". También a este señor le cambió el semblante, su cara perdió expresión y sus pupilas se agrandaron. Sus ojos no parpadeaban y no parecían mirar a ningún sitio, como un zombi. Nos acompañó al interior de la zona reservada. Pasó su tarjeta por el lugar correspondiente, introdujo el código en el teclado, y nos hizo una seña para que pasáramos al interior.

Una vez dentro, llamó a otro señor. En su tarjeta se podía leer "Dr. Johnson". También le indicó a quien íbamos a ver, y nos siguió acompañando al interior, pasando a zonas cada vez más "protegidas". Fuimos llegando hacia el interior del edificio hasta un lugar donde se encontraban los archivos reservados del centro.

Las instrucciones de Roger fueron escuetas pero claras:

- Ahora entrarán dos individuos. Cuando yo te lo indique, cierra los ojos y quédate en

la posición que estés. Si quieres ver la acción, quédate de cara a ellos, y entreabre los ojos. Después no hagas nada.

Así lo hice. Dicho y hecho: Casi exacto como un reloj dos individuos entraron a las instalaciones, y de forma casi disimulada en cada zona donde se encontraban con alguien conectaban lo que parecía un "walkman". Sonó una especie de zumbido que ya me era familiar y que comenzó a adormilarme. Roger me señaló con otro de sus aparatos, y me eliminó el sopor que comenzaba a hacer efecto en mí.

Todo el mundo cerró los ojos quedándose quieto, con ligeros movimientos como si estuviesen flotando. Entrecerré mis ojos para poder ver. Se dirigieron a la puerta que teníamos a nuestra derecha, y cuando fueron a introducir el código, Roger dijo:

- Oiga, usted, ¡yo estoy despierto!

Uno de los dos, que estaba armado y no salía de su asombro, se acercó a Roger con un objeto en la mano, como una especie de linterna. No le dio tiempo. Cayó al suelo por un "disparo" de otro cachivache que tenía Roger. No había sonido, ni luz, ni sangre, ni nada. En el suelo, parecía dormido. El otro, al ver que les habían atrapado, intentó huir, pero recibió la misma "descarga".

Fuera de mí tras lo que había visto pregunté a Roger:

- ¿Qué hay detrás de esas puertas? – Y su respuesta me impactó como un martillo:
- Equipos eléctricos como los que has visto, y como para destruir a toda la especie humana... mentalmente.
- ¿Qué habría pasado si nosotros no hubiésemos estado aquí?
- Habría estado otro amigo nuestro. – Indicó con tranquilidad.
- ¿Y como os enterasteis de que iban a estar aquí?

- Por nuestros medios. No siempre nos sale bien. Y cuando no nos sale bien, hay problemas. Pero no te preocupes, tenemos buenos medios.
- ¿Cómo tenían los trabajadores de aquí las consignas de actuación vuestra y de ellos? – Sabía que le estaba bombardeando a preguntas, pero también sabía que en el momento que se cansara, me lo indicaría, verbalmente, o con una simple mirada.
- Habían sido implantadas de forma rápida, con la tecnología que has visto.
- ¿Y estos son los “enemigos”?
- Estos son solo aficionados.

Y cambiando de tema indicó:

- Bueno, ahora nos queda otra parte. Tenemos que “limpiar” todo esto.

Acercándose a uno de los trabajadores que estaba “en las nubes” le señaló con la luz de uno de sus aparatitos, le indicó algo al oído, y acto seguido, nos acompañó a los cuatro hacia el exterior del recinto. Roger señaló a todo el mundo con el aparatito, e iban olvidando lo ocurrido. Para la gente de dentro, nuestra entrada y la de los dos individuos no habían ocurrido.

Una vez fuera, cogimos de nuevo el BMW que nos esperaba, y nos dirigimos a toda velocidad a un edificio de la zona centro de Barcelona. Subimos al 4º piso, y una vez allí nos reunimos con otro grupo. Pusieron dos extrañas sillas como de barbero a los 2 “presos” e intentaron averiguar quien había sido el que los había “utilizado” para ir a robar a aquel lugar. Los monitorearon con equipos para el control de las pulsaciones, tensión, y toda la parafernalia necesaria.

Los dos capturados eran muy resistentes a las preguntas. Cada vez que eran preguntados directamente, tenían convulsiones, babeaban, y tenían otros efectos que

me resultaron muy extraños. No conseguían arrancarles ninguna respuesta. Roger advirtió que fuesen con mucho cuidado, pues lo que estaba ocurriendo no era lo habitual. Cuatro personas estaban intentando obtener información de dos, con toda una serie de equipos, que al parecer tenían poco o ningún efecto sobre los capturados.

Al ver que no obtenían resultados, uno de los cuatro comenzó a dar más potencia (o así lo me pareció) a uno de los equipos. Recibían sonidos, corrientes, haces de luz como si fuese de láser en los ojos... pero no parecía haber respuesta. Las pulsaciones de ambos individuos comenzaron a aumentar casi al unísono. Subían y subían... estaban superando las 90 pulsaciones, y rápidamente se pusieron en 100... algo no estaba saliendo bien.

Retiraron parte de los equipos, pero las pulsaciones de los dos seguían en aumento... parecía inevitable... los dos sufrieron un paro cardíaco. En la pantalla, la línea continua de sus pulsaciones lo dejaba bien claro.

Sacaron equipos de reanimación, y les soltaron descargas, pero no sirvió de nada. Dos inocentes habían muerto sin saber porqué, ni que habían estado haciendo. Algo muy extraño estaba pasando... esta vez no habían podido averiguar de donde habían sido enviados los dos inocentes. Usualmente era muy fácil averiguarlo, pero al parecer, en esta carrera todo el mundo estaba superándose constantemente.

Roger me acompañó al aeropuerto. Me indicó que tenía nuevas cosas que hacer. Al sacarme el billete de avión para el regreso, que él tenía guardado en una gran cartera, esta le cayó al suelo, (jamás supe si intencionadamente). En ella, abierta, en el suelo, pude ver la foto de un chiquillo, sonriente, en una silla de ruedas, y documentación escrita en caracteres rusos.

- ¿Tu? - Pregunté.

- Si. Hasta luego.

CAPITULO XI: DESPIERTOS SUEÑOS

De vuelta a Valencia, seguí con mis negocios, que cada vez iban muchísimo mejor gracias a mis *habilidades*. Curiosamente, no estaba tomando ningún tipo de pastillas ansiolíticas desde hacía bastante tiempo, sin poder precisar cuanto. Además, mi percepción negativa del mundo estaba cambiando, y aparte de ello, me daba cuenta de que, aunque estaba muy lejos de adquirir las habilidades de las personas que había estado viendo, era capaz de conseguir mucho más del resto del mundo, sin hablar, por lo menos con palabras.

Cuando quería cerrar un negocio, me era fácil mantener un buen *rapport* (empatía, relación, conexión) con mi interlocutor. Sabía copiar posturas sin que se notase demasiado. Sonrisas, gestos y tonos eran sistemáticamente copiados. Y cuando había alcanzado un buen nivel de *rapport* era capaz de hacer que la otra persona fuese por el camino que yo quería.

Sabía cambiar de este modo el estado de ánimo de los demás. Si alguien estaba deprimido adoptaba *su postura* y sus facciones, y poco a poco, cuando la otra persona mantenía una relación *inconsciente* conmigo, yo iba irguiendo mi postura y mejorando la expresión de mi cara, todo muy lentamente, de forma muy sutil. A cada pérdida, volvía un pequeño paso atrás, hasta que conseguía *cazar* de nuevo su estado. Era algo que me absorbía mucha energía, pero a la vez me motivaba mucho.

Aparte de este lenguaje, comencé a practicar algunas técnicas de lo que había estado aprendiendo de mi relación con Roger. Una de las principales técnicas que utilizaba era la confusión. Así, en muchas de sus conversaciones generalizaba, mezclaba conceptos... y hacía que presuponiera lo que me diese la gana de lo que él "oponente" decía. Así nunca me equivocaba.

En otra ocasión, y siguiendo con mi auto-entrenamiento, decidí que un posible cliente firmase con mi consultora la realización de la implantación de sistemas de Calidad en su empresa, pero sin tener que hablar tanto. El reto era conseguir que alguien solicitase mis servicios sin necesidad de insistirle y explicarle y convencerle... etc. como usualmente venía haciendo.

Daba la curiosa casualidad de que ese cliente era familiar de un importante empresario de la comarca, así que, lograr negocios satisfactorios con él podría conllevar a tener negocios con gran cantidad de clientes potenciales.

Nos encontrábamos en una situación no usual para negociar, si bien los buenos negocios no se hacen en el despacho, sino en las situaciones más inverosímiles: jugando al golf, tomando una cerveza, en una comida... Estábamos en una boda de unos amigos comunes.

Este señor era familia lejana de mi mujer, y hasta ese momento nunca le había visto. No bebí demasiado, pero un poco de alcohol siempre me había producido un incremento en mis capacidades de "captación", sobretodo a la hora de establecer relaciones sutiles con otras personas. Con un poco de picardía, y antes de que él hubiese bebido demasiado, le dije en qué trabajaba, y que servicios prestaba. Y tras plantar esta semilla *no volví a hablar del tema del trabajo*.

Simplemente me dediqué a beber con él, y a escuchar, de una forma totalmente activa, todo lo que me iba diciendo. Mantuve una buena conversación, pero no *solo* porque me pudiera interesar, sino porque, además, era una persona divertida e interesante.

Al final de la noche, se acercó para despedirse de nosotros, y su mujer se puso a hablar con Marta. Él a su vez me indicó que sería interesante que pasara un día a explicarle con más detalle de que iba mi negocio para ver si podíamos llegar a algún acuerdo. Fue él quien lo nombró. Había logrado un posible contrato, un contacto interesante, pero lo mejor de todo: había logrado mi objetivo.

Lo que más me sorprendía de Roger era como mantenía una relación muy intensa con quien trataba. Uno de mis principales retos era el de conseguir, no tan rápidamente como él, "dormir" a una persona. Sabía que él era capaz de hacerlo en segundos (o menos), pero yo quería probar si podía lograrlo, sin tener en cuenta el tiempo.

Me acerqué a un parque, y me puse frente a un señor que estaba sentado en un banco, pero no tan lejos como para que no pudiese observarme (en uno de los pasillos estrechos del jardín). Llevaba un periódico bajo el brazo, y me senté frente al señor que escogí que también tenía un periódico entre sus manos, cada uno en nuestro banco.

Al principio me senté a mi manera, pero con mucho cuidado, poco a poco, fui adoptando la posición de la persona de enfrente, como si él se estuviese viendo en un espejo. Bajó un poco el periódico y yo, tras unos segundos, y de una forma no tan evidente, hice lo mismo. Cruzó las piernas y siguió leyendo. Yo seguí el ritual, cruzando las piernas *casi* del mismo modo, y leyendo.

Pasó el tiempo y me miró directamente a los ojos. Yo le miré directamente a los ojos. Esbozó una leve sonrisa, y yo esboqué una sonrisa más leve aún. Levantó el periódico para seguir leyendo, pero tenía la cara visible. Al poco tiempo yo hice lo mismo. Hizo

un gesto de extrañeza ante una noticia que al parecer estaba leyendo, y del mismo modo la imité, mirando mi periódico.

Entonces llegó el punto crítico: Tenía que cambiar el ritmo. Tenía que ser él quien me imitase a mí sin darse cuenta. Comencé a hacer que las pautas de espejamiento fuesen más seguidas a las suyas, que a cada gesto o movimiento que hiciese, mi respuesta fuese más simultánea, sin tanto tiempo de demora, hasta "adelantarme".

Ya llevaba un buen rato "copiando" su respiración y sus parpadeos. Así que marqué la delantera. Comencé a respirar, aunque profundamente, de modo más rápido. Aunque estaba lejos, podía comprobar que al poco tiempo él era el que seguía mi respiración. Mantuve un poco de tiempo este ritmo de respiración, y poco a poco fui bajándolo, poco a poco, poco a poco... y cada vez hice mi respiración más profunda.

Entonces comencé a bajar lentamente mis brazos, lentamente, apoyando el periódico en mis piernas. Y fui lentamente imitado en esto. Finalmente comencé a parpadear un poco más deprisa, y también el ritmo de parpadeo de la víctima comenzó a ir un poco más deprisa, sin mirarme siquiera. Y ralentice poco a poco el parpadeo, poco a poco, y fui seguido, poco a poco, poco a poco.

Hasta que fui dejando más tiempo cerrados los ojos en cada parpadeo... más tiempo cerrados... e inclinaba la cabeza... tras bajar mi cabeza, pude ver como el señor de enfrente estaba *como dormido*.

Esperé un poco, me levanté y me acerqué a él. Pude observar que realmente no dormía, sino que estaba en una especie de sueño. Suavemente le dije:

- Disculpe... parece ser que se ha dormido.

Sonrió, y dijo:

- Bueno, tampoco estoy molestando a nadie ¿no? Y no me parece que sea de su incumbencia (aunque no dejó de sonreír en ningún momento y no lo dijo en mal tono). – y continuó...
- No se porqué, pero me cae usted simpático.

Sus ojos estaban rojos. No habían sido segundos, pero en poco más de *tres cuartos de hora* lo había logrado. Para llegar a un nivel de segundos me haría falta práctica, mucha práctica... o uno de los equipos que había visto utilizar.

CAPITULO XII: EL ONIRONAUTA DESPIERTO

Recordando el incidente con los dos individuos, me puse a pensar que llevaba bastante tiempo sintetizando, extrayendo, meditando, lo que me había contado Roger sobre toda esa tecnología. Pero no hacía falta ir muy lejos... tras conectar la televisión, me di cuenta de que aparecían en los anuncios muchísimos clichés que en teoría nos teníamos que creer como dogmas de fe o verdades universales, simplemente porque lo decían en televisión...

"Este producto elimina las bacterias..." ¿qué ocurre con las bacterias?. Nunca decían si era malo o no, con lo cual hacían indirectamente pensar que lo eran.

"Esta leche es mejor porque el calcio que tiene viene de la propia leche..." ¿y que ocurría con que viniera de la propia leche? o...

"Los grandes logros son los que duran" ¿porqué? o ...

"Lo bueno sabe bien"... ¿y algunos remedios que sabían fatal? o

"Lo natural es mejor" ¿y entonces porqué no vamos aún con taparrabos? ¿porqué alargamos nuestras vidas con métodos artificiales? ¿porqué permitimos las operaciones de corazón y alargamos "artificialmente" nuestras vidas, en lugar de morir "naturalmente"? ... etc.

Con todas estas ideas dándome vueltas en la cabeza, se me ocurrió conectarme a internet y e introducir en un buscador simplemente la palabra "subliminal", para ver que ocurría... y aparecieron tantas páginas que me hubiese hecho falta toda una vida para leerlas. De todos modos, revisé el contenido de las que parecían más

interesantes.

Siempre me había gustado, mientras se iban abriendo las páginas, establecer conversaciones interesantes en los chats. De este modo, mientras iba buscando páginas, abrí una sesión en un chat. Busqué alguno que no fuese el típico de ligue, y encontré uno interesante... se llamaba "El café". Pensé un nombre interesante, y me puse "truhan".

<truhan> wenas a tos...

Y minimicé la página, hasta que un sonido indicara que alguien me nombraba, o simplemente la abriese para leer las conversaciones.

Una de las páginas que me facilitó el buscador iba en concreto sobre el tema de la televisión. Indicaba que hacía mucho más que simplemente entretener a la población. Según esta página, se conectó a jóvenes televidentes a un electroencefalograma que estaba conectado a la Televisión y la apagaba cada vez que los cerebros de los niños producían una mayoría de ondas alfa, que venía a significar que estaban como hipnotizados, casi dormidos. Por lo que pude leer, a pesar de que se les dijo a los niños que estuvieran atentos, solo unos pocos pudieron mantener la Televisión encendida más de 30 segundos. Curioso.

Abrí la página del chat... para ver por donde estaba...

<truhan> wenas a tos...

<golfus> holas tru

<bruji20> holas truhan

<gielowy> pues no, no toi de acuerdo contigo

<wotan> ¡arribaspaña!

<gifexe> joer... otro faxa...

<neo> ¿porfa op?

Nada interesante... seguí leyendo mis páginas. Ese día el chat iba relativamente lento. Había veces que no se podía seguir la página central.

En la página de la televisión, además, indicaba que *"muchos telespectadores estaban realmente hipnotizados. Hacer el trance más profundo era fácil. Una manera sencilla era colocar un fotograma negro cada 32 fotogramas de la película que se proyectaba. Esto creaba un ritmo de 45 por minuto que solo era percibido por la mente subconsciente: el ritmo ideal decían, para general una hipnosis profunda. Al parecer, los anuncios o sugerencias que contenían este tipo de proyección se aceptaban más fácilmente. El alto porcentaje de espectadores que tenían capacidades sonambulísticas podían aceptar esas sugerencias como órdenes, **siempre que no pidiesen al espectador que hiciera algo contrario a su moral, su religión o su autoconservación...**"*

¡Maldita sea! Manipulación, manipulación y más manipulación... a ese paso iba a terminar paranoico... si no lo estaba ya...

Pero dentro de todo lo horrible, me vino a la mente el consuelo de un caso en una universidad americana, en la que estaban probando, con hipnosis, el grado máximo de profundidad hipnótica a la que podrían llegar... tenían a una estudiante en estado muy profundo... y otro de los estudiantes le indicó: ¡Desnúdate! Y ella salió inmediatamente del trance... ¡A saber que habría ocurrido si la chica hubiese sido exhibicionista! Al parecer habían límites dentro de lo subliminal que eran difíciles de rebasar. O eso quería creer yo.

Leyendo en la misma página, pude comprobar datos bastante alarmantes... uno de tantos medios sencillos para poseernos estaba ahí... *"Para la edad de 16 años, los niños habían pasado de 10.000 a 15.000 horas ante la televisión: eso era imás tiempo del que habían pasado en el colegio!. En la casa media, la televisión estaba encendida una media de casi 7 horas al día, con un incremento de 9 minutos al año durante la década de los 70. Por lo que se veía..."* actualmente era obvio que no estaban mejorando las cosas...

Cambié al chat...

... Lum23 inicia sesión...

<Lum23> Holas a tod@s

<Truhan> holas lum sed vos bienvenido...

... y volví a las otras páginas...

Siguiendo con el tema de la televisión y subliminalidad, leí sobre un proyecto de una universidad, en la que cogieron una muestra de casi 3.000 personas, de las cuales el 90% entendió mal los anuncios. *"Unos minutos después de haber visto un anuncio, un tercio aproximadamente de los espectadores contestaban mal acerca de lo que habían visto. Al parecer, era como estar hipnotizado, y no recibir sugerencias de recordar..."* al parecer, cuanto más tiempo pasaba una persona enfrente de la "caja tonta", mas tonto se iba volviendo el espectador... se hacía más sugestionable.

De las siguientes páginas, fui seleccionando las que parecían más o menos serias, encontrando como afectaban las imágenes sobre nuestra mente: según un estudio las mujeres que veían en una revista a las bellas y perfectas top models, se sentían

después inseguras. Lógico. También me pasaba a mi viendo a esos perfectos modelos masculinos...

En otra, pude comprobar que corroboraba la teoría que me había indicado Roger sobre lo de la primera captación inconsciente en el ojo, a través de la fovea, puesto que aparecía un estudio de anuncios de revista, de los que pasamos normalmente de forma rápida y casi sin mirar, y según la información de esta página estaban llenos de imágenes que se captan en décimas de segundo... *pero a nivel inconsciente.*

Aparecía un estudio de Wilson Bryan Key, el cual descifró un anuncio de una bebida. Según leía...

"El primer caso que analizó en uno de sus libros fue uno de los más representativos. Se trata de un anuncio de ginebra Gilbey's publicado en 1971 en la revista Play Boy. Bryan Key realizó una investigación con un millar de individuos, a los que pidió que observaran detenidamente esta página de publicidad.

Ninguno de los sujetos escogidos estaba familiarizado con las técnicas subliminales y recibió instrucciones para que trataran de expresar por escrito solamente las sensaciones o los sentimientos que les producía el anuncio, sin entrar en un análisis con detenimiento del contenido. Los resultados fueron sorprendentes. Según él: "Aunque un 33% sólo percibió una botella y un vaso con hielo, un 62% describió sentimientos como "satisfacción", "sensualidad", "romance", "estímulo", "excitación", "agitación", y varios jóvenes tuvieron sensaciones que interpretaron como de "lujuria"". ¿Por qué una imagen aparentemente tan inocua, acompañada por un eslogan tan poco erótico como "Rompe la botella escarchada", podía producir en la mayoría de los encuestados unos sentimientos tan evidentes de sensualidad? En la página indicaba las conclusiones que Bryan Key descubrió."

Un sonido indicaba que mi nombre había sido nombrado en el chat... pero no me interrumpí y seguí leyendo el tema del Sr. Key... En primer lugar, estaba la fotografía en la que se veía el anuncio que se estaba comentando... y tal y como dijo el Sr. Key, si uno se fijaba en los cubos de hielo, observando el tercero, empezando por arriba, se podían ver dos gruesos trazos paralelos... No costaba, y siempre con la guía de los datos de Key, descubrir una letra E... siguiendo con el cubo de más arriba... Siguiendo la unión de la raja de limón y el hielo, y aunque resultaba más difícil de ver, se podía "intuir" una letra S... Y siguiendo las indicaciones, y yendo al cubo de abajo, se podría observar un pequeño triángulo en la parte inferior y los trazos que parecían formar un aspa... aunque estaba más oculta, se podía encontrar una letra X. Finalmente, uniendo las tres letras, aparecía la palabra SEX en los cubos de hielo...

Siempre según Bryan Key, las nubes, los líquidos en botellas o vasos, los pliegues de los vestidos, los brillos sobre las superficies del agua, eran buenos lugares para esconder palabras o símbolos que actuaban sobre nuestro subconsciente sin que pudiésemos defendernos, atribuyendo a un producto cualidades o características generalmente relacionadas con aspectos sexuales.

A pesar de lo curioso y sorprendente que parecía la inserción de la palabra SEX, todavía había más cosas, mucho más fuertes, y el argumento central de la propuesta subliminal de Gilbey's. Bryan Key lo indicaba:

"Pero todavía hay mucho más sobre el anuncio de Gilbey's. Aun a riesgo de abusar de la credibilidad del lector. El tapón es bastante convencional, fue quitado por el artista con el fin de dar la idea de que la ginebra Gilbey's está simbólicamente abierta, y disponible para el lector. Sin embargo, el reflejo del tapón adquiere dimensiones poco usuales al reflejarse en la superficie espejada de la mesa. Mediante otro leve esfuerzo

de la imaginación, los reflejos de la botella y del tapón pueden ser interpretados como las piernas de un hombre, cuyos genitales están parcialmente erectos."

Volví a la fotografía del anuncio... lo observé... bueno, cierto parecido tenía... tal vez exageraba un poco... seguí leyendo...

"En este punto, debería hacer algunas aspiraciones profundas para relajarse; todavía hay más. Los subliminales son muy difíciles de percibirse conscientemente si se está lo más mínimamente tenso o receloso. El hielo derretido en el tapón podría simbolizar líquido seminal, origen de toda vida humana. El color verde sugiere paz y tranquilidad después de que las tensiones han sido descargadas. Por tanto, la escena se desarrolla después del orgasmo, no antes. Esta interpretación está reforzada por el pene a medias erecto. Por supuesto, el hielo derretido de la botella también podría ser líquido seminal. ¿Quién pudo haber imaginado que Gilbey's tuviera tanto que ofrecer a 24,2 millones de lectores?"

¿Y no podría ser casualidad? Todo parecía demasiado "preparado". Seguí comparando la imagen con los datos que iba indicando...

"Ahora, si usted es curioso y tolerante, debería observar entre el reflejo del vaso y de la botella. La abertura vertical entre el reflejo tiene sombras muy marcadas a ambos lados, los cuales podrían ser interpretadas como labios, como labios vaginales, claro está. En la parte superior de la abertura hay una gota de agua que podría representar el clítoris."

Y seguía...

"Si la escena fuera usada en una historia, esta vagina aún abierta sería el lugar en el

que acaba de estar el pene ya vacío. La escarcha seminal que está por toda la botella podría sugerir a la parte primitiva del cerebro humano, la parte que algunos psicólogos llaman inconsciente, que acaba de pasar el coitus interruptus, o como sugiere el texto del anuncio: "¡Y mantenga su tensión seca! ". El anuncio parecería haber sido diseñado expresamente para que llegara a los hombres y mujeres a través de mecanismos de percepción inconscientes. El modus operandi del anuncio es vender la ginebra Gilbey's a través de un llamado de atención hecho al subliminal mediante tendencias morbosas o exhibicionistas existentes en un nivel inconsciente de la mente de los lectores del Time.

Pensé que, en cierto modo, aunque fuese falso, el diseñador del anuncio estaba consiguiendo que la gente se divirtiese desenmarañando las claves que habían puesto en el anuncio. Pero eran demasiado evidentes como para no hacerles caso.

No estaba mal... y todo eso tenía que entrar en la mente del lector en el tiempo en el que se supone que "no hace caso del anuncio" y pasa página... muy eficaz.

De las siguientes páginas, vi un anuncio de Chivas Regal en el cual se podía adivinar en la caja una S... una E... y una X... Una vez más... SEX.

En otra fotografía, esta vez de un anuncio de un coche, se podía leer "THE NEW MAZDA RX-3SP". Intenté encontrarle el sentido antes de leer el texto... nada, tal vez, la carretera curva podría ser una S... miré el coche... el texto... al parecer no iba por ahí... me fijé en el modelo del coche... y comencé a jugar con las letras. Veía la X, la S, pero no tenía la E... ¿Dónde estaba la E, en la palabra NEW? Leí el texto... y era mucho más sutil. Al poner la palabra en modo inverso, como vista en un espejo, se podía leer ZEX... pero se entendía... pasaba muy bien el filtro...

Aquello comenzaba a ser divertido. Pasé algunas páginas que no contenían información interesante. En otra de las páginas hablaba de manipulación de fotogramas... ¡en cintas de Walt Disney! Había fotogramas de Disney con unos ratoncitos volando delante de una ventana, y en esa ventana una mujer con los pechos al aire... ¿Y que interés podría tener Disney en que los niños viesen eso? No los niños... sino sus padres... así la película era inconscientemente divertida para ellos también. En el Rey León, en una imagen en la que el león estaba triste frente a un precipicio, aparecía en el cielo la palabra "SEX"... aunque los dibujantes de Disney dijeron que era SFX, las siglas de "efectos especiales"... pero la diferencia... es tan pequeña...

Me llamó la atención que, un fotograma de la película "quien engañó a Roger Rabbit", se viese como, al caer esta del coche, se le veía algo más que las piernas... y me hizo gracia que el nombre del dibujo animado protagonista fuese como el de mi amigo... Roger.

También habían unos programitas que vendían que, en teoría emitían un mensaje que se veía en décimas de segundo, que el consciente no veía y que en teoría el inconsciente sí. De este modo, se podían mensajes del tipo: "me siento bien", "soy feliz", etc. y según los creadores pasaría el filtro del consciente.

Era cierto, y lo sabía, que si se le dice a una persona que no piense en elefantes de color rosa, era muy difícil que no pensara en elefantes de color *rosa*. Y mucho peor si se le decía que ni se le ocurriera imaginarse una manada de elefantes de color rosa corriendo. El consciente no siempre filtra todo lo que le llega. Pero no eran tan efectivos... muchas veces se veía el mensaje por problemas de los programas... y en principio no se tenía que ver para que el consciente no molestara en el proceso.

Leyendo todas estas cosas, y quedándome alucinado por ellas, estuve un buen rato ante la pantalla del ordenador. Vi fotografías que eran desmenuzadas hasta llegar a todo lo que significaban.

De momento, mi CD-ROM se abrió sólo. Los "duendes" de la informática habían hecho de las suyas. Me extraño. Pulsé el botón para que se cerrara y se volvió a abrir. Alguien estaba jugando conmigo.

Volví a la sala del chat, y había alguien con el nombre "Rogy". Intenté conversar con él. Supuse que era casualidad, era raro que Roger entrase en el mismo chat que yo... simplemente por cuestiones de probabilidad.

<Truhan> ¿Quién me ha abierto la bandeja del CD?

<Lum23> He sido yo.

<Truhan> No te creo. Hazlo otra vez.

No volvió a ocurrir.

<Lum23> ahora no me apetece.

<Truhan> Eres un lamer.

Era el nombre que me habían dicho que despectivamente se le solía dar a un falso hacker, o "pirata informático".

<Rogy> He sido yo... :)

<Truhan> Tampoco me lo creo.

<Rogy> ojo a esto. Abierto cerrado abierto.

Y efectivamente fue lo que hizo la bandeja en ese momento. Se abrió, se cerró y se volvió a abrir. Pulsé el botón para cerrarla.

<Truhan> Rogy... ¿eres quien supongo que eres?

<Rogy> ¿Ya has subido de nivel?

<Golfo> ¿hay alguna golfa dispuesta a comerme la polla?

Típico de los chats. Igual que ocurría con el coche, que el más tímido era el más temerario cuando subía al vehículo, aquel que en su vida normal era tímido, se convertía en un guarro que creía que por el chat iba a conseguir más que en la vida real. Curiosamente, en los chats todos eran superdotados, y todas bellas rubias altas de 90-60-90... pero seguí con lo mío:

<Luci22> ¿alguien de Argentina?

<Truhán> ¿a que te refieres Rog?

<Golfo> ¿a que va a ser? A que me la chupen...

<elfo16> yo soy de donde quieras, luci...

Ya me cansé del golfo... así que piqué para mantener una conversación privada con Rogy:

<Truhán> ¿a que te refieres Rogy?

<Rogy> ¿a que va a ser? ¿Ya dominas tus propios poderes?

<Truhán> Estoy en ello. Pero no soy tan rápido como tú.

<Rogy> Tiempo al tiempo... ¿te apetece ver otra curiosa acción?

<Truhán> Sip. Dime hora y lugar.

<Rogy> Pasado mañana, en Mallabia, Vizcaya. En la puerta. A las 10. La dirección es (y me la indicó).

<Truhán> me pilla lejos, pero OK. ¿donde estás ahora?

... Rogy ha abandonado su sesión en el chat...

Se avecinaba otra aventurita. En el panel central, "Golfo" intentaba desesperadamente encontrar otra... sin mucho éxito.

Esta vez me tocó madrugar de nuevo... pero solo. Como de costumbre, llegué mucho antes del embarque (¿porqué motivo, el avión que se suponía que era para ahorrar tiempo nos hacía perder tanto en esperas?), y me dirigí hacia la puerta. Las amables y atractivas azafatas, como siempre, estaban dispuestas a ayudar... pero lo único que me apetecía era... dormir.

Esperé el despegue del avión con los nervios típicos que me producía la situación, y una vez fue despegando me fijé de nuevo en el desierto paisaje que se veía desde arriba... Valencia, salvo por los campos de cultivo, parecía la superficie de una piedra. Cuando comenzamos a subir casi hasta el nivel de las nubes me dejé llevar por el sopor que me estaba dejando adormilado. Había tomado una pastilla para los nervios, un Valium, que hizo efecto en ese momento.

En tan solo veinte minutos se oyó una voz que indicaba que nos encontrábamos cerca de Sondika, el aeropuerto, así que no me dio tiempo a descansar demasiado. Estabamos sobre las nubes, y fue impresionante cuando bajamos de estas. Ante mis ojos se encontraba lo que parecía un grandísimo campo de golf, de un verde precioso. En Valencia había sol, y allí, como supuse que sería la costumbre, un ambiente húmedo.

Tras el aterrizaje, me dirigí con el autobús del aeropuerto, atestado de gente, hacia la salida. Busqué un taxi y le di a su conductor los datos del destino que me habían facilitado. Estuvo un rato buscando en el callejero, hasta que encontró el camino según él más corto. Pasé por una serie de pueblos, que no pude memorizar por lo difícil de su lectura en vasco. Agradecí no conducir yo mismo el coche.

Finalmente llegamos donde se encontraba el polígono industrial en el cual había quedado. Supuse que nos encontraríamos de nuevo en otra supuesta fábrica de productos electrónicos, que al parecer sería otra tapadera para fabricar trastos para exterminar a la humanidad... mentalmente.

El taxi me llevó hasta el aparcamiento de la empresa. Eran las diez menos cuarto. De momento llegó un coche. Era un Mercedes. De él bajó un señor que no conocía.

(...)

Y junto a él estaba Roger. Se dirigió a mí y me dijo:

- Ven, tenemos algo muy importante que hacer.

Volvimos a hacer lo mismo que la otra vez. Cada vez que alguien preguntaba de parte de quien íbamos, Roger indicaba que buscábamos a "Abel Salvatierra", e inmediatamente pasábamos todos los controles. No sabía cuál era el plan, para variar. Así que callado, seguí sus pasos. Esta vez ya no me pareció divertida la consigna.

Llegamos a una zona restringida, y esta vez al mencionar a un vigilante mi nombre, este nos dio acceso a la zona interior. Una vez allí, siguiendo a Roger siempre, vi que existían unas controles más estrictos, cámaras, señalización de riesgo... ¿biológico?, zona de acceso restringido... las pulsaciones me subían cada vez más por momentos.

Roger habló poco, pero me impresionó:

- Abel, lo que vimos la otra vez era obra de alguien que, aunque creímos aficionado, no lo era. Ten en cuenta que, si lo recuerdas, no pudimos obtener ninguna información.

Asentí levemente con la cabeza. Y siguió:

- Estamos enfrentándonos con alguien mucho más fuerte que nunca. Siempre nos ha sido relativamente fácil hacernos con cualquier oposición... pero la persona o las personas con las que estamos enfrentándonos ahora son mucho más fuertes y peligrosas. Te he traído porque considero que es importante que veas como intervenimos en situaciones de peligro... hay un considerable riesgo, aunque no es una actuación muy diferente a la que ya viste con anterioridad.

Estaba prestando toda mi atención a las palabras de Roger, cuando de detrás de mí escuché una voz que me resultaba familiar:

- ¡Abel!, obsérvame.

Me giré... y vi... ¿¡A Roger!?. Estaba delante de mí, y lo seguía, y estaba detrás de mí, y me hablaba. Había *dos Roger*.

De repente, el que tenía delante, se giró y vio lo que ocurría. Así que me miró a los ojos y me dijo, con la misma voz, y con la misma figura:

- ¡Escúchame!. No le hagas caso a esa visión, sígueme. Forma parte de un ataque psicológico. Estás a punto de presenciar algo increíble.

Me quedé perplejo. Estaba teniendo visiones. La mirada del segundo, el que tenía detrás, me dejó paralizado. No me podía mover. El que tenía delante se puso frente a él. Al parecer no era solo una visión. Supuse que se liarían a puñetazos, pero no ocurrió. La lucha que estaba ocurriendo era mental, y los rebotes que me llegaban a

mí me empezaron a producirme extraños efectos.

Empecé a tener frío, la vista empañada, y terribles temblores que se iban convirtiendo en convulsiones. Mi cabeza estaba a punto de estallar. Y mientras miraba la "lucha", no ocurría nada. Yo les veía uno frente a otro, pero no ocurría teóricamente nada: estaban quietos, mirándose fijamente a los ojos, con el cuerpo quieto, el semblante inexpresivo, y ningún indicio de lucha.

Comencé a sentir una ansiedad creciente. Me recordaba la ansiedad inicial que tuve cuando Roger me hizo soñar con aquel asesinato. Se estaba volviendo una sensación insoportable. Comenzaba a perder el control de mis pensamientos, que divagaban en todas las direcciones. Detrás de mi cabeza, en mi nuca, tenía como si fuese una piedra en lugar de músculos, del agarrotamiento que en segundos, se me había colocado.

Comenzaba a perder el control... comenzaba a desvanecerme, y poco a poco no pude resistir "aquello". Mi cabeza iba y venía. Mis pensamientos se hacían más vagos. Como si estuviese drogado, comencé a caer, a caer hasta que no opuse resistencia y tuve un desvanecimiento. No supe cuanto tiempo estuve inconsciente.

Cuando desperté, Roger estaba a mi lado. En el suelo, otro señor al que no conocía de nada.

- ¿Cómo te encuentras?. No te puedes fiar de nadie. Te ha hecho ver que él era yo.

Estaba aturdido. Mirando la cara del otro señor, incluso a veces tenía como "reflejos" y volvía a ver por momentos su cara (la de Roger) reflejada en la de otra que no

conocía.

- ¿Quién eres tu, el que estaba delante o el que estaba detrás de mí?
- Soy el que estaba delante, con quien has venido desde el principio.
- ¿Qué pretendían... de mí? – Pregunté, aún algo atolondrado y confuso.
- Utilizarte. Te dije que habría problemas. Eres un buen elemento, apetecible también para sus intereses.

Por un momento dudé. Si antes veía dos Rogers, podría ser que este no fuera el real. Me incorporé. Cerré mi postura y miré fijamente a sus ojos sin mover los míos para intentar no delatar nada. Sabía que era inútil, pero más sería no hacer nada.

- ¿Y que me asegura que tú eres el verdadero Roger?
- Pregúntame lo que quieras. Soy yo, no dudes.

Noté como sus pupilas se adaptaban a las mías. Aún intentando cerrar mi postura, podría leer lo que quisiera de mí. Era una batalla perdida antes de comenzar.

- Cuando te conocí en la tienda Morgana, ¿qué libro leías? – dije, aunque sin excesivas esperanzas.
- No nos conocimos en Morgana, y el libro no lo viste. – De momento era cierto, pero no completo.
- Es cierto, pero ¿cuál era el nombre de la librería?
- Merlín. – Respondió tranquilo, con una sonrisa.
- No estoy seguro. ¿Cómo puedo saber que no estás manipulando mi mente para que vea lo que no es real? ¿Cómo sé que tu cara no es realmente la de aquél?
- No lo puedes saber. Si yo soy el falso, estarás viendo a aquél como el falso. Si soy el verdadero, estarás viendo a aquél como el falso. Si soy el verdadero, me verás como el verdadero. Si soy el falso, me verás como el verdadero. Solo puedes confiar en mí. – parecía hablar para confundirme, pero lo entendí.

Solo me quedaba una cosa. Confiar en *mi*, no en él, y en mi intuición, aunque pobre, y ver que podía obtener de ella. Me acerqué al *falso*, y estaba inconsciente. Le toqué la cabeza y cerré los ojos. Cerré los ojos y me dejé llevar... intentando entrar en sus pensamientos... respiré al mismo ritmo, intenté captar algo... nada.

Si estaba en un *sueño* ¿cómo podía saber que estaba en él? ¿Cómo solía saber en los sueños que estaba en ellos? Por la percepción de la realidad. Cuando uno sueña, la realidad, aunque real para la mente, no es *del todo* real.

Miré a mi alrededor. El resto de los "testigos" estaban con los ojos cerrados. A mi lado, Roger, expectante, esperando mi decisión. En el suelo, el supuesto enemigo.

Roger. El enemigo.

Realidad. Ficción.

Sueño. Realidad.

Amigo. Enemigo.

No pude resistirlo, esa ansiedad me desbordó una vez más y me desplomé en el suelo, inconsciente.

Abrí los ojos. Estaba totalmente aturdido. No era por sueño... estaba en una habitación. Al parecer me habían drogado. El tiempo pasaba y estaba tranquilo, mucho más que cuando solía tomar mis "dosis" de pastillas o de Brandy al volver del trabajo.

Entonces entró una mujer y un hombre, ambos con bata blanca.

- ¿Qué me ha pasado, doctor? – Pregunté medio aturrullado.
- No soy el doctor... ella es la doctora. Yo soy el auxiliar.

Malditas suposiciones...

- Bueno... doctora, ¿qué me pasó?
- Parece ser que usted estaba medicándose... ¿verdad?
- Si... tomaba ansiolíticos y antidepresivos, pero hace tiempo que no los tomo. – Mi voz sonaba como si hubiese pasado una noche de resaca.
- Pues eso fue lo que le ocurrió. Dejó de tomar de golpe la medicación, y ello provocó que tuviese un ataque de pánico - lo dijo de forma muy técnica, así que eso fue lo que entendí – y ha estado teniendo delirios, alucinaciones.
- ¿Cuándo caí? ¿Qué me pasó?
- Parece ser que trabaja en una filial de la CONSULTORIAS TRIUNFADORAS, S.A., por los datos que tenemos de usted, y que hace poco se ha trasladado a otra sede. Supongo que el estrés... las personas que le conocen dicen que desapareció hace dos semanas, y poco más.
- ... ¿Y donde estoy... ahora?
- En el Hospital de la Divina Ascensión, en Valencia. Va a tener que pasar una época aquí.
- ¿Quién me trajo aquí?
- Le encontraron tirado por la calle. Vieron que estaba realmente muy mal, y llamaron a un médico. El resto es poco importante.
- Muchas gracias doctora.
- De nada. Es mi trabajo.

Tras lo cual salió de la habitación.

Mi cabeza comenzó a dar vueltas a las ideas... ¿Era esto real? ¿Era esto ficción?. Si todo era así, resultaba que había estado alucinando durante dos semanas... pero...

¿Con que pruebas contaba?

¿No era cierto que también había visto como real un asesinato, que después había sido falso?

¿Y si todo, TODO, había sido un sueño?

Pensé que tendría que hacerme con alguno de mis conocidos, o alguna pista. Seguro que alguna persona podría ayudarme a desvelar todo aquello. Iba vestido con el traje típico de enfermo, color azul celeste. No tenía ropa de calle, pero no parecía difícil salir de aquel hospital.

Estuve pensándolo un rato, y me decidí por la acción. Me encontraba entumecido, como si hubiese estado mucho tiempo acostado, tal y como me había dicho la doctora. Probé a abrir la puerta. No estaba cerrada. Me asomé por el pasillo. Nadie. Perfecto.

Aproveché para salir... y buscar algún cuarto, algún lugar donde dejasen los cacharros de limpieza. Salí, y cuando oí hablar a alguien, abrí la puerta de otra habitación, escondiéndome en ella. El paciente estaba durmiendo, y yo sólo le veía los pies, por el aseo que hacía esquina en la entrada. Salí de la habitación y seguí el pasillo, hasta encontrar una escalera interior.

Vi a una señora del servicio de limpiezas. Me fijé en ella y la seguí. Aquí era más fácil no ser visto, porque había pacientes en los pasillos, en camas, y otros paseando con sus goteros. Siguiéndola vi como estaba entrando y saliendo de una habitación. Esperé a que se fuera... y vi que no la cerró con llave.

Entré. Busqué una bata de doctor sucia... no quedaba bien con mi traje de paciente. Pero tuve suerte. Recordaba que alguien había dejado la ropa de un paciente que

acababa de entrar, en el pasillo. Salí de nuevo, me acerqué al paciente, y me hice con la bolsa, volviendo a entrar en el cuarto. Habían unos pantalones, más o menos de mi talla (más que menos). Me los puse. Y con mi bata, salí por el pasillo, intentando que nadie reparase en mi...

Pero ¿Qué ocurriría si todo esto era una fantasía?... sería sencillo que quien estaba jugando con mi mente supiera mis pensamientos, y ahora cruzara un vigilante, o lo que fuese, ante mi, para terminar de nuevo en mi habitación... o no, puesto que sería demasiado evidente.

Mi vista estaba borrosa, tal vez por los potingues que me habrían metido dentro del cuerpo. Me dirigí hacia la salida. En la puerta, una recepcionista y un vigilante jurado, que me pareció de unas cuatro veces mi tamaño. Pasé de lado sin mirar hacia ninguno de los dos.

Dos "de blanco" entraban en ese momento por la puerta: me miraron fijamente, se miraron entre ellos y me miraron a mí. Uno de ellos preguntó:

- ¿Eres nuevo? No te había visto antes.

No supe que contestar. Miré hacia la salida, y ellos, intuyendo lo que ocurría, llamaron al guardia jurado. Mi cuerpo no se encontraba en muy buenas condiciones, tal vez por el efecto de la cama y por las drogas. En poco tiempo me habían cogido y era llevado de nuevo a la habitación. Y esta vez me cerraron la puerta.

Drogado perdido, casi no podía ni pensar. Estaba totalmente aturdido. Vino a verme de nuevo la doctora, y me preguntó porqué había intentado escaparme.

Contesté:

- Simplemente quería hablar con alguien de mi familia... con algún amigo o amiga...

me siento tan raro y tan aturdido aquí... por eso había intentado escapar.

- No era necesario haber hecho eso, sólo tenía que haberlo pedido. – Contestó de forma amable.
- Pues llame a una amiga mía...
- ¿Cómo se llama y donde vive? Preguntó.
- Estoy muy aturdido. – Respondí - No me acuerdo ni de su nombre. Sé que tiene una librería en Sedaví... se llama Morgana... pero no me acuerdo de su nombre... estoy muy aturdido.
- Bien... puedes llamarle. Te buscaremos su teléfono en información.

Me llevaron, escoltado, a un teléfono. Pulsaron por mí las teclas del teléfono que habían encontrado de la "librería" y oí en el otro lado una voz familiar. Hice una seña para que me dejaran hablar con cierta intimidad, y se alejaron, aunque sólo un par de palmos.

- Oiga... no sé si se acuerda de mí... soy el del Rider Tarot, el que usted enseñó la carta de "El Loco" – mi voz delataba mi cansancio y. Ella lo notó aunque sus ojos verde claro con forma de flor no me estuviesen viendo.
- Le recuerdo... ¿Se encuentra usted bien? – Preguntó. Me recordaba, y eso ya era bueno.
- No. No sé que me pasa. Estoy en... en un hospital...
- ¿Recuerda qué carta le señalé yo? – Me preguntó ella, como *indicando indirectamente* algo.
- La recuerdo perfectamente. El Loco. El arcano mayor número cero.
- ¿Recuerda usted que es lo que tiene El Loco en su mano? – Volvió a preguntar. No sabía hacia donde iba, pero al parecer ella sí.
- Un hatillo.
- ¿Y en la otra? – Al parecer se acercaba a algo... ¿pero, adonde?.

- En la otra... en la otra... una *rosa*... una *rosa* blanca...
- Una Rosa, un Joker, un Perrito, un Precipicio... ahora puedes optar por mirar hacia el cielo, o mirar hacia el abismo... mirar hacia el cielo, o mirar hacia el abismo...

(...)

- Esta carta significa depresiones y tristezas,... en esta podrás ver como aparecen dos personas felices con un problema... - seguí absorbo sus explicaciones mientras iba viendo las figuras cargadas de colores. Eran atractivas y repulsivas a la vez. Parecían tener algún mensaje, pero lo extraño era que no sabía exactamente cual.

Estaba *de nuevo* en la consulta de Morgana. O tal vez nunca había salido de allí.

Esta situación ya la había vivido, y no era un "deja vu". Ahora me hablaría del lenguaje de las cartas...

- Si te das cuenta, las cartas han sido escritas en un lenguaje, un lenguaje muy antiguo, anterior a las palabras. Hay quien dice que vienen de Egipto, de una civilización muy avanzada anterior, los Atlantes, que dejaron la llave para su perfecta interpretación bajo la esfinge de la explanada de Gizeh en El Cairo... lo más importante no es eso, sino que *siguen remitiéndonos un mensaje y cada vez que las volvemos a mirar nos siguen informando*. No hablan a nuestra mente, sino a nuestras emociones de este modo, cuando seas capaz de conocer ese lenguaje, *podrás hablar con las personas sin palabras, y oír sus comentarios sin oídos*...
- Morgana... necesito que me ayudes. No sé dónde estoy ni *cómo* estoy. Me has descrito las cartas, recuerdo exactamente como las has desplegado, y me has dicho lo que significan cada una de ellas. Pero he tenido otra vida, otra realidad sobre esta realidad. De hecho no sé siquiera si esto es real. *¿Cómo podría saber si estoy soñando un "sueño dentro de un sueño"?*

- Simplemente te estaba mostrando las cartas, y tú las mirabas absorto. No ha ocurrido nada más. – contestó seriamente.
- Pues entonces creo que me estoy volviendo Loco. Acabo de *vivir* otras realidades, no sé si paralelas o apiladas. No sé cual es más real de todas ellas.

Por un momento pensé en una opción que podía revelarme si esa realidad era real... sólo tenía que tirarme por *el precipicio*. Si no era real, despertaría a la realidad. Si era real, toda aquella pesadilla terminaría. De momento, sólo tenía que seguir, por obligación, dentro de esa realidad. Una cuestión importante era estuviese donde estuviese, y estuviese *cuando* estuviese, vivir esa realidad lo mejor posible... como en la propia vida.

De este modo, seguí como la vez anterior.

- ¿Porqué me dices todo esto?

Pero la historia no siguió por el mismo camino:

- ¿Qué te digo que? Eres tú quien me ha dicho que está en dos o tres realidades a la vez y que te estabas volviendo loco.

Ya no le parecía un brujo... ahora le parecía un loco, pero no un loco como el de la carta, sino de los de psiquiátrico. De ser un Loco que miraba al cielo, ahora era un Loco que caía al abismo. De este modo, compré "otra vez" la baraja, y salí de allí. Esta vez no me salió gratis.

Recordé sus palabras en las que me decía que mi talón de Aquiles era que no todo el mundo que terminaba en un Psiquiátrico era porque había nacido enfermo, sino porque no había sabido aceptar una determinada realidad... pero en mi caso eran *varias realidades*. Y también me dijo que podría caer en una verdadera locura.

Cogí mi baraja de cartas y salí a la calle. Por todos lados *veía enemigos*. Ahora me estaba volviendo paranoico. ¿Quién era amigo? ¿Quién era enemigo? ¿Era aquello real? Las personas con las que me cruzaba deberían estar viendo mis ojos... y evitaban mi mirada.

Me dirigí *de nuevo* a mi coche. Hice *otra vez* el camino de regreso a casa, pero esta vez de forma diferente. Estaba volviendo a vivir la misma situación... o tal vez no había salido nunca de ella.

Llegué a casa, y se me ocurrió encerrarme en mi despacho para pensar en todo lo acontecido. No podía saber si lo que me estaba ocurriendo era real o no. ¿Cómo podía saber si estaba en un sueño o no?

Parpadeé...

Estaba en el hospital. Totalmente sedado. Otra realidad. Pero más incómoda. Me costaba más pensar, porque seguían suministrándome drogas. Me levanté, me acerqué hacia la puerta y *seguí cerrada*. Así que, esta realidad por lo menos tenía cierto grado de continuidad. Aquello se estaba volviendo muy complicado. Además lo había complicado yo más, al intentar huir, puesto que ahora me tendrían vigilado... más si cabía... lo único que necesitaba era pensar...

... parpadee...

Estaba en casa... sentado en el sofá, tras haber llegado con mi baraja en las manos. También era interesante que en este caso existía continuidad, aunque hubiese vuelto "al pasado" en un primer momento. Tal vez mientras hablaba con la bruja de

Morgana, me “embrujo” e hizo que me imaginase todo lo demás. De las *realidades* que estaba viviendo, era la más cómoda para pensar. Sólo había un problema... la lógica de una realidad no siempre sería aplicable a otra.

Por experiencia sabía que en los sueños aparecían lógicas cosas que no lo eran. De todos modos, me pareció que este sería el mejor marco para pensar, puesto que era el más tranquilo. Me apropié de papel y bolígrafo, e intenté ir anotando todo lo que me *estaba ocurriendo*. Aquello era parecido a una paradoja dentro de una paradoja.

Me encontraba con una serie de realidades. Tenía que escoger cual era la real. De este modo intenté encontrar una lógica en toda la maraña ilógica en la que me encontraba envuelto.

Me encontraba con varias realidades, y no podía discriminar adecuadamente cual de ellas era la *real*. Era como encontrarme dentro de varios sueños, o encontrarme con varios sueños y una realidad, y no saber cual de todos ellos era la realidad.

Tenía que buscar alguna premisa, algún punto de apoyo en todo aquello. Además, teniendo en cuenta que podía estar siendo vigilado mentalmente... difícil tarea.

Pensé en mis sueños. Recordé que, de pequeño, soñé con un juguete magnífico, un camión de juguete que me acompañó toda la noche. Tenía toda la serie de accesorios que todo niño desearía tener. Cuando desperté lloré al no encontrarlo. Me costó entender que lo había soñado.

Pensando en este sueño, igual que no me pude llevar el camión, podría coger un objeto, y ver si permanecía conmigo en las otras realidades. Una constante existente siempre en todas las realidades era *yo*, pero podría ser que un objeto apareciese o

desapareciese dependiendo que estuviese en una realidad o en otra.

Pero la lógica se caía sola... un objeto que yo cogiese "de la realidad", podía aparecer O NO en un sueño. Un objeto cogido en un sueño no tenía porqué aparecer en la realidad, pero podía ocurrir que soñase con algo existente en la realidad. Un objeto cogido en un sueño podría aparecer, O NO, en otro sueño.

Mi cabeza cavilaba y cavilaba... meforcé para encontrar una salida... así que seguí:

Un objeto existente en una realidad SIEMPRE estaría en esa realidad. Y un objeto cogido en un sueño NO TENÍA PORQUE ESTAR de nuevo en ese mismo sueño...

El lío se hacía mayor...

Sólo había una cosa que me podía indicar si estaba en un sueño o no... y era la CONTINUIDAD de esa realidad. Se me ocurrió, aunque de una forma muy poco consistente, que debería de vigilar la aparición o desaparición de las cosas que veía.

Difícil... si estaba en un sueño creado por uno de estos seres, era realmente difícil.

La gran pregunta era ¿cómo saber si estaba dentro de un sueño o estaba en una realidad?

Ciertamente ese era el gran problema... puesto que en la propia vida, y a gran escala nos podríamos plantear... *¿cómo saber si la propia VIDA es REAL?*

MI cabeza iba a estallar. Nunca me había dedicado a filosofar tanto... pero en ello estaba mi *realidad*... y mi cordura... si es que alguna vez la podría recuperar.

Tal vez me había vuelto loco y tenía realidades alternativas, por lo cual estaba en un psiquiátrico.

Tal vez estaba bajo los efectos de la lucha entre los dos Roger, y me estaba imaginando las otras... era, no uno, sino varios callejones sin salida.

Continué buscando un fleco, una salida, y seguí pensando en los sueños:

Si un sueño era provocado por mi mente aparecerían arquetipos, símbolos, que me delatarían que estaba soñando. El problema era que estos arquetipos o símbolos "raros" sólo podrían ser detectados *cuando despertara*. En el sueño eran usualmente vistos como algo normal.

Si en un sueño tenía cierto control, podía deberse a que estaba soñando. Pero en mi caso no lo podía aplicar porque estaba adquiriendo ciertas habilidades y, por tanto, cierto control: podría ser que estuviese soñando y tuviese control en ese sueño o que tuviera control con mis nuevas habilidades, y por lo tanto no estuviese soñando... no me servía.

Más callejones sin salida.

Cabría la posibilidad de que el sueño me lo provocara otra persona, y sólo se me ocurrían dos supuestos: si tenía acceso total a mi mente, como el caso de Roger en el asesinato, no podía discriminar si era real o un sueño. Si no tenía acceso total a mi mente, habrían incongruencias con la realidad o con *mi* realidad, con lo cual lo podría descubrir.

En un sueño, en resumen, no tendría porque haber continuidad. No podría recordar en

un sueño el pasado porque no había... en teoría... El sueño tenía su propia realidad y su propia lógica.

Y finalmente, pensé en un tema de importancia sobre la conexión de la realidad y el sueño (o en este caso una realidad alternativa): lo que ocurriera en un sueño PODÍA afectar a la realidad: si sufría un ataque podían subirme las pulsaciones, disparárseme la adrenalina e incluso sufrir una situación muy tensa que me produjera un paro cardíaco en la realidad. Podría tener un sueño erótico y una erección real.

Y por otra parte, lo que pasara en la realidad SIEMPRE AFECTARÍA al sueño. Si tenía un paro cardíaco en la realidad... se terminaría el sueño.

La salida no se vislumbraba por ningún sitio. Estaba atrapado, y no veía la manera de salir de mi atolladero.

¿Qué marca me podría hacer que fuese permanente? ¿Una marca en mi exterior? Aparecería y desaparecería según la realidad en la que estuviera. ¿Una marca en mi interior? No era posible.

¿Mi carácter sería el mismo en todas las realidades? Según había experimentado con el falso asesinato, con la sangría que provoqué... no.

¿Qué objeto podría coger que me sirviese para discriminar la realidad?

¿De que supuestos podía partir?

De este modo... en vez de seguir anotando cosas, hice cuatro cuadros y me dibujé cuatro realidades:

En la primera me dibujé una realidad en la que puse un monigote que me representaba a mí, y una casa en cuya fachada ponía CONSULTORÍAS TRIUNFADORAS, S.A., antes de conocer la librería Merlín y a Roger, e incluso antes de hablar con Rosa.

En el segundo cuadro dibujé la tienda de brujas y la librería "Morgana".

En el tercer cuadro, me dibujé la escena que me provocó la duda de en que realidad me encontraba, la escena de la marcha a un laboratorio tapadera por segunda vez, cuando aparecieron los dos Roger.

Y finalmente me dibujé en una cama, en un hospital.

Tenía cuatro cuadros, y alguno podría ser real, pero también podían ser cuatro sueños.

¿Qué objeto estaba dibujado en todas las realidades y me podía llevar? Uno era YO MISMO. Estaba en todos los cuadros.

Había un objeto que no aparecía en un cuadro, pero que tal vez existiese en todos...

Roger... Roger era el "objeto" que aparecía en todas las realidades.

Estaba tremendamente mareado. Me fui hacia el mueble donde guardaba los licores, y me preparé una copa casi rebosante de brandy 103. No me iba a ayudar mucho a pensar con claridad, pero por lo menos me ayudaría a sobrepasar todo aquello. O no... simplemente me apetecía.

Tenía un objeto... y ahora necesitaba un supuesto, aunque fuese muy sutil. En todas las realidades, Roger era "bueno". Roger me ayudaba. El próximo supuesto era que

Roger era y sería bueno conmigo. Si fallaba este, toda la parte más importante de mi plan fallaría.

Otro supuesto, tan liviano como el papel de fumar, sería que una realidad *no iba a afectar a otra*. Y el último supuesto de todos:

La única forma para saber si una realidad era o no era real, era SALIENDO DE ELLA.

Del mismo modo que solo se puede saber si un sueño es un sueño saliendo de él cuando se está muy implicado, la única forma de saberlo sería saliendo. Y la única forma sería SUICIDÁNDOME en cada una de las realidades, sin equivocarme, pues si me equivocaba...

Iba a jugar a una auténtica ruleta rusa. Fallar en la elección de la realidad sería la muerte. Tenía que elegir entre la muerte y la locura.

Entonces elaboré el plan definitivo:

Escogería la *realidad alternativa* más probablemente *real*: Por tiempo, lo más real debería ser lo más antiguo, luego la realidad estaría antes de comenzar toda la historia, como mínimo.

La más probablemente falsa sería en el laboratorio la segunda vez, porque había ocurrido un suceso que había transformado radicalmente mi realidad.

Los pasos que iba a seguir eran:

Cuando estuviese en la realidad del laboratorio la segunda vez, y con el presupuesto de que *Roger era bueno conmigo*, me intentaría suicidar. Él lo leería en mi mente. Si era el Roger falso, no lo evitaría porque sería un sueño. Si era el Roger real, lo evitaría, y tal vez estaría en la realidad.

No era tan fácil... tal vez el Falso Roger lo evitaría porque conocería de mis pensamientos... era un riesgo a correr... pero tenía pensado algo más.

En la realidad de Morgana, buscaría a Roger, e intentaría que me ayudase. También podría arriesgarme y repetir el procedimiento anterior.

En la realidad del hospital, tendría que buscar también "el objeto", a Roger, y ver si existía o no. Si existía, tal vez no estuviese tan loco. Si era una ilusión este Roger también, podría jugármela igual que en los otros casos.

Y finalmente, en la realidad de antes de Merlín. Antes de que todo ocurriera, si me encontraba con esta realidad, tras haberme deshecho de mi mismo en estas realidades, buscaría también a Roger.

En uno de los cuatro puntos tendría que encontrar la realidad, seguir en una falsa realidad... o morir.

El sopor del alcohol hacía efecto sobre mi, me estaba quedando aturdido en el sofá cuando...

Parpadeé...

Y me encontré con Roger, y con el enemigo, en el pasillo del laboratorio... estaba en una de los cuatro escenarios esperados. Había continuidad. Estaba en el punto en que me había quedado anteriormente. Me dirigí al Roger "con apariencia de Roger despierto" y le dije:

- ¿Qué ocurriría si despertases a este? – Señalando al Roger inconsciente.
- Que posiblemente intentaría volverme a bloquear... Abel, esto es un tema de confianza, debes confiar en mí. La lucha que hemos tenido te ha confundido, y no puedes discriminar cual de los dos es el *real*. Te entiendo perfectamente, pero no tienes otra opción.
- Supongamos por un momento que tu no eres Roger... que él perdió en la batalla y está inconsciente... ¿cómo me puedes demostrar que no es así? – Pregunté buscando algún indicio de luz.
- No puedo. Si él despierta, intentará demostrarte que soy yo el falso y él el verdadero.
- ¿Podrías despertarle y permitir que yo le hiciese algunas preguntas sin riesgo para mí ni para ti?
- Claro que puedo. Simplemente tengo que hacerle consciente y utilizando uno de mis equipos, bloquear cualquier intento de ataque. – Su voz denotaba seguridad.
- ¿Y de forma más "natural"?
- Es muy peligroso. Es una persona muy entrenada. Cualquier intento podría suponer nuestra muerte... o un infierno muchísimo peor... una locura dentro de otra locura... y que alcanzase sus objetivos. No hay límites para el dolor que podría suponernos caer en las redes de estos degenerados.
- ¿Me permites antes de hacer uso de la tecnología, que me vuelva acercar a él? – Pregunté. El sabía cual era mi intención. Se suponía que lo sabía todo de mí.
- Por supuesto. Pretendes volver a establecer contacto con su mente...

Evidentemente ya lo sabía. Me acerqué al “enemigo”. Me puse a su altura, y acerqué mi nariz a su oído. Estaba totalmente inconsciente, pero su respiración era normal, y profunda.

Me giré, y pregunté:

- Si se despierta y me *ataca*... ¿cómo me podré defender?
- Tú mismo te puedes defender... solo tienes que hacer uso de esto – dicho lo cual me dio una de esas pequeñas linternas.

Seguí con mi operación. Observé su respiración, y mantuve el mismo ritmo que él. Estuve unos minutos así. Yo seguía su respiración. Y yo hacía que oyese la mía, o tal vez no. Respiraba a su oído. Intentaba establecer una relación. Al cabo de más tiempo... comencé a variar el ritmo de mi respiración, haciéndola más rápida... muy poco, pero más rápida... no había prisa.

Lo único que podía ocurrir es que apareciese en otro de los “escenarios”. Perdí la noción del tiempo. Estaba prácticamente media hora yendo hacia delante y cuando no me seguía su respiración, volvía hacia atrás. Finalmente logré que siguiese un poco mi ritmo. Cada vez más... cada vez más. Y finalmente logré un ligero contacto. Logré que variase el ritmo de su respiración con la mía.

- ¿Me oyes? – Le pregunté, intentando no perder la *comunicación*. Exhaló un pequeño sonido de su boca. Casi un susurro. “Mi compañero” se mantenía expectante, vigilándonos a los dos.
- Ssssss... Sssssi...

Prolongué durante un poco más de tiempo la respiración... y le pregunté...

- ¿Cómo te llamas? Dime, si puedes... ¿cómo te llamas?

- Rrr... rrr... rrroggerrr..

Aquello no tenía solución.

Me dirigí al otro:

- Despiértalo con el aparato. Estoy dispuesto. – Le indiqué más seguro que nunca. Mi plan debía funcionar.

Le pasó una de esas extrañas luces por la cara. No dejó de emitirle la luz, supongo que para que no pudiese moverse más de la cuenta. Abrió los ojos. Si era Roger, no tenía su cara.

Me dirigí hacia él:

- Hola... ¿puedes escucharme?
- Si... Abel, soy yo, Roger, el auténtico. El otro es una ilusión, una farsa. Esta vez ha podido conmigo. – Su voz mostraba un gran sufrimiento.

Me giré y pude comprobar como el Roger (con cara de Roger), lo miraba fijamente. El sabía que aunque tuviese el equipo, en cualquier momento, el otro podría “atacarlo”. Y finalmente comenzó el juego. Entre sus manos, ya había deslizado el aparato al falso Roger. Ahora si que estaban empatados.

Dos leones vigilándose, uno de ellos amigo mío, otro enemigo, y yo sin saber cual de los dos era quien. Todas las fuerzas mentales de los dos estarían enfocadas uno en el otro. Y no tendrían recursos, ni fuerzas, ni interés en mi. Y así fue.

Se miraron a los ojos, uno al otro. El que estaba en el suelo cambió de semblante. Ahora *los dos* tenían la misma cara... de Roger. Y los mostraban una gran

concentración mental. Ahora podría ocurrirme lo mismo de antes, que de rebote algo me llegara a mí. Ambos estaban concentrados el uno en el otro. El que estaba de pie ni siquiera de reojo reparaba en mí. Y eso estaba bien. El que estaba en el suelo tampoco me miraba a mí. Y también estaba bien.

Me alejé, evitando que me pasara como la vez anterior. Cuanto más lejos estuviese de los dos, más posibilidades tendría de no caer por su influencia. Mis planes iban como la seda.

Pero yo no pensaba en eso. Si alguno de los dos se daba cuenta, se delataría a sí mismo. Si aparecía alguna incongruencia también. Yo pensaba en el vigilante, y en su pistola. Me acerqué a él, que flotaba como si fuese de algodón... y le quité la pistola.

Me giré hacia los dos:

- ¡Eh... Roger! ¡Me voy a suicidar! – Y me apunté con la pistola a la cabeza.

En ese momento, uno de los dos se la tendría que jugar. O ninguno. O los dos. Se giraron los dos. Y los dos, con la misma voz y el mismo tono, exclamaron:

- ¡No lo hagas!

Pero ninguno de los dos lo evitó.

CAPITULO XIII: LOCO

Abrí los ojos. Estaba en la cama, vestido con mi ropa de enfermo. Estaba en el hospital. Esta vez, la ruleta rusa no tenía la bala cargada, y había tenido suerte. O no. El caso era, que aquella realidad resultó ser falsa... aunque siempre quedaba la duda ¿volvería a aparecer allí, olvidando todo lo pasado? Mejor no pensar en ello.

De momento la premisa de continuidad se mantenía. Seguía encerrado de nuevo en la habitación. En *esta realidad*, se suponía que nada había ocurrido, y que el exceso de drogas ahora, o la falta de drogas de antes, me había hecho "delirar otras realidades".

Había partido del supuesto de la existencia del objeto, Roger, y de su bondad. En cualquier momento podía aparecer en Morgana o en casa, donde monté todo el plan. O, extrañamente, podría aparecer en el laboratorio. Y aún no había aparecido en otro escenario nuevo.

Entró de nuevo la doctora.

- ¿Cómo se encuentra hoy? Estuvo toda la noche delirando, y gritando cosas extrañas. Tuvimos que aplicarle un poco más de medicación. Hablaba de no sé que persona, y gritaba que se iba a suicidar... tuvimos que mantener una estrecha vigilancia...

- Me parece que mejor.

Se trataba de ser un buen paciente... ¿no?

- ¿Ha tenido más alucinaciones? – Preguntó.

Era una pregunta con mucho peligro, sobretodo si contestaba lo inadecuado.

- Sólo sueños inquietos. Nada más. – me pareció la respuesta correcta.

- Parece ser que comienza a volver en usted mismo. Eso es bueno. Pronto mejorará.

- ¿Cuánto tiempo estaré aquí?

- Por tiempo indefinido. Hasta que se mejore.
- ¿Y no puedo llamar a nadie, ni recibir ninguna visita?
- No es conveniente para usted. De momento no debe tener ningún contacto con nadie.

Podría tratarse de una trampa. La idea sería, bloquearme allí, de modo que no pudiese salir. No estaba mal. Nadie sabía de toda esta historia. Ni siquiera mi familia. Ni siquiera mi mujer.

- ¿Sabe mi mujer que estoy aquí? – Le pregunté a la doctora.
- Si. Está muy afectada, y por su bien y el de ella, no le conviene tampoco verla de momento. No aceptó fácilmente lo que le está ocurriendo. Supongo que está muy preocupada...
- ¿Tampoco puedo llamar a un amigo? ¡Necesito contacto con algún conocido!

Me estaba alterando, y eso no aportaba nada bueno a mi situación.

- No le conviene. Descanse. Ya llegará el momento.
- Así lo haré.

Sólo me quedaban tres opciones. Descansar y esperar para salir, esperar a volver a otro de los escenarios, o escapar. Me decidí por el más fácil: descansar.

Los días pasaban. Las visitas de la doctora también. La medicación me estaba dejando agilipollado. Y no parecía tener otro fin que el de agilipollarme más. ¿Y si probaba a *salir de esta realidad* tomando una sobredosis de algo? Tal vez así aclarase si esta era otra trama más de realidad falsa.

Y aparecería tal vez en mi casa tras la visita a Morgana. O aparecería hablando con Roger sobre la tecnología subliminal. O tal vez todo esto era un mal sueño... pero era *tan real*... podría despertar, y volver a mi antigua empresa, y todo ser un mal sueño, y estar cabreado con mi Jefe, y le saludaría... y hasta casi me gustaría estar con él... por lo menos me gustaría más que esta locura.

Cada vez pensaba menos claramente. Evidentemente estaban haciendo efecto los "machaca cerebros" que me estaban suministrando. Estaba ganando peso, por la medicación y por la inmovilidad. Comencé a pensar que este era el fin. Aunque siempre me quedaba la posibilidad de provocar otro fin diferente. Esta realidad tenía mucha continuidad, pero tal vez era la menos real de todas. ¡Y a la vez tan creíble!

Un día me invitaron a salir al patio. Era difícil, sino imposible salir de allí. Me senté junto a un señor, que al parecer estaba peor que yo. Era mucho mayor. Me acerqué... y busqué conversación. Era mi primera oportunidad de mantener una relación con alguien no sanitario desde hacía tiempo. Ya no sabía ni cuanto.

- ¿Porqué lo trajeron aquí? – Le pregunté.

Se puso muy serio, y me contestó:

- Sus ojos se fijaron en mí. Ellos creyeron que yo era uno de los suyos. Y no lo era.

Al parecer estaba hablando de una historia similar a la mía.

- ¿Y como supo que no era de los suyos?

- Porque sé que ellos venían de Dinusia, el tercer planeta del sistema Ayux.

Pues no, no era una historia similar a la mía... pero... ¿qué me hacía creer que *mi realidad* era mejor que la suya? Tal vez estaba yo tan o más loco que él... o tal vez lo que él decía era más real...

- ¿Son buenos o malos con los humanos?
- Ellos son los buenos. Quieren destruir a parte de la raza humana. Aquella parte que hace daño a la otra parte.

Como teoría no estaba mal. Y era más creíble que la mía.

- ¿Cuándo se enteró de la existencia de ellos?
- Me dediqué a estudiar durante años el tema OVNI, hasta que me obsesioné con la idea. Un día, fui a un lugar donde decían que habían muchos avistamientos, en Tenerife. Estando allí vi bajar una gran bola de fuego, que se posó a un par de kilómetros sobre una montaña. Entonces, sin hablarme, me enviaron un mensaje telepático, que decía que debía de ayudarles a realizar la conquista de la parte buena de la manzana. Había que eliminar la parte podrida. Entonces me dediqué a perseguir a maleantes, y gente peligrosa... me obsesioné tanto que terminé teniendo visiones... o eso es lo que me dicen aquí.
- Yo le creo. También tengo algunas visiones...
- ¡Los ha visto! – Indicó entusiasmado.
- Creo que si...

Bueno, no estábamos hablando de lo mismo, pero en cierto modo si...

En el fondo, un grupo de batas blancas nos observaban.

- ¿De que lado cree que están los batas blancas? – Pregunté, para ver que se le ocurría.
- De ninguno. No saben nada. Por eso nos creen locos.

En cierto modo parecía coherente y me daba que pensar. Y el hecho de escucharle a él, me hizo reflexionar sobre mí. Tal vez yo estaba en un estado similar, y tenía que empezar a entender que había tenido una crisis, una crisis como nunca la había

tenido, y que realmente había tenido alucinaciones.

Y de este modo, tendría que saber distinguir entre la realidad y la ficción, entre la realidad y las alucinaciones, entre la realidad y los sueños. Y entender que en mi pasado había tenido una serie de extraños episodios. Casi parecía lo más adecuado... y lo menos doloroso.

Tal vez mi extrema imaginación junto con mi neurosis, y mi falta de medicación, se habían encargado de añadir lo que faltaba al resto... ¡pero había parecido tan real!

Estaba en el jardín. Me encontraba mejor. De momento parpadeé otra vez y...

(...)

De golpe aparecí de nuevo en mi casa, en mi sofá, con mi Brandy. Estaba un poco mareado por el efecto del alcohol. Frente a mí, mi escrito con el plan. Taché uno de los escenarios. El de los "dos Roger". Era tarde como para hacer llamadas. Así que esperé al día siguiente para llamar. Este era otro escenario más, y en él debía actuar. Ante cualquier duda, siempre podría salir igual que en el caso del laboratorio... con el consiguiente riesgo de perder...

Salí de mi despacho y me fui a cenar. Durante la cena, no le dije nada a Marta, quien me encontró "algo extraño" según sus palabras. Le indiqué que solo estaba cansado.

Me fui a la cama... seguía trabajando para mí, y mañana podría anular unas cuantas citas para quedar de nuevo en Merlín, y buscar de nuevo a Roger.

Siguiendo con mi norma de vivir en la realidad en la que me encontraba, y no teniendo nada que perder, por la mañana hice unas cuantas llamadas para indicar que no podría visitar las empresas debido a un imprevisto de última hora. Me desplazé

las citas una semana, lo cual me podía permitir dado que ya había conseguido una buena situación económica... en esa realidad.

Cogí el teléfono, y llamé a Merlín:

- Oiga... soy Abel Salvatierra... no sé si me recordará. Busco a Roger.
- Lo siento, pero aquí no vive ningún Roger. - Indicó la voz del otro extremo. Era una voz femenina, que no conocía.
- Ya sé que no vive ahí, pero es amigo suyo...
- No tengo ningún amigo que se llame así. Lo siento.

No tenía ninguna pista. La casa en la que estuve, donde estaba él, no supe como llegué. Solo me quedaba ir a Merlín y comprobar la existencia de la sala de proyecciones. Me fui a la cama confiado en que no cambiaría de escenario.

Así fue. Al día siguiente, llegué tarde a la librería, y estuve un tiempo haciendo como que miraba los libros. Esperé a que se llenase el local, de modo que mi presencia no fuese tan evidente. La primera nota curiosa era que la dependienta no era la misma. ¡Y la distribución de la tienda tampoco!.

El elemento común "Roger" estaba desvaneciéndose por momentos, y con ello la "continuidad de esta realidad". Sí que existía la puerta del almacén por donde fui a la sala de proyecciones. Mirando por las estanterías cercanas, aproveché para colarme por la puerta, seguir a la derecha como la otra vez y acceder al cuarto... no existía nada. Ni rastro de la sala de proyecciones.

Solo me quedaba una opción más, y era buscar por su nombre. Pero eso era muy difícil. Si esta era la realidad, y no un sueño, me había quedado estancado otra vez... a no ser que me fuese a un escalón anterior: Rosa García.

Cogí el teléfono, y marqué el número. Se puso Rosa:

- Hola, Rosa, no sé si me recuerdas... estuve en tu empresa por motivos de negocios ya hace bastante tiempo...
- Si... te recuerdo. – Contestó con alegría.
- Necesitaría hacerte una pregunta extraña... ¿tienes un amigo que se llama Roger?
- Si. ¿Qué necesitas?
- Sólo su teléfono. Necesito ponerme en contacto con él.

Aunque le pareció una extraña petición, me lo dio, y llamé. Le hablé del clan. Le hablé del don. Y el no sabía de que le hablaba. ¿Qué podía hacer? Autónomo, sin Roger. Otra realidad. Y lo peor de todo es que me estaba afectando demasiado... ya no tenía interés ni siquiera por seguir con mi negocio... y eso era peligroso.

Esa noche intenté encontrarle una lógica a todo lo que me estaba ocurriendo... pero no la tenía. Tenía cierta continuidad de pensamiento... y estaba conectado con las realidades, como si en lugar de estar "apiladas" estuviesen "paralelas". En fin, así lo sentía yo. Cogí uno de mis libros casi al azar... y leí sobre Hermes.

Me quedé con un párrafo que decía *"Dios es una gran mente. Todo aquello que existe es un pensamiento en el interior de la mente de Dios"*. Tal vez no Dios, pero todo aquello era un pensamiento en el interior de alguien... mío o de otra persona.

Si estaba realmente trastornado, todo aquello eran imaginaciones mías. Si no lo estaba, todo era una invención en la mente de alguien. Y ese alguien podía tener intenciones buenas o malas. No tenía evidencias en ningún sentido.

Y pensando en esto... cambié de nuevo, involuntariamente, de escenario

(...)

Aturdido por las drogas, de nuevo en el hospital, se me ocurrió que en esta otra realidad tenía que buscar también a Roger, para terminar de romper definitivamente el hilo conductor de mi absurda, por momentos, teoría. Y no podía esperar más. O podría descartar esta otra realidad "saliendo de ella", con el consiguiente riesgo... ¡Todo parecía tan real! ¿O lo era?

De nuevo entró la doctora... aquello ya era odioso... Entonces se acercó un auxiliar para darme toda la serie de pastillas que me estaban embutiendo, responsables de mi aturdimiento mental, mientras la doctora hacía su habitual rutina.

Le seguí la corriente como siempre, y le dije:

- Quiero que sepa que le estoy muy, muy agradecido por todo lo que está haciendo por mí.
- No tiene porqué – indicó modestamente – es parte de mi trabajo.
- Lo importante no es que sea parte de su trabajo o no, sino como lo siente, si lo piensa o lo siente como parte de su trabajo o no... y creo que lo siente así.
- ¿Qué? – Preguntó confundida. Primer paso.
- Se lo agradezco muchísimo, porque se nota que usted lo siente tal y como conscientemente lo dice, pero no lo piensa de forma inconsciente, por eso se lo agradezco... – mientras decía esto, bajaba poco a poco la voz...

Entonces cuando se acercó, intentando entender lo que decía, tal vez con espíritu clínico, la abracé por sorpresa, y le dije:

- Muchas, muchas gracias, doctora, por pensar en mi sin sentir que no lo piensa como lo siente. – Y de di un beso en los labios.

Aquello la confundió más aún. Me empujó... y se separó de mi con la mirada perdida. Supuse que me había ganado la estancia definitiva allí... pero había ganado algo más.

Salió aturdida del cuarto. Cerró la puerta con llave, tal vez porque pensaba que me había vuelto más loco que nunca. Y tal vez era así. Pero yo tenía su móvil, el cual colgaba de su bolsillo superior antes de que yo lo cazara.

Me dediqué primero a buscar la librería Merlín en información y... Bingo. Existía...

Llamé, y pregunté a la persona que me respondió:

- Hola, soy Abel, ¿conoce usted a Roger?
- Si, es amigo mío.
- ¿Me podría dar su número de teléfono? – Pregunté, y la respuesta fue la serie de números. ¡Otro bingo!
- Muchísimas gracias.

Llamé al teléfono de Roger:

- Si, ¿dígame? – Era su voz. ¡Otro más!
- Roger... soy Abel... ¿Me recuerdas?
- Si. Desde la lucha, te quedaste en una especie de coma, y tuve que llevarte a un hospital.
- Entonces... *¿esta es la realidad?!*
- No. Estás en el hospital. Pero no estás despierto. Estás en coma. Nuestro combate te afectó de tal forma que estás dormido.
- Pero... ¡no es posible!... ¿cómo puedo haberte llamado por teléfono y estar dormido a la vez?
- Porque hemos conseguido entrar en contacto, tu y yo. Estás en coma, y vas a

tener que salir de él. Todo lo demás lo estás imaginando. Las realidades alternativas... etc., todo es falso. Yo te he ido guiando, he hecho que intentases ponerte en contacto conmigo. Y el contacto se ha establecido.

- ¿Y como sé otra vez que esta llamada no es falsa?
- Quítate el teléfono del oído. Me oirás igual. De todos modos, no lo puedes saber... la única forma, como ya has averiguado, es saliendo de ella. Y yo te ayudaré. Fija tus ojos en el punto luminoso más fuerte que veas... abre mucho los ojos, al máximo posible, más aún, hasta que te canse tenerlos tan abiertos... y verás que tu vista comienza a estar borrosa, y no ves nítidamente, y cada vez ves peor, y parpadeas una vez... y otra... y cierras los ojos... y ahora los abrirás y estarás de nuevo en la realidad...

Seguí oyendo su voz. Miré la luz y se hizo insoportable. Su voz sonaba en mi cabeza.

Venía de todos los lados y de ningún sitio.

- Hola Roger...
- Hola Abel... bienvenido a *la Realidad*.

CAPITULO XIV: UNA ROSA LOCA, PARA UN ONIRONAUTA DESPIERTO.

- ¿Qué me pasó?
- Fuiste parte y testigo de una lucha mental extraordinaria. En la lucha, la otra persona cayó bajo mi influencia, y yo estuve a punto de hacerlo. Pero desde ese momento entraste en un estado inestable, una especie de coma, difícil de definir. Tuve que sacarte del recinto, y llevarte a un hospital. He seguido de cerca tu evolución, pues era capaz de hacerte hablar, aunque poco.
- Ahora si que estoy confundido de verdad. No hay nada que me pueda *asegurar* que esta sea la realidad. Puede ser que siga soñando otra realidad alternativa.
- Podría ser... pero es lo mismo que te ocurre con la vida... ¿cómo sabes que es real? No lo sabrás hasta que salgas de ella... y tal vez ni siquiera así.
- Es cierto. Lo más importante es, sea cual sea la realidad en la que esté, hacer lo que tenga que hacer, lo mejor posible... pero... en una de ellas me la jugué... me suicidé, y tuve suerte...
- Tú lo has dicho, tuviste suerte. ¿Y si hubiese sido la realidad *real*?... de todos modos, seguiste con tu símbolo, El Loco, que impregnó tu inconsciente. Se trata de un elemento más de la carta. ¿Hay algún elemento de la carta que se te olvidó?
- Recuerdo dos... una rosa blanca... y un perrito.
- En tu caso, la flor blanca representa la pureza de intenciones... y el perrito, tus instintos, tu intuición. Ambos arquetipos te ayudaron. Estás dando los primeros pasos de bebé, y tenemos que conseguir que corras... hasta que vayas en moto... en coche... y hasta en cohete a la luna.
- Estoy de acuerdo... ¿cómo me sacaste del coma? ¿Qué aparato has usado esta vez?
- Mi cuerpo.
- ¿Tu cuerpo? Pero...
- Espera...

Dicho lo cual, se quitó el jersey, y comenzó a desabrocharse la camisa. Qué tendría puesto en su torso? ¿Un ingenio nuevo? ... siguió desabrochándose la camisa... de momento no se veía nada extraño... finalmente se quedó en camiseta interior, la cual se quitó.

No había nada anormal. ¿Estaría dentro de él?. Mientras yo pensaba en ello se dio la vuelta... y pude observar como de su columna vertebral salía un objeto metálico que le cubría parte de esta, y cantidad de cables, como si se tratara de una máquina.

- ¿Eres... eres un robot? – Estaba sorprendido por el personaje, pero no habría imaginado jamás que se tratase de una máquina. Eso explicaba muchas cosas. Su tremenda capacidad... era una máquina...
- No. No soy un robot.

Aquella respuesta me sorprendió más.

- Entonces... ¿qué es todo eso?
- ¿Recuerdas la imagen que te mostré de cuando era joven?

Entonces me vino la imagen de aquel joven postrado en una silla de ruedas, y la cantidad de pruebas que le hacían para medir su habilidad. También recordaba que no movía los brazos ni las piernas, tan solo su cara. También recordé que su cartera cayó “accidentalmente” delante de mi mostrándome su imagen. Y le respondí.

- Si, la recuerdo, pero, no entiendo...
- Te lo explicaré. Mi origen es Ruso. Mi apellido era Kovrov, aunque no fue difícil con mi habilidad crearme una identidad nueva... ya sabes. Yo formaba parte de aquellas cobayas que estaban utilizando en los laboratorios, pero venía ya de nacimiento con unas virtudes excepcionales. Se dedicaron a estudiar objetivamente mis habilidades, y con esos datos pudieron desarrollar gran cantidad de objetos de nueva tecnología para el control de las mentes. Pero

siempre fui yo el objeto de mayor valor para ellos.

Me dejó un poco de tiempo para que, como siempre, la información calara en mi...

- Estudiaron todo mi cuerpo y especialmente mi sistema nervioso, mi cerebro... y pusieron una especie de "amplificador" en mi columna vertebral. Las imágenes que viste fueron después de realizarme la operación, cuando tenía prácticamente inmovilizada mi columna. Aún así, se dedicaron a seguir estudiándome... y ya viste de lo que era capaz. Pretendían aprender de mi y a la vez crear nuevas tecnologías, y entre ellas, estaba yo.
- Entonces te estarán buscando, supongo...
- No. Nadie de los que estaba allí está cuerdo ahora. Yo me encargué de que nadie pudiera seguir mi rastro.

Ya parecía que no podría sorprenderme más. Finalmente me dijo:

- No podrás igualar jamás al efecto de la tecnología, pero si que podrás aprender mucho de mi, si me miras a los ojos... – lo cual lo hice.

Entonces me fijé en sus ojos... y pude ver en ellos mis miedos reflejados, miedos de difícil descripción, vi muerte y dolor, aflicción y mucho sufrimiento. Sentí un dolor indescriptible, tan grande que me era imposible moverme ni gritar.

Me vi pequeño, con pasiones y deseos de bebé, y me vi viejo, con pensamientos y vivencias de viejo. Y me sentí como un joven con su nueva moto, y me sentí como un encarcelado al que liberaban. Y sentí celos, y odios, y amores y desamores. Pasé de un lado a otro de la experiencia humana.

Y me vi siendo lo más rastrero de la humanidad, destruyendo, destrozando, jamás pude ser tan horriblemente salvaje. La imagen del asesinato que produje era nada

comparado con lo que me estaba haciendo vivir. Y entonces vi la belleza, el encanto, la alegría, lo bello, lo bonito, el placer... Y me llevó a mundos mentales desconocidos... muy, muy al otro lado de la locura.

Y cuando volví, me dijo:

- Ya estás preparado. Ahora tienes que valerte por ti mismo. Yo desapareceré para siempre de tu vida. Tengo que seguir con mi misión.
- Y cual es tu... – y una vez más quedé plácidamente dormido.

Desperté en casa. Estaba dormido en el sofá. Y pensé que tal vez mi cabeza iba demasiado deprisa. Casi parecía el personaje de una novela de ficción, destinado a influir subliminalmente. No acertaba a imaginar, si fuese así, que tipo de influencia podría ofrecer. ¿Sería una buena influencia?

Y entonces parpadeé de nuevo.

Y entonces parpadeé de nuevo...

FIN... ¿o no?